


EL HOMBRE VARIABLE



# GUERRA CON CENTAURO

PHILIP K. DICK



NOVELA DE CIENCIA - FICCION

# GUERRA CON CENTAURO

**Philip K. Dick**

Título original: *The Variable Man and Other Stories*
Philip K. Dick, 1957

## GUERRA CON CENTAURO

### I

El Comisionado de Seguridad Reinhart subió rápidamente la escalera y entró en el edificio del Consejo. Los guardias se hicieron a un lado, y penetró en aquel lugar tan familiar. Las máquinas zumbaban. Reinhart, con el rostro extasiado y los ojos iluminados por la emoción, contempló el ordenador central SRB y estudió los últimos datos.

—Hemos avanzado bastante en el último cuarto de hora —observó Kaplan, el jefe del laboratorio. Sonrió con orgullo, como si el mérito fuera exclusivamente suyo—. No está mal, Comisionado.

—Les estamos alcanzando —replicó Reinhart—, pero con demasiada lentitud. Hemos de conseguirlo... y pronto.

Kaplan tenía ganas de hablar.

—Nosotros inventamos nuevas armas ofensivas, ellos mejoran sus defensas. ¡Y todo sigue igual! Un progreso continuo, pero ni nosotros ni Centauro podemos parar de crear nuevos inventos el tiempo necesario para estabilizar la producción.

—Esto acabará —declaró Reinhart con frialdad— cuando la Tierra fabrique un arma para la que Centauro no encuentre defensa.

—Hay una protección para cada arma. Una idea implica su contraria. Cae en desuso de inmediato. Nada dura lo bastante como para...

—Lo que cuenta es el desfase —interrumpió Reinhart, irritado. Clavó sus duros ojos grises en el jefe del laboratorio, y Kaplan se calló—. El desfase entre su tecnología y la nuestra. El desfase varía. —Hizo un gesto impaciente en dirección a los bancos de datos—. Usted lo sabe muy bien.

En aquel momento, las nueve y media de la mañana del siete de mayo de 2136, las máquinas indicaban una relación estadística de 21 a 17, favorable a Centauro. Las cifras, una vez analizados todos los datos, demostraban que Próxima Centauro rechazaría con éxito un nuevo ataque militar de la Tierra. La relación se basaba en el conjunto de datos recogidos por las máquinas SRB, recibidos

constantemente desde todos los sectores de los sistemas de Sol y Centauro.

21-17 a favor de Centauro. Un mes antes, la ventaja del enemigo era de 24-18. Las cosas mejoraban, con lentitud pero sin tregua.

Centauro, más viejo y menos vigoroso que la Tierra, era incapaz de rivalizar con el avance tecnológico de la Tierra, que reducía distancias.

—Si declaráramos la guerra ahora —reflexionó en voz alta Reinhart—, perderíamos. No podemos arriesgarnos a un ataque abierto —una expresión de crueldad desfiguró sus atractivas facciones, hasta convertirlas en una máscara rígida—, pero las cifras nos son favorables. Nuestros inventos ofensivos van superando poco a poco a sus defensas.

—Ojalá se desate pronto la guerra —convino Kaplan—. Todos estamos con los nervios a flor de piel. Esta maldita espera...

Reinhart intuía que la guerra llegaría pronto. La atmósfera estaba cargada de tensión, el élan. Abandonó la sala de las computadoras y se apresuró por el pasillo hacia su bien vigilado despacho en el ala de Seguridad. Ya quedaba menos. Podía sentir el cálido aliento del destino, en su nuca..., una sensación agradable. Dibujó una sonrisa carente de humor en sus labios delgados, dejando al descubierto una fina hilera de dientes blancos que contrastaban con su piel bronceada. La idea le complacía, pues llevaba trabajando en ello mucho tiempo.

El primer contacto, cien años atrás, había desatado un conflicto instantáneo entre las posiciones avanzadas de Próxima Centauro y las naves de exploración de la Tierra. Ataques relámpago, súbitas erupciones de fuego y rayos desintegradores.

Luego se sucedieron los largos y tediosos años de inactividad, porque el contacto entre los enemigos exigía años de viaje, incluso desplazándose casi a la velocidad de la luz. Los dos sistemas estaban emparejados. Pantalla protectora contra pantalla protectora. Nave de guerra contra estación de energía. El imperio de Centauro rodeaba la Tierra como un anillo de acero irrompible, por más oxidado y corroído que estuviera. La Tierra necesitaba nuevas armas para romper el cerco.

Reinhart divisó a través de las ventanas de su despacho interminables calles y edificios. Los terrestres hormigueaban por todas partes. Manchitas brillantes que eran naves de transporte, pequeños huevos en los que viajaban hombres de negocios y oficinistas enormes trenes en los que se hacinaban masas de obreros rumbo a las fábricas y los campos de trabajo. Y todos esperando el

estallido de la guerra. Esperando el día.

Reinhart conectó el canal confidencial del videófono.

—Póngame con Proyectos Militares —ordenó secamente.

Mientras la pantalla se iluminaba siguió sentado, tenso y erguido en la butaca. De repente, se materializó la voluminosa imagen de Peter Sherikov, director de la vasta red de laboratorios subterráneos enclavada bajo los Urales.

Las grandes facciones barbudas de Sherikov se endurecieron cuando reconoció a Reinhart. Enarcó sus negras y pobladas cejas hasta que formaron una línea continua.

—¿Qué quiere? Ya sabe que estoy muy ocupado. Tenemos mucho trabajo. No hace falta que vengan a molestarnos los... políticos.

—Pensaba ir a verle —contestó Reinhart con displicencia. —Se ajustó su inmaculada capa gris—. Quiero una completa descripción de su trabajo y de los avances conseguidos.

—Encontrará el informe rutinario, tramitado por los cauces habituales, en algún lugar de su despacho. Si se refiere a que desea saber exactamente lo que...

—Eso no me interesa. Quiero ver lo que están haciendo. Espero que esté preparado para describirme su trabajo con todo lujo de detalles. Estaré ahí dentro de media hora.

Reinhart cortó la comunicación. Las rotundas facciones de Sherikov oscilaron y se desvanecieron. Reinhart se relajó y dejó escapar su aliento. Le disgustaba trabajar con Sherikov. Nunca le había caído bien. El gran científico polaco era un individualista que se negaba a integrarse en la sociedad. Independiente, de ideas fijas. Consideraba al individuo como un fin en sí mismo, contrariamente a la Weltansicht, la condición orgánica aceptada.

Sin embargo, Sherikov era el investigador más destacado, a cargo del Departamento de Proyectos Militares. Y el futuro de la Tierra dependía de ese departamento. Vencer a Centauro o seguir esperando, atrapados en el sistema solar, cercados por un imperio hostil y depravado, sumido en la ruina y la decadencia, pero todavía fuerte.

Reinhart se levantó y salió del despacho. Atravesó el vestíbulo y abandonó el edificio del Consejo.

Unos minutos más tarde surcaba el cielo de la mañana en su crucero de alta velocidad, camino de los Urales, camino de los laboratorios de Proyectos Militares.

Sherikov le recibió en la entrada.

—Escuche, Reinhart, no piense que voy a aceptar sus órdenes.

No voy a...

—Tranquilícese. —Ambos atravesaron los controles y entraron en los laboratorios auxiliares—. No se van a ejercer presiones sobre usted o su equipo. Es libre para continuar su trabajo como le parezca conveniente... de momento. Dejémoslo claro de una vez: mi propósito es integrar su trabajo en el conjunto de nuestras necesidades sociales. Mientras sea productivo...

Reinhart dejó de pasear arriba y abajo.

—Bonito, ¿verdad? —ironizó Sherikov.

—¿Qué demonios es?

—Lo llamamos Ícaro. ¿Recuerda el mito griego? La leyenda de Ícaro. Ícaro voló... Este Ícaro también volará, un día de éstos. —Sherikov se encogió de hombros—. Examínelo, si quiere. Supongo que es lo que vino a ver.

Reinhart avanzó unos pasos.

—¿Es el arma en la que han estado trabajando?

—¿Qué le parece?

En el centro de la sala se alzaba un cilindro achaparrado de metal, un gran cono gris oscuro. Un grupo de técnicos se dedicaba a empalmar cables. Reinhart vislumbró un sinfín de tubos y filamentos, un laberinto de cables, terminales y piezas que se entrecruzaban capa a capa.

—¿Qué es?

Reinhart se acomodó en un banco y apoyó la espalda contra la pared.

—Una idea de Jamison Hedge, el mismo que desarrolló nuestros videotransmisores instantáneos interestelares hace cuarenta años. Trataba de encontrar un método para viajar más rápido que la luz cuando murió, destruido junto con la mayor parte de su trabajo. Después, la investigación fue abandonada, como si no tuviera futuro.

—¿No se demostró que nada puede viajar más rápido que la luz?

—¡Los videotransmisores interestelares lo hacen! No, Hedge desarrolló un sistema de propulsión más rápido que la luz. Consiguió lanzar un objeto a cincuenta veces la velocidad de la luz, pero a medida que el objeto aumentaba de velocidad, su tamaño disminuía y su masa se incrementaba. Esto estaba en consonancia con los conceptos de la transformación masa-energía, tan familiares en el siglo veinte. Llegamos a la conclusión de que en tanto el objeto de Hedge ganara velocidad, continuaría perdiendo tamaño y aumentando de masa, hasta que su tamaño sería cero y su masa infinita. Nadie puede imaginar un objeto semejante.

—Siga.

—Le contaré lo que sucedió. El objeto de Hedge continuó perdiendo tamaño y ganando masa hasta que alcanzó el límite de velocidad teórico, la velocidad de la luz. En este punto, el objeto simplemente dejó de existir, a pesar de que siguió aumentando la velocidad. Al carecer de tamaño, dejó de ocupar un espacio. Desapareció. Pese a todo, el objeto no se había destruido. Continuó su camino, ganando impulso a cada momento, alejándose del sistema solar y cruzando la galaxia en una trayectoria de arco. El objeto de Hedge entró en otro plano de existencia, más allá de nuestra capacidad de comprensión. La siguiente fase del experimento de Hedge consistía en buscar una forma de decelerar el objeto por debajo de la velocidad de la luz, a fin de devolverlo a nuestro universo. Consiguió su propósito.

—¿Cuál fue el resultado?

—La muerte de Hedge y la destrucción de casi todo su equipo. Su objeto experimental, al volver a entrar en el universo espaciotemporal, invadió un espacio ya ocupado por materia. Poseedor de una masa increíble, casi infinita, el objeto de Hedge estalló y causó un cataclismo titánico. Quedó patente la imposibilidad de llevar a cabo un viaje espacial con semejante propulsión. Todo espacio contiene virtualmente alguna materia. La vuelta al espacio originaría la destrucción automática. Hedge descubrió la propulsión superior a la velocidad de la luz y la forma de contrarrestarla, pero nadie ha sido capaz de emplearlas en la práctica.

Reinhart se acercó al enorme cilindro metálico. Sherikov le siguió.

—No lo entiendo —comentó Reinhart—. Acaba de afirmar que el experimento no es útil para los viajes espaciales.

—Así es.

—Entonces, ¿para qué sirve esto? Si la nave estalla en cuanto regrese a nuestro universo...

—Esto no es una nave. —Sherikov sonrió levemente—. Ícaro es la primera aplicación práctica de los principios de Hedge. Ícaro es una bomba.

—Así que ésta es nuestra arma —dijo Reinhart—. Una bomba. Una bomba inmensa.

—Una bomba que se mueve a mayor velocidad que la luz. Una bomba que no existirá en nuestro universo. Los centaurianos no la podrán detectar o detener. ¿Cómo podrían? En cuanto sobrepase la velocidad de la luz cesará de existir... más allá de toda detección.

—Pero…

—Ícaro será disparada desde la superficie. Apuntará automáticamente a Próxima Centauro y aumentará de velocidad a cada momento. Cuando alcance su destino viajará a cien veces la velocidad de la luz. Ícaro será devuelta a nuestro universo en el mismo corazón de Centauro. La explosión destruirá la estrella y barrerá la mayoría de sus planetas…, incluyendo su cuartel general, el planeta Armun. Una vez lanzado, no hay forma de detener a Ícaro. No hay defensa posible. Nada puede neutralizarlo. Es un hecho que no admite objeción alguna.

—¿Cuándo estará dispuesto?

Los ojos de Sherikov llamearon.

—Pronto.

—¿Exactamente cuándo?

El polaco titubeó.

—De hecho, sólo hay una cosa que nos lo impide.

Sherikov condujo a Reinhart al otro lado del laboratorio. Apartó de un empujón a un guardia.

—¿Ve esto? —golpeó con la punta de los dedos una esfera del tamaño de un pomelo, abierta por un lado—. Es lo que nos detiene.

—¿Qué es?

—La torreta del control central. Este objeto hace que la velocidad de Ícaro descienda por debajo de la lumínica en el momento adecuado. Debe poseer una exactísima precisión. Ícaro permanecerá en la estrella alrededor de un microsegundo. Si la torreta no funciona a la perfección, Ícaro pasará al otro lado y estallará fuera del sistema de Centauro.

—¿Cuánto falta para completar esta torreta?

Sherikov se mostró evasivo y extendió sus grandes manos.

—¿Quién sabe? Hay que montarla con un equipo infinitamente minucioso: aparatos microscópicos, cables invisibles a simple vista.

—¿Podría fijar una fecha aproximada?

Sherikov sacó del interior de su chaqueta un sobre de papel manila.

—He reseñado los datos para las máquinas SRB, añadiendo una fecha de terminación. Introdúzcalos. Consigné un período máximo de diez días. Que las máquinas trabajen a partir de ello.

Reinhart aceptó el sobre con cautela.

—¿Está seguro de la fecha? No estoy convencido de que pueda confiar en usted, Sherikov.

La expresión del científico se ensombreció.

—Tendrá que arriesgarse, Comisionado. No confío en usted más

de lo que usted confía en mí. No ignoro que le encantaría encontrar una excusa para echarme de aquí y colocar a uno de sus títeres.

Reinhart examinó al polaco pensativamente. Sherikov era duro de pelar. Proyectos era responsable ante Seguridad, no ante el Consejo. Sherikov estaba perdiendo credibilidad, pero todavía representaba un peligro potencial. Tozudo, individualista, empeñado en no subordinar su bienestar al bien común.

—De acuerdo. —Reinhart introdujo el sobre en su chaqueta—. Lo haré, pero será mejor que tenga razón. No permitiremos más errores. Caerán muchas cabezas en los próximos días.

—Si las cifras cambian a nuestro favor, ¿dará la orden de movilización?

—Sí —afirmó Reinhart—. Daré la orden en el momento en que las cifras cambien.

De pie frente a las máquinas. Reinhart aguardaba los resultados. Eran las dos de la tarde. Hacía calor. En el exterior del edificio, la vida cotidiana del planeta se desarrollaba como de costumbre.

¿Como de costumbre? No exactamente. Había una sensación en el ambiente, una creciente excitación. La Tierra había esperado mucho tiempo. El ataque a Próxima Centauro iba a llegar… y cuanto antes mejor. El antiguo imperio centauriano ahogaba a la Tierra, confinaba a la raza humana en los límites de su sistema, como una vasta y sofocante red desplegada en el cielo; impedía a la Tierra alcanzar los relucientes diamantes que se veían en la lejanía… La situación era insostenible.

Las máquinas SRB zumbaron y la combinación visible desapareció. Reinhart se puso tenso, el cuerpo rígido. Esperó.

La nueva proporción se hizo visible.

Reinhart jadeó. 7 a 6. ¡A favor de la Tierra!

No habían pasado ni cinco minutos cuando ya la alerta roja que anunciaba la movilización de emergencia se había encendido en todas las dependencias del gobierno. El Consejo y la presidenta Duffe habían sido convocados a una reunión inmediata. Todo sucedía muy rápido.

Sin embargo, no había dudas, 7 a 6, favorable a la Tierra. Reinhart se apresuró a poner sus papeles en orden para la reunión del Consejo.

El mensaje confidencial atravesó el laboratorio central hasta llegar a las manos del oficial en jefe.

—¡Mire esto! —Fredman depositó el mensaje sobre el escritorio de su superior—. ¡Léalo!

Harper lo recogió y lo leyó con rapidez.

—Parece que va en serio. No creí que viviríamos para verlo.

Fredman salió del despacho, corrió por el pasillo y entró en la sala de la burbuja temporal.

—¿Dónde está la burbuja? —preguntó, mirando alrededor.

—Ha retrocedido doscientos años en el pasado —respondió uno de los técnicos—. Estamos obteniendo interesantes datos sobre la guerra de mil novecientos catorce. De acuerdo con el material, la burbuja ya ha...

—Olvídelo. Se acabó el trabajo rutinario. Haga volver la burbuja al presente. A partir de este momento, todo el equipo queda a disposición del mando militar.

—Pero... la burbuja se regula automáticamente.

—Hágala volver manualmente.

—Es arriesgado —advirtió el técnico—. Si la emergencia lo requiere, supongo que podríamos cortar el automático.

—La emergencia lo requiere todo —señaló Fredman con énfasis.

—Pero las cifras podrían cambiar —dijo, inquieta, Margaret Duffe, presidenta del Consejo—. Pueden invertirse en cualquier momento.

—¡Es nuestra oportunidad! —estalló Reinhart—. ¿Qué demonios le ocurre? Hemos esperado años.

Un murmullo excitado se elevó del Consejo. Margaret Duffe, mostrando preocupación en sus ojos azules, vaciló.

—Reconozco que tenemos la oportunidad, al menos estadísticamente, pero las nuevas cifras acaban de aparecer. ¿Cómo sabemos que se van a mantener? Se apoyan sobre la base de una única arma.

—Se equivoca. No acaba de comprender la situación. —Reinhart se controló con un gran esfuerzo—. El arma de Sherikov invirtió la proporción en nuestro favor, pero las cifras nos han ido favoreciendo durante meses. Sólo era cuestión de tiempo. Era inevitable, antes o después. No se trata tan sólo de Sherikov; es un factor más. Cuentan los nueve planetas del sistema solar..., no un hombre solo.

Uno de los consejeros se levantó.

—La presidenta ha de tener en cuenta que todo el planeta arde en deseos de terminar la espera. Todas nuestras actividades en los últimos ochenta años se han dirigido a...

Reinhart se acercó a la esbelta presidenta del Consejo.

—Si no autoriza la guerra, la gente se sublevará. La reacción pública será violenta, muy violenta. Y usted lo sabe.

Margaret Duffe le dedicó una fría mirada.

—Usted desencadenó la alerta para forzarme. Sabía muy bien lo que hacía. Sabía que, una vez dada la orden, los acontecimientos se precipitarían.

Un clamor unánime estremeció las filas del Consejo.

—¡Hemos de aprobar la guerra...! ¡Fue nuestro compromiso...! ¡Es demasiado tarde para retroceder!

Los gritos y las voces airadas aumentaron de volumen.

—Soy tan favorable a la guerra como cualquier otro —declaró Margaret Duffe—. Sólo estoy exigiendo moderación. Una guerra entre sistemas es algo muy grave. Vamos a la guerra porque una máquina dice que tenemos una probabilidad estadística de ganarla.

—Es absurdo declarar una guerra si no la podemos ganar —dijo Reinhart—. Las máquinas SRB nos informan de las posibilidades.

—Nos dicen que tenemos la oportunidad de ganar, pero no nos garantizan nada.

—¿Qué más podemos pedir, aparte de una buena ocasión de ganar?

Margaret Duffe apretó los dientes.

—De acuerdo, ya les oigo. No interferiré en la aprobación del Consejo. Procederemos a la votación. —Sus fríos e inteligentes ojos se posaron sobre Reinhart—. Especialmente porque la alerta de emergencia ha llegado a todos los ministerios del gobierno.

—Bien. —Reinhart se alejó, aliviado—. Está decidido. Iniciaremos la movilización total.

Se tomaron las medidas cuanto antes. Las siguientes cuarenta y ocho horas bulleron de actividad.

Reinhart asistió a una reunión militar informativa, presidida por el comandante de la flota Carleton, en los salones del Consejo.

—Observen nuestra estrategia. —Carleton trazó un diagrama en la pizarra—. Sherikov ha declarado que la bomba MRL (Más Rápida que la Luz) tardará unos ocho días en estar preparada. La flota apostada en las cercanías del sistema de Centauro aprovechará este tiempo para tomar posiciones. Mientras la bomba se dispara, la flota iniciará operaciones contra las naves centaurianas que queden. Muchos no sobrevivirán a la explosión, por supuesto, pero con Armun destruido no costará demasiado liquidarlos.

Reinhart sustituyó al comandante Carleton.

—Informaré sobre la situación económica. Todas las fábricas de la Tierra se dedican a la producción de armas. Eliminado Armun, provocaremos insurrecciones masivas en las colonias centaurianas. Cuesta mucho mantener un imperio de dos sistemas, incluso con

naves que se aproximan a la velocidad de la luz. Surgirían cabecillas locales por todas partes. Queremos disponer de armas para ellos, y naves que los localicen ahora, cuando aún nos queda tiempo. Más tarde diseñaremos una política unitaria a la que se puedan acoger todas las colonias. Nuestro interés es más económico que político. No nos importa la clase de gobierno que tengan mientras nos proporcionen los productos que necesitamos, al igual que lo hacen nuestros ocho planetas.

Carleton siguió con su informe.

—Una vez dispersada la flota centauriana se iniciará el instante crucial de la guerra: el desembarco de hombres y material desde las naves estacionadas en puntos clave del sistema de Centauro. En esta fase...

Reinhart se marchó. Parecía imposible que sólo hubieran pasado dos días desde que se dio la orden de movilización. Todo el sistema estaba vivo, y funcionaba con febril actividad. Se habían resuelto muchísimos problemas..., pero todavía quedaban bastantes.

Entró en el ascensor y subió a la sala de las SRB, para ver si se había producido algún cambio en los datos de las máquinas. Comprobó que eran los mismos. Hasta ahora todo iba bien. ¿Conocían los centaurianos la existencia de Ícaro? Sin duda, pero no podían hacer nada. Al menos, en el plazo de ocho días.

Kaplan se acercó a Reinhart para enseñarle los últimos datos. El jefe del laboratorio escudriñó los papeles.

—Hay un informe muy divertido. Tal vez le interese.

Tendió el mensaje a Reinhart.

Provenía de Investigaciones Históricas:

9 de mayo de 2136.

Les comunicamos que al retornar la burbuja temporal al presente, utilizamos por primera vez el mando manual. Hubo ciertos problemas, y una cantidad de material del pasado fue transportada a nuestros días. Este material incluía un individuo de comienzos del siglo veinte que escapó del laboratorio inmediatamente. Aún no ha sido puesto bajo custodia. Investigaciones Históricas lamenta este incidente, atribuible a la emergencia.

E. FREDMAN

Reinhart devolvió el informe a Kaplan.

—Interesante. Un hombre del pasado... que cae en medio de la mayor guerra jamás vista.

—Ocurren cosas extrañas. Me pregunto qué pensarán las máquinas.

—No me lo imagino. Quizá nada.

Reinhart salió de la sala y se dirigió a su despacho.

En cuanto estuvo en él llamó a Sherikov por el videófono, utilizando la línea confidencial.

Aparecieron las marcadas facciones del polaco.

—Buenos días, Comisionado. ¿Cómo van los preparativos para la guerra?

—Bien. ¿Cómo va el montaje de la torreta?

Un ligero aire de preocupación ensombreció el rostro de Sherikov.

—De hecho, Comisionado…

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con brusquedad.

—Ya sabe cómo son las cosas —divagó Sherikov—. Sustituí mi equipo por operarios robot. Son mucho más diestros, pero no pueden tomar decisiones. El asunto exige algo más que pericia. Exige… —buscó la palabra— …un artista.

Reinhart montó en cólera.

—Escuche, Sherikov. Tiene ocho días para completar la bomba. Los datos introducidos en las máquinas SRB contenían esta información. La proporción siete a seis se basa en esta estimación. Si no logra…

—No se excite, Comisionado. —Sherikov se agitó, molesto—. La completaremos.

—Así lo espero. Llámeme tan pronto como haya terminado.

Reinhart cortó la conexión. Si Sherikov le fallaba, acabaría con él. Toda la guerra dependía de la bomba MRL.

La pantalla se iluminó de nuevo. Se formó el rostro de Kaplan, lívido y descompuesto.

—Comisionado, le ruego que acuda a la sala de las SRB. Ha sucedido algo.

—¿Qué?

—Ya se lo enseñaré.

Reinhart, alarmado, salió corriendo de su despacho. Encontró a Kaplan parado frente a las máquinas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Reinhart.

Echó una ojeada a la pantalla de datos. No habían sufrido alteración.

Kaplan le tendió un informe.

—Lo introduje hace un momento en las máquinas. En cuanto vi los resultados, lo quité. Es el párrafo que le mostré, el que nos

enviaron de Investigaciones Históricas, sobre el hombre del pasado.

—¿Qué ocurrió cuando lo introdujo?

Kaplan se alteró, inquieto.

—Se lo enseñaré. Lo haré otra vez. Exactamente como antes. —Depositó la tarjeta magnética en la cinta transportadora—. Observe los dígitos.

Reinhart miró, tenso y rígido. Nada sucedió de momento. Continuaba parpadeando la relación 7-6. Después… las cifras desaparecieron. Las máquinas hicieron una pausa. En seguida se iluminaron cifras nuevas. 4-24 a favor de Centauro. Reinhart jadeó, horrorizado. Las cifras se borraron, y surgieron otras: 16-38 a favor de Centauro. Luego, 48-86. 79-15 a favor de la Tierra. Después, nada. Las máquinas zumbaban, pero no ocurrió nada.

Nada en absoluto. Ninguna cifra. Un espacio en blanco.

—¿Qué significa esto? —musitó Reinhart, aturdido.

—Es fantástico. No pensábamos que esto podría…

—¿Qué ha pasado?

—Las máquinas son incapaces de integrar los datos. No se obtiene lectura alguna. No pueden utilizarlos para el cálculo de probabilidades, y se borran todas las demás cifras.

—¿Por qué?

—Es…, es una variable. —Kaplan temblaba, pálido, tenía los labios lívidos—. Algo de lo que no se puede deducir nada. El hombre del pasado. Las máquinas no lo integran. ¡El hombre variable!

## II

Thomas Cole estaba afilando un cuchillo con la amoladera cuando se desencadenó el tornado.

El cuchillo pertenecía a la señora que vivía en la gran casa verde. Cada vez que Cole pasaba por allí con su carreta Fixit, la señora le daba algo para afilar. En cierta ocasión le invitó a una taza de café, café oscuro y caliente de una vieja cafetera. Le gustó el detalle; disfrutaba del buen café.

El día estaba encapotado y lluvioso. Los negocios no iban bien. Un automóvil había asustado a sus dos caballos. Cuando hacía mal tiempo, muy poca gente salía a la calle, de modo que deba bajar de la carreta y llamar a los timbres.

Con todo, el hombre de la casa amarilla le había dado un dólar por reparar su nevera eléctrica. Nadie lo había conseguido, ni siquiera el empleado de la fábrica. El dólar cundiría mucho. Un dólar era casi una fortuna.

Supo que era un tornado antes de que se abatiera sobre él. Todo estaba silencioso. Se hallaba inclinado sobre su piedra de afilar, con las riendas entre las rodillas, absorto en su trabajo.

Se había esmerado con el cuchillo; ya estaba terminado. Escupió sobre la hoja, lo alzó para ver si... y el tornado llegó.

En un segundo le rodeó por completo, una espesura grisácea. La carreta, los coches y él parecían encontrarse en un punto tranquilo, situado en el centro del tornado. Se movían con gran silencio entre la niebla gris.

Y mientras se preguntaba qué hacer, y cómo devolvería el cuchillo a la anciana, se produjo un choque repentino y el tornado le arrojó al suelo. Los caballos relincharon de terror, tratando de mantener el equilibrio. Cole se levantó en seguida.

¿Dónde estaba?

La espesura grisácea había desaparecido. Por todos lados se erguían paredes blancas. Una luz intensa, similar a la del sol, iluminaba la escena. La yunta inclinaba la carreta con su peso; equipo y herramientas cayeron al suelo. Cole enderezó la carreta y saltó al pescante.

Y por primera vez vio a la gente.

Hombres uniformados de rostros blancos y estupefactos. ¡Y una

sensación de peligro!

Cole dirigió los caballos hacia la puerta. Atronaron el suelo con sus cascos, acero contra acero, mientras atravesaban la puerta y dispersaban a los perplejos hombres en todas direcciones. Desembocaron en un amplio vestíbulo de un edificio parecido a un hospital.

Más hombres, surgidos de todos lados, convergieron en el vestíbulo. Gritaban y movían los brazos, excitados, como hormigas blancas. Un rayo violeta oscuro pasó cerca de su cabeza; chamuscó una esquina de la carreta, y brotó humo de la madera.

Cole sintió miedo. Azuzó a los aterrorizados caballos. Se estrellaron violentamente contra una gran puerta. La puerta cedió… Estaban en el exterior y el sol se extendía sobre ellos. La carreta se ladeó durante un segundo estremecedor, a punto de volcar. Después, los caballos galoparon a mayor velocidad y atravesaron un espacio abierto, en dirección a una lejana mancha verde. Cole sujetaba con firmeza las riendas.

A su espalda, los hombrecillos de cara pálida habían salido y permanecían agrupados de pie, gesticulando frenéticamente. Oyó sus débiles chillidos.

Pero se había escapado. Estaba a salvo. Frenó los caballos y respiró con tranquilidad.

Los bosques eran artificiales. Algún tipo de parque, exuberante, descuidado. Una densa jungla de plantas retorcidas. Todo crecía en desorden.

El parque estaba vacío. No había nadie. Por la posición del sol calculó que amanecía o atardecía. El perfume de las flores y de la hierba, la humedad de las hojas, indicaban la mañana. Caía la tarde cuando el tornado le arrebató. Y el cielo estaba encapotado y lluvioso.

Cole reflexionó. Resultaba claro que se había desplazado un buen trecho. El hospital, los hombres de caras blancas, la extraña iluminación, el acento de las palabras que había captado…, todo hacía suponer que ya no se encontraba en Nebraska, quizá ni siquiera en Estados Unidos.

Había perdido algunas herramientas durante la huida. Cole reunió lo que quedaba, dividió en grupos las herramientas y las acarició con ternura. Había perdido algunos escoplos y formones, así como la mayoría de las piezas más pequeñas. Cogió lo que se había salvado y lo volvió a colocar en la caja con todo cuidado. Recuperó una sierra de punta, le quitó el polvo con un trapo aceitado y la guardó en la caja.

El sol trepaba lentamente en el cielo. Cole levantó la vista y se protegió los ojos con su mano encallecida. Era un hombre muy alto, ancho de hombros. Iba sin afeitar y su ropa estaba sucia y raída, pero sus ojos eran claros, de color azul pálido, y sus manos esbeltas.

No podía quedarse en el parque. Le habían visto adentrarse en esa zona y le estarían buscando.

Algo cruzó velozmente el cielo a increíble altura. Un diminuto punto negro que se desplazaba con inverosímil celeridad. Un segundo punto le siguió. Los dos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. No hacían el menor ruido.

Cole frunció el ceño, preocupado. Los puntos le inquietaban. Tendría que volver a ponerse en marcha..., y buscar comida. Su estómago ya empezaba a gruñir y a quejarse.

Trabajo. Podía hacer muchas cosas: cuidar jardines, afilar, moler, reparar máquinas y relojes, arreglar toda clase de objetos domésticos, incluso pintar, y otros trabajos esporádicos, como carpintería.

Podía hacer cualquier cosa, lo que le pidieran, a cambio de comida y unas pocas monedas.

Thomas Cole arreó los caballos y siguió adelante. Iba encorvado en el pescante, con la vista atenta, mientras la carreta Fixit rodaba sobre la hierba enmarañada, atravesando la jungla de árboles y flores.

Reinhart puso el crucero a toda velocidad, seguido por un segundo vehículo, una escolta militar. La tierra se deslizaba bajo él, una mancha verde y gris.

Contempló los restos dispersos de Nueva York, un retorcido y confuso montón de ruinas invadido por hierbas y maleza. Las grandes guerras atómicas del siglo veinte habían convertido virtualmente toda la zona costera en una interminable extensión de escoria.

Escoria y maleza. Y, de súbito, el caos que había sido Central Park.

Divisó Investigaciones Históricas. Reinhart aterrizó en la pequeña pista detrás de los edificios principales.

Harper, el oficial en jefe del departamento, se reunió con Reinhart en cuanto aterrizó.

—Francamente, no entendemos por qué le concede tanta importancia a este asunto —declaró Harper, intranquilo.

Reinhart le dirigió una fría mirada.

—Yo juzgaré lo que es importante o no. ¿Fue usted quien dio la

orden de recuperar la burbuja manualmente?

—Lo hizo Fredman, de acuerdo con las instrucciones que usted le dio para facilitar…

Reinhart se encaminó a la entrada del edificio de investigaciones.

—¿Dónde está Fredman?

—Dentro.

—Quiero verle. Vamos.

Fredman salió a su encuentro. Saludó a Reinhart con calma, sin demostrar la menor emoción.

—Lamento haberle causado problemas, Comisionado. Intentamos adaptar la estación a la situación bélica. Trajimos de regreso la burbuja tan pronto como pudimos. La policía no tardará en detener a ese hombre.

—Quiero conocer todos los detalles de lo ocurrido.

—No hay mucho que contar. —Fredman se agitó, inquieto—. Di la orden de cancelar el sistema automático, y recuperamos la burbuja manualmente. Cuando enviamos la señal, la burbuja se hallaba en la primavera de mil novecientos trece. Al abandonar el pasado bruscamente, se llevó consigo una extensión de tierra en la que estaban parados el hombre y su carreta. El hombre, por supuesto, fue traído al presente dentro de la burbuja.

—¿Ninguno de sus instrumentos detectó que la burbuja llevaba un peso suplementario?

—Estábamos demasiado excitados para atender a las lecturas. La burbuja se materializó en la sala de observaciones media hora después de activar el control manual. La descargamos de energía antes de saber lo que había dentro. Intentamos detenerle, pero salió con la carreta al vestíbulo, arrollándonos a todos. Los caballos estaban aterrorizados.

—¿Cómo era la carreta?

—Tenía una especie de rótulo pintado con letras negras en ambos lados. Nadie tuvo tiempo de leerlo.

—Siga. ¿Qué ocurrió después?

—Alguien le disparó un rayo Slem, pero falló. Los caballos le sacaron del edificio. Cuando llegamos a la salida estaba a mitad de camino del parque.

—Si aún está en el parque, no tardaremos en cogerle —reflexionó Reinhart—, pero debemos ser precavidos.

Sin más palabras dio media vuelta y se encaminó hacia su nave. Harper correteó detrás de él.

Reinhart se paró junto a la nave. Hizo señas a unos guardias

gubernamentales de que se acercaran.

—Pongan bajo arresto al personal ejecutivo de este departamento. Serán juzgados por alta traición. —Sonrió con ironía al rostro mortalmente pálido de Harper—. Estamos en guerra. Tendrán suerte si salen con vida.

Reinhart montó en su aparato y se elevó en el cielo. La escolta militar le siguió. Reinhart sobrevoló el mar de escoria gris, la extensa zona devastada. Pasó sobre un cuadrado verde en medio del océano gris. Lo estuvo mirando hasta que desapareció.

Central Park. Vio vehículos policiales y transportes de tropas que volaban hacia el cuadrado verde. Cañones pesados y vehículos de superficie avanzaban en columnas hacia el parque desde todas direcciones.

Pronto capturarían al hombre. Pero, entretanto, las máquinas SRB no funcionaban. Y de la información suministrada por las SRB dependía la guerra.

La carreta llegó al extremo del parque a mediodía. Cole descansó un momento y permitió a los caballos pacer en la espesa hierba. La silenciosa extensión de escoria le intrigaba. ¿Qué habría sucedido? Nada se movía. Ni edificios, ni señales de vida. Hierba y maleza brotaban ocasionalmente en algunos puntos de la superficie plana, pero, aun así, el espectáculo le hacía estremecer.

Cole condujo la carreta hasta la escoria y examinó el cielo. Fuera del parque no tenía dónde esconderse. La escoria era llana, uniforme, como el océano. Si le localizaban...

Un enjambre de diminutos puntos negros cruzó el cielo, acercándose rápidamente. Al cabo de un instante se desviaron a la derecha y desaparecieron. Más aviones, aviones metálicos sin alas. Los vio alejarse.

Media hora después divisó alguna cosa más adelante. Cole disminuyó la marcha de la carreta y forzó la vista. La escoria llegaba a su fin.

Había alcanzado su límite. A continuación empezaba un terreno oscuro en el que crecían hierbas y matojos. En el horizonte se dibujaba una fila de edificios, casas, o cobertizos.

Casas, probablemente, pero muy diferentes de las que conocía.

Las casas eran iguales unas a otras. Varios centenares, como pequeñas cáscaras verdes. Todas tenían un jardín con césped, un sendero, un porche delantero y algunas hileras de arbustos rodeándolas. Todas eran iguales, y diminutas.

Sí, pequeñas cáscaras verdes. Condujo con cautela la carreta hacia las casas.

No parecía haber nadie en las cercanías. Penetró en una calle abierta entre dos filas de casas. Los cascos de los caballos resonaban en el silencio. Estaba en algún tipo de ciudad, pero no se veían niños ni perros. Todo estaba limpio y silencioso, como una maqueta o una exposición. Su inquietud creció.

Un joven que caminaba por la acera le miró, asombrado. Iba extrañamente vestido, con una capa parecida a una toga que le llegaba hasta las rodillas como único atavío. Y sandalias. O algo similar a sandalias. Tanto la capa como las sandalias eran de un singular material semiluminoso. Centelleaba a la luz del sol. Más que tela, metal.

Una mujer regaba las flores en el extremo del jardín. Se enderezó cuando los caballos se aproximaron. Sus ojos se dilataron de asombro…, y luego de pánico. Su boca dibujó una silenciosa O y la regadera se deslizó de sus dedos y cayó sobre la hierba.

Cole se sonrojó y volvió la cabeza al instante. ¡La mujer apenas iba vestida! Chasqueó las riendas y obligó a los caballos a correr.

La mujer se le quedó mirando. Cole echó un vistazo breve y apresurado hacia atrás… y azuzó al tiro de caballos con un grito ronco, las orejas coloradas. No se había equivocado. La mujer sólo llevaba un par de pantalones cortos transparentes, nada más. Una íntima pieza del mismo material semiluminoso que brillaba y centelleaba. El resto de su menudo cuerpo estaba totalmente desnudo.

Aflojó el paso de la carreta. Era bonita. Cabello y ojos castaños, gruesos labios rojos. Una hermosa silueta. Cintura breve, piernas suaves, flexibles y delicadas, pechos abundantes… Rechazó el pensamiento con furia. Tenía que encontrar un trabajo. Los negocios…

Cole detuvo la carreta Fixit y saltó á la acera. Eligió una casa al azar y avanzó con precauciones. La casa era atractiva, poseía una cierta belleza, pero parecía frágil, al igual que las otras.

Subió al porche. No había timbre. Lo buscó, tanteando con la mano sobre la superficie de la puerta. Al instante oyó un «clic, un golpecito seco a la altura de sus ojos. Levantó la vista, sobresaltado. Una lente desaparecía tras la sección de puerta que se cerraba. Le habían fotografiado.

Mientras reflexionaba sobre lo sucedido, la puerta se abrió de súbito. Un hombre se recortó en el umbral, un hombre de gran envergadura con uniforme de color canela que bloqueaba el acceso ominosamente.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre.

—Busco trabajo —murmuró Cole—. Cualquier tipo de trabajo. Puedo hacer de todo. arreglar lo que sea, reparar objetos rotos… Lo que sea.

—Diríjase al Departamento de Empleo de la Junta de Control de Actividades Federales —dijo el hombre con tono seguro—. Ya sabe que toda la terapia ocupacional se canaliza a través de ellos. —Observó a Cole con curiosidad—. ¿Por qué se ha puesto esos vestidos tan antiguos?

—¿Antiguos? Caramba, yo…

El hombre desvió la mirada y se fijó en la carreta Fixit y en los dos adormecidos caballos.

—¿Qué es eso? ¿Qué clase de animales son? ¿Caballos? —El hombre se frotó la barbilla y examinó a Cole con atención—. Qué extraño.

—¿Extraño? —murmuró Cole—. ¿Por qué?

—Hace cien años que no hay caballos. Murieron todos en el curso la Quinta Guerra Atómica. Por eso es extraño.

Cole se puso en guardia. Advertía algo en los ojos del hombre, cierta dureza, una mirada perspicaz. Cole retrocedió hacia el sendero. Tenía que ser precavido. Algo iba mal.

—Ya volveré —musitó.

—Hace cien años que no hay caballos —repitió el hombre, y se acercó a Cole—. ¿Quién es usted? ¿Por qué viste así? ¿Dónde consiguió ese vehículo y los dos caballos?

—Ya volveré —repitió Cole, alejándose.

El hombre extrajo algo de su cinturón, un delgado tubo de metal. Se lo tendió a Cole.

Era un documento enrollado, una fina hoja de metal en forma de tubo. Palabras, un tipo desconocido de caligrafía. No pudo descifrarla. La foto del hombre, filas de números, cálculos…

—Me llamo Winslow, y soy el director de la Oficina Federal para la Conservación de Materias Primas —dijo el hombre—. Hable rápido, o dentro de cinco minutos llegará un coche de Seguridad.

Cole se movió… rápido. Recorrió a grandes zancadas el sendero, en dirección a la calle.

Algo le golpeó con fuerza. Un muro de fuerza se estrelló contra su rostro. Quedó tendido en el suelo, aturdido y desconcertado. El cuerpo le dolía y sufría convulsiones, que fueron disminuyendo poco a poco.

Se puso en pie temblorosamente. La cabeza le daba vueltas. Se sentía débil, destrozado, al borde del colapso. El hombre se

aproximaba. Cole montó en la carreta, jadeando y con ganas de vomitar. Los caballos se lanzaron adelante. Cole salió despedido contra el pescante, mareado por los movimientos del vehículo.

Se apoderó de las riendas y consiguió enderezarse. La carreta aumentó de velocidad y dobló una esquina. Las casas quedaban atrás.

Cole azuzó con sus escasas fuerzas al tiro de caballos, respirando entrecortadamente. Las casas y las calles se convertían en manchas borrosas a medida que la carreta corría más y más de prisa.

De pronto se terminaron la ciudad y las casitas aseadas. Se hallaba en una especie de autopista, bordeada por grandes edificios y fábricas. Figuras, hombres que le contemplaban boquiabiertos.

Al cabo de un rato, las fábricas se desvanecieron. Cole aflojó las riendas. ¿Qué había dicho el hombre? La Quinta Guerra Atómica. Los caballos extinguidos. Carecía de sentido. Y tenían cosas de las que no sabía nada. Campos de fuerza. Aviones sin alas…, silenciosos.

Cole rebuscó en sus bolsillos. Encontró el tubo de identificación que el hombre le había entregado. Se lo había llevado sin darse cuenta. Desenrolló el tubo y lo examinó. La escritura le resultaba extraña.

Pasó mucho rato estudiando el tubo. Luego, advirtió algo en la esquina superior derecha.

Una fecha: 6 de octubre de 2128.

La visión de Cole se hizo borrosa. Todo giró a su alrededor. Octubre, 2128. ¿Sería posible?

El documento estaba allí, en su mano. Una fina hoja de papel metálico. Como una chapa. No había duda: estaba escrito en la esquina de la hoja.

Cole enrolló el tubo despacio, abrumado por la certeza. Doscientos años. Parecía imposible. Pese a todo, las cosas empezaban a encajar. Estaba en el futuro, a doscientos años de su época.

Sumido en estos pensamientos, no advirtió el veloz vehículo negro de Seguridad que descendía rápidamente hacia la carreta.

El videófono de Reinhart zumbó. Lo conectó en seguida.

—¿Sí?

—Informe de Seguridad.

—Pásemelo.

Reinhart esperó con impaciencia a que la pantalla volviera a iluminarse.

—Soy Dixon, del Comando Regional Occidental. —El oficial carraspeó y ordenó sus papeles—. El hombre del pasado ha sido localizado alejándose de la zona de Nueva York.

—¿En qué parte de la red?

—Fuera. Evadió el dispositivo montado alrededor de Central Park al entrar en una de las pequeñas ciudades que limitan con la zona de escoria.

—¿Evadió?

—Supusimos que evitaría las ciudades. La red no consiguió abarcar todas las ciudades, por supuesto.

Reinhart apretó las mandíbulas.

—Siga.

—Penetró en la ciudad de Petersville pocos minutos antes de que la red se cerrara alrededor del parque. Lo rastreamos, pero no encontramos nada, por supuesto. Ya se había ido. Una hora después recibimos un informe de un residente de Petersville, un oficial del Departamento de Conservación de Materias Primas. El hombre del pasado había llamado a su puerta en busca de trabajo. Winslow, el oficial, le entretuvo con la intención de capturarle, pero se escapó en la carreta. Winslow llamó a Seguridad inmediatamente, pero ya era demasiado tarde.

—Téngame al corriente de lo que pase. Hemos de atraparle… cuanto antes.

Reinhart desconectó el aparato.

Se sentó en la butaca a esperar.

Cole vio la sombra del vehículo de Seguridad y reaccionó sin demora. Un segundo después la sombra pasó sobre él. Cole saltó de la carreta; corriendo y tropezando. Rodó por el suelo, alejándose lo más posible de la carreta.

Hubo un destello cegador y un rayo de luz blanca. Un viento caliente se precipitó sobre Cole. Le levantó y sacudió como a una hoja. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Rebotó contra el suelo varias veces. Grava y piedras le arañaron la cara, las rodillas y las palmas de las manos.

Cole chilló, presa del pánico. Sentía arder su cuerpo. Se estaba consumiendo, quemado por el cegador globo blanco de fuego. El globo se expandió, aumentó de tamaño, hinchándose como un sol monstruoso, inflado y deformado. Había llegado el fin. No quedaba la menor esperanza. Apretó los dientes…

El globo se desvaneció gradualmente. Chisporroteó, titiló y quedó reducido a cenizas. Un olor ácido impregnaba el aire. Sus

ropas ardían y humeaban. Bajo él sentía la tierra caliente, seca, agostada por la descarga. Pero estaba vivo. Al menos, por un rato.

Cole abrió los ojos poco a poco. La carreta habla desaparecido, y en el lugar donde estaba se veía un gran agujero, un hueco irregular en el centro de la autopista. Una fea nube, negra y ominosa, flotaba sobre el hoyo. En lo alto, el avión sin alas volaba en círculos, rastreando posibles señales de vida.

Cole continuó extendido; luchando por recobrar la respiración. Pasó el tiempo. El sol se desplazaba en el cielo con agonizante lentitud. Debían de ser las cuatro de la tarde, según el cálculo mental de Cole. Dentro de tres horas se haría de noche. Entonces, si aún estaba vivo...

¿Habría visto el avión cómo saltaba de la carreta?

Yació sin moverse. El sol de la tarde caía sobre su cuerpo inmóvil. Se sentía enfermo, mareado y febril. Tenía la boca seca.

Algunas hormigas se deslizaron sobre su mano. La inmensa nube negra empezaba a disiparse y se convertía en un glóbulo informe.

La carreta había desaparecido. El pensamiento le atormentaba y latía en su cerebro, mezclándose con los trabajosos latidos de su pulso.

Había desaparecido. Destruida. Sólo quedaban cenizas. La revelación le aturdía.

El avión abandonó la búsqueda y se perdió en el horizonte. El cielo estaba despejado de obstáculos.

Cole consiguió a duras penas ponerse en pie. Se limpió la cara con manos temblorosas. Le dolía todo el cuerpo. Escupió un par de veces para aclarar su garganta. Era probable que el avión enviara un mensaje. Vendría gente a buscarle. ¿Adónde iría?

Una cadena de colinas, una distante masa verde, se alzaba a su derecha. Tal vez podría llegar hasta ellas. Se puso en camino. Tenía que comportarse con cautela. Le buscaban... y llevaban armas. Armas increíbles.

Sería afortunado de seguir con vida cuando el sol se pusiera. Su yunta, la carreta Fixit y todas sus herramientas habían desaparecido. Cole investigó en sus bolsillos. Extrajo algunos pequeños destornilladores, un par de pinzas, un poco de cable, un poco de soldadura, la piedra de afilar y, por fin, el cuchillo de la anciana.

Le quedaba muy poco instrumental. Lo había perdido casi todo, pero sería más difícil localizarle sin la carreta. Les sería más difícil localizarle si se desplazaba a pie.

Cole apresuró el paso. Atravesó los campos en dirección a la

lejana cadena de montañas.

Reinhart recibió la llamada casi de inmediato. El rostro de Dixon se formó en la pantalla del videófono.

—Tengo un nuevo informe, Comisionado. Buenas noticias. El hombre del pasado fue visto saliendo de Petersville, en la autopista trece, a unos quince kilómetros. Nuestra nave lo bombardeó sin demora.

—¿Acabaron..., acabaron con él?

—El piloto no advirtió signos de vida después del disparo.

El pulso de Reinhart casi se detuvo. Se hundió en la butaca.

—Por tanto, ¡está muerto!

—Aún no podemos asegurarlo hasta que examinemos los restos. Un vehículo de superficie se dirige hacia el lugar de los hechos. Completaremos el informe en breve plazo. Le pondremos al corriente en cuanto lo tengamos.

Reinhart extendió la mano y apagó la pantalla. ¿Habían matado al hombre del pasado? ¿O había escapado de nuevo? ¿Lo cogerían alguna vez? ¿Había alguna posibilidad de capturarlo? Y, entretanto, las máquinas SRB seguían silenciosas, inactivas.

Reinhart se hundió en la butaca, dispuesto a esperar el inminente informe del vehículo de superficie.

Caía la tarde.

—¡Vamos! —gritó Steve, corriendo como un poseso detrás de su hermano—. ¡Vuelve!

—Cógeme.

Earl bajó corriendo la ladera de la colina, dejó atrás un almacén militar, saltó una valla de neotex y aterrizó en el patio trasero de la señora Norris.

Steven, casi sin aliento, chillando y jadeando, persiguió a su hermano.

—¡Vuelve! ¡Devuélveme eso!

—¿Qué te ha cogido? —preguntó Sally Tate, cortando el paso a Steven por sorpresa.

Steven se paró y trató de recuperar el aliento.

—Me ha robado mi videotransmisor intersistémico. —Su carita se contrajo en una mueca de rabia y tristeza—. ¡Será mejor que me lo devuelva!

Earl se acercó, dando un rodeo por la derecha. La cálida oscuridad del anochecer le hacía casi invisible.

—Aquí estoy —anunció—. ¿Qué piensas hacer?

Steven le miró con hostilidad. Sus ojos se fijaron en la caja

cuadrada que Earl sostenía en las manos.

—¡Devuélvemela, o se lo diré a papá!

—Oblígame —rió Earl.

—Papá te obligará.

—Será mejor que me la des —dijo Sally.

—Cógeme.

Earl emprendió la huida. Steven apartó de un empujón a Sally y se precipitó sobre su hermano. Chocó contra él y lo dejó tendido en el suelo. La caja salió despedida de las manos de Earl, rebotó sobre el pavimento y se rompió junto a un poste indicador luminoso.

Earl y Steven se incorporaron lentamente. Miraron con tristeza la caja rota.

—¿Lo ves? —chilló Steven con lágrimas en los ojos—. ¿Ves lo que has hecho?

—Tú lo hiciste. Me empujaste.

—¡Tú lo hiciste!

Steven se agachó y recogió la caja. Se aproximó al poste luminoso y se sentó pata examinarla.

Earl avanzó unos pasos.

—Si no me hubieras empujado, no se habría roto.

Se hacía de noche con mucha rapidez. La cadena de colinas que se alzaban sobre la ciudad estaban envueltas casi por completo en la oscuridad. Se habían encendido algunas luces. La noche era cálida. Las puertas de un vehículo de superficie se cerraron con estrépito a lo lejos. Transportes aéreos llenos de obreros que volvían de trabajar en las grandes fábricas subterráneas zumbaban en el cielo.

Thomas Cole caminó con parsimonia hacia los tres niños que conversaban junto al poste luminoso. Andaba con dificultad a causa de la fatiga y el dolor. A pesar de que ya era de noche, todavía no se consideraba a salvo.

Estaba agotado y hambriento. Había caminado mucho. Y necesitaba comer algo… pronto.

Cole se detuvo a escasa distancia de los niños. Los tres estaban absortos y atentos por la caja que Steven tenía sobre las rodillas. Se callaron de repente. Earl alzó los ojos lentamente.

La enorme silueta de Thomas Cole parecía más amenazadora recortada contra la luz mortecina. Sus largos brazos pendían flojamente a lo largo de su cuerpo. Las sombras ocultaban su rostro. Su cuerpo era una masa informe, indistinta. Una gran estatua amorfa, erguida en silencio a pocos pasos, inmóvil en la semioscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó Earl con voz insegura.

—¿Qué quiere? —inquirió Sally. Los niños se apartaron, nerviosos—. Lárguese.

Cole se aproximó. Se inclinó un poco. El resplandor del poste luminoso hizo visibles sus rasgos: nariz larga y ganchuda, pálidos ojos azules...

Steven se puso en pie de un salto sin soltar el videotransmisor.

—¡Fuera de aquí!

—Esperad. —Cole les dirigió una sonrisa tímida. Su voz era seca y áspera—. ¿Qué tenéis ahí? —Señaló con sus largos y esbeltos dedos—. ¿Qué es esa caja?

Los niños enmudecieron. Steven habló por fin.

—Es mi videotransmisor intersistémico.

—Pero no funciona —añadió Sally.

—Earl lo rompió. —Steven miró de reojo a su hermano—. Earl lo tiró y lo rompió.

Cole sonrió. Se acomodó en el borde de la curva y suspiró, aliviado. Había andado demasiado. Le dolía todo el cuerpo. Estaba cansado y hambriento. Estuvo sentado durante un buen rato, demasiado exhausto para hablar. Se secó el sudor del cuello y de la cara.

—¿Quién eres? —preguntó Sally—. ¿Por qué llevas ese traje tan raro? ¿De dónde vienes?

—¿De dónde? —Cole miró a los niños de uno en uno—. De muy lejos. Muy lejos.

Meneó la cabeza de un lado a otro, intentando despejarse.

—¿Cuál es tu terapia? —preguntó Earl.

—¿Mi terapia?

—¿Qué haces? ¿Dónde trabajas?

Cole respiró hondamente y dejó escapar el aire poco a poco.

—Arreglo cosas, toda clase de cosas. Lo que sea.

—Nadie arregla cosas —se burló Earl—. Si se rompen, las tiras.

Cole no le escuchó. Una súbita necesidad le obligó a ponerse de pie.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar trabajo? Lo arreglo todo: relojes, máquinas de escribir, neveras, ollas y cacerolas. Goteras en el techo. Todo.

Steven le tendió su videotransmisor intersistémico.

—Arregla esto.

Hubo un silencio. Los ojos de Cole se posaron despacio sobre la caja.

—¿Eso?

—Mi transmisor. Earl lo rompió.

Cole cogió la caja. Le dio vueltas y la expuso a la luz. Frunció el ceño y se concentró. Sus largos y ágiles dedos exploraron la superficie.

—¡Te la va a robar! —exclamó Earl.

—No. —Cole meneó la cabeza—. Soy de fiar.

Sus dedos sensibles encontraron los tornillos que mantenían la caja sujeta. Los desenroscó con pericia. La caja se abrió y reveló su complicado interior.

—La ha abierto —susurró Sally.

—¡Dámela! —pidió Steven, algo asustado—. Quiero que me la devuelvas.

Los tres niños observaron a Cole con aprensión. Cole rebuscó en su bolsillos. Sacó sus diminutos destornilladores y las pinzas. Los dispuso frente a él. No hizo el menor gesto de devolver la caja.

—Quiero que me la devuelvas —rogó Steven.

Cole levantó la vista. Sus pálidos ojos azules contemplaron a los tres niños que estaban de pie en la oscuridad.

—Te la voy a arreglar. ¿No me lo pediste?

—Quiero que me la devuelvas. —Steven se apoyaba en un pie y luego en el otro, indeciso y dudoso—. ¿De verdad que la puedes arreglar? ¿Funcionará otra vez?

—Sí.

—De acuerdo. Arréglala.

Una débil sonrisa iluminó el rostro fatigado de Cole.

—Espera un momento. Si te la arreglo, ¿me traerás algo de comer? No lo voy a hacer gratis.

—¿Algo de comer?

—Comida. Necesito comida caliente. Incluso un poco de café.

—Sí —asintió Steven—, te la traeré.

—Estupendo, eso es estupendo. —Cole devolvió su atención a la caja que tenía entre las rodillas—. En ese caso, te la arreglaré, y te la arreglaré bien.

Sus dedos volaron, palpando, explorando, examinando, comprobando cables y relés. Investigaron el videotransmisor intersistémico. Descubrieron cómo funcionaba.

Steven se precipitó en el interior de la casa a través de la puerta de emergencia. Avanzó de puntillas hacia la cocina, tomando toda clase de precauciones. Pulsó los botones de la cocina al azar; el corazón le latía desacompasadamente. El horno empezó a zumbar. Los indicadores se desplazaron hasta señalar el fin de la operación.

El horno se abrió y apareció una bandeja de pescado humeante. El mecanismo se desconectó. Steven se apoderó del contenido de la

bandeja y lo transportó en brazos por el pasillo hasta la puerta de emergencia, y de ahí al patio, que estaba a oscuras.

Consiguió llegar al poste luminoso sin dejar caer nada.

Thomas Cole se enderezó cuando divisó a Steven.

—Aquí está —anunció Steven al llegar a la curva. Depositó su carga sobre el suelo—. Aquí está la comida. ¿Has terminado?

Cole le tendió el videotransmisor intersistémico.

—Está listo. Menudo destrozo.

Earl y Sally le miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Funciona? —preguntó Sally.

—Por supuesto que no —manifestó Earl—. ¿Cómo podría funcionar? Es incapaz de...

—¡Conéctalo! —Sally le dio un codazo a Steven—. A ver si funciona.

Steven llevó la caja bajo la luz para examinar los mandos. Apretó el botón principal. La luz indicadora se iluminó.

—Se enciende —dijo.

—Di algo.

—¡Hola! ¡Hola! Llamando el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen? Aquí el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen?

Thomas Cole se sentó a comer, en la oscuridad, lejos del resplandor del poste luminoso. Comió en silencio, con auténtico placer. Buena comida, bien cocinada y sazonada. Bebió un envase de zumo de naranja, y luego una bebida dulce que no reconoció. No sabía qué clase de comida era, pero le daba igual. Había caminado mucho y todavía le quedaba un largo trecho por delante, antes de que amaneciera. Tenía que adentrarse en las colinas antes de que saliera el sol. El instinto le decía que estaría a salvo entre los árboles y la enmarañada vegetación..., al menos relativamente a salvo..

Comió con voracidad y sin parar. No levantó la vista hasta que terminó. Después se puso en pie y se secó la boca con el dorso de la mano.

Los tres niños habían formado un círculo y manipulaban el videotransmisor intersistémico. Estuvo contemplándoles un rato. Ninguno apartaba la atención de la cajita. Estaban absortos en lo que hacían.

—¿Y bien? —preguntó Cole por fin—. ¿Funciona bien?

Steven le miró al cabo de un momento, con una extraña expresión en el rostro. Asintió lentamente.

—Sí. Sí, funciona. Funciona muy bien.

—Estupendo —gruñó Cole. Se desplazó fuera del alcance de la

luz—. Así me gusta.

Los niños siguieron con la mirada la figura de Thomas Cole hasta que hubo desaparecido por completo. Después se miraron entre sí, y luego la caja que Steven tenía entre las manos. La miraron con una mezcla de respeto y temor creciente.. Steven echó a caminar hacia su casa.

—He de enseñársela a mi papá —murmuró, extasiado—. Ha de saberlo. ¡Alguien tiene que saberlo!

## III

Eric Reinhart examinó el videotransmisor cuidadosamente, dándole vueltas una y otra vez.

—Así que escapó de la explosión —admitió Dixon a regañadientes—. Debió de saltar de la carreta justo antes de que le alcanzara.

—Escapó —asintió Reinhart—. Es la segunda vez que se le escapa. —Apartó a un lado el videotransmisor y se inclinó bruscamente hacia el hombre que esperaba de pie con inquietud al otro lado de su escritorio—. Dígame otra vez su nombre.

—Elliot. Richard Elliot.

—¿El nombre de su hijo?

—Steven.

—¿Sucedió anoche?

—Alrededor de las ocho.

—Siga.

—Steven llegó a casa. Actuaba de una manera extraña. Llevaba consigo su videotransmisor intersistémico. —Señaló con el dedo la caja que reposaba sobre el escritorio de Reinhart—. Eso. Estaba nervioso, excitado. Le pregunté si algo iba mal. Estuvo un rato callado. Parecía muy trastornado. —Elliot inspiró una larga bocanada de aire—. Entonces me enseñó el videotransmisor. Me di cuenta en seguida de que era diferente. Como sabe, soy ingeniero electrónico. Lo había abierto una vez para colocar pilas nuevas. Conocía bastante bien sus entresijos. —Elliot vaciló—. Comisionado, lo habían cambiado. Alambres removidos, los relés conectados de manera diferente, faltaban piezas, otras nuevas improvisadas en lugar de las viejas... Por fin descubrí lo que me hizo llamar a Seguridad. El videotransmisor... funcionaba de veras.

—¿Funcionaba?

—Verá, no era más que un juguete. Su alcance se limitaba a unas pocas manzanas, para que los niños pudieran llamarse desde sus casas; una especie de videófono portátil. Comisionado, probé el videotransmisor, apreté el botón de llamada y hablé en el micrófono. Yo... me comuniqué con una nave, una nave de guerra situada más allá de Próxima Centauro... a unos ocho años luz de aquí. La distancia máxima a la que operan nuestros

videotransmisores. Entonces llamé a Seguridad, sin pensarlo dos veces.

Reinhart estuvo callado un rato. Por último, golpeó con la punta de los dedos la cajita.

—¿Usted se comunicó con una nave de la flota… con esto?

—Exacto.

—¿Cuál es el tamaño de los videotransmisores normales?

—Pesan unas veinte toneladas —anunció Dixon.

—Eso es lo que me temía. —Reinhart movió la mano con impaciencia—. Muy bien, Elliot, gracias por la información. Eso es todo.

Un policía de Seguridad condujo a Elliot fuera del edificio.

Reinhart y Dixon intercambiaron una mirada.

—Esto es grave —dijo secamente Reinhart—. Posee cierto talento, ciertos conocimientos de mecánica. Genio, tal vez, para hacer algo semejante. Recuerde de qué época llega, Dixon: principios del siglo veinte. Antes de que empezaran las guerras. Fue un periodo único. Había vitalidad, ingenio. Fue una época de desarrollo y descubrimientos increíbles. Edison, Pasteur, Burbank, los hermanos Wright. Inventos y máquinas. La gente manejaba con inusitada habilidad las máquinas, como si poseyeran algún tipo de intuición… de la que nosotros carecemos.

—Quiere decir…

—Quiero decir que una persona de estas características que llega a nuestro tiempo es negativa en sí misma, haya o no guerra. Es demasiado diferente. Parte de otros presupuestos. Tiene habilidades que a nosotros nos faltan, por ejemplo, su capacidad para arreglar cosas. Nos deja fuera de juego. Y con la guerra…

»Ahora empiezo a comprender por qué las máquinas SRB no podían integrarlo. Nos resulta imposible comprender este tipo de persona. Winslow dijo que buscaba trabajo, cualquier trabajo. El hombre dijo que podía hacer de todo, arreglar lo que fuera. ¿Sabe a qué me refiero?

—No —dijo Dixon—. ¿Qué significa?

—Nosotros no sabemos arreglar nada, nada de nada. Somos seres especializados. Cada uno tiene su propia ocupación, su propio trabajo. Yo entiendo del mío, usted del suyo. La evolución tiende a una especialización cada vez más grande. La sociedad humana es una ecología que obliga a la adaptación. La progresiva complejidad impide que ninguno de nosotros adquiera conocimientos fuera de nuestro campo personal… Me resulta imposible entender lo que está haciendo el hombre que trabaja a mi lado. Demasiados

conocimientos acumulados en cada campo. Y demasiados campos.

»Este hombre es diferente. Lo arregla todo, hace de todo. No trabaja a partir del conocimiento, ni a partir de la preparación científica..., la acumulación de hechos clasificados. No sabe nada. No se trata de un proceso mental, una forma de aprendizaje. Trabaja guiado por la intuición... Su poder reside en sus manos, no en la cabeza. Es un factótum. ¡Sus manos! Como un pintor, un artista. En sus manos... Atraviesa nuestras vidas como la hoja de un cuchillo.

—¿Y el otro problema?

—El otro problema es que ese hombre, este hombre variable, anda huido en las montañas Albertine. Nos llevará muchísimo tiempo encontrarle. Es inteligente... en una forma extraña, como un animal. No será fácil atraparle.

Reinhart despidió a Dixon. Al cabo de un momento reunió los informes que tenía sobre el escritorio y subió a la sala de las SRB. Estaba cerrada y protegida por un anillo de guardias de Seguridad. Peter Sherikov, con los brazos en jarras y la barba temblorosa por la cólera, discutía airadamente con los policías.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no puedo entrar a ver las cifras?

—Lo siento. —Reinhart apartó al policía—. Entre conmigo. Se lo explicaré. —Las puertas se abrieron y entraron. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, volvió a formarse el anillo de guardias ¿Cómo es que ha abandonado su laboratorio?

Sherikov se encogió de hombros.

—Por varios motivos. Quería verle. Le llamé por el videófono y me dijeron que estaba ilocalizable. Pensé que algo había sucedido. ¿Qué es?

—Se lo diré dentro de pocos minutos. —Reinhart llamó a Kaplan —. Coja estos informes e introdúzcalos inmediatamente. Quiero saber si las máquinas pueden integrarlos.

—Desde luego, Comisionado.

Kaplan tomó las tarjetas y las colocó en la bandeja transportadora. Las máquinas volvieron a la vida.

—Pronto lo sabremos —dijo Reinhart con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que sabremos? —Sherikov le traspasó con la mirada—. Dígamelo. ¿Qué ocurre?

—Tenemos problemas. Hace veinticuatro horas que las máquinas no nos proporcionan ni un dato. Cero.

Una expresión de incredulidad alteró las facciones de Sherikov.

—Eso no es posible. Siempre hay algún dato.

—Existen, pero las máquinas no pueden extraer cálculos.

—¿Por qué no?

—Porque hemos introducido un factor variable. Un factor que las máquinas no pueden integrar. Les impide hacer predicciones.

—¿Y no lo rechazan? ¿No pueden… simplemente ignorarlo?

—No. Existe, es un dato real. Además, afecta el equilibrio del material, la suma total de todos los datos disponibles. Si lo rechazaran, el resultado seria falso. Las máquinas no pueden rechazar ningún dato auténtico.

Sherikov se estiró de la barba.

—Me gustaría saber qué clase de factor desconcierta a las máquinas. Pensaba que podían integrar cualquier dato perteneciente a la realidad contemporánea.

—Pueden. Este factor no tiene nada que ver con la realidad contemporánea. Ése es el problema. Investigaciones Históricas, al recuperar la burbuja temporal del pasado, se excedió y cortó el circuito con demasiada rapidez. La burbuja temporal llegó con una carga extra…, un hombre del siglo veinte. Un hombre del pasado.

—Comprendo. Un hombre de hace doscientos años. —El polaco frunció el ceño—. Y con una Weltanschauung radicalmente diferente, sin conexión con nuestra sociedad actual, alejado de nuestras perspectivas. Ya entiendo por qué las máquinas SRB están desconcertadas.

—¿Desconcertadas? —rió entre dientes Reinhart—. Me lo imagino. En cualquier caso, no pueden hacer nada con los datos relativos a este hombre, el hombre variable. Ni estadísticas ni predicciones. Lo altera todo. Dependemos de la información facilitada por las máquinas. La estrategia de la guerra se basa en ese punto.

—El clavo de la herradura. ¿Recuerda el viejo poema? «Por falta de un clavo se perdió la herradura. / Por falta de la herradura se perdió el caballo. / Por falta del caballo se perdió el jinete. / Por falta de…»

—Exacto. Un solo factor, un único individuo puede arrojar por tierra todo. Parece imposible que una sola persona pueda desequilibrar toda una sociedad…, pero es verdad.

—¿Qué piensa hacer con este hombre?

—La policía de Seguridad ha organizado una batida en masa para capturarle.

—¿Resultados?

—Anoche se escabulló en las montañas Albertine. Será difícil encontrarle. Creemos que continuará en libertad otras cuarenta y ocho horas. Es el tiempo que nos costará reducir a cenizas la zona.

Incluso es posible que tardemos más. Y entretanto…

—Todo a punto, Comisionado —interrumpió Kaplan—. Los nuevos resultados.

Las máquinas SRB habían terminado de analizar los nuevos datos. Reinhart y Sherikov se apresuraron a colocarse frente a las pantallas.

Por un momento nada sucedió. Después aparecieron las cifras.

Sherikov jadeó. 99-2 a favor de la Tierra.

—¡Es fantástico! Ahora…

Las cifras se desvanecieron para dar paso a otras nuevas: 97-4 a favor de Centauro. Sherikov lanzó un gruñido de disgusto.

—Espere —le dijo a Reinhart—. Aún no se ha terminado.

Las cifras se desvanecieron. Una violenta sucesión de números invadió la pantalla, cambiando a cada instante. Por último, las máquinas enmudecieron.

No se veía nada: ni cifras ni datos.

—¿Lo ve? —murmuró Reinhart—. ¡Lo mismo de siempre!

—Reinhart, es usted demasiado anglosajón, demasiado impulsivo. Sea más eslavo. Este hombre será capturado y eliminado dentro de dos días. Usted lo afirmó. Entretanto, trabajamos día y noche con vistas a la guerra. Nuestro ejército aguarda cerca de Próxima, tomando posiciones para atacar a los centaurianos. Todas nuestras fábricas trabajan al máximo de su esfuerzo. El día del ataque tendremos dispuesto un ejército perfectamente equipado para iniciar el largo viaje hasta las colonias de Centauro. Toda la población de la Tierra ha sido movilizada. Los ocho planetas no cesan de enviarnos material. A pesar de la falta de cifras, el proceso sigue adelante. Este hombre morirá mucho antes de que el ataque se desencadene, y las máquinas proporcionarán datos de nuevo.

—Sin embargo, no deja de preocuparme que ese hombre siga en libertad, un hombre cuyos movimientos son imposibles de predecir. Es contrario a la ciencia. Hemos extraído informes estadísticos de la sociedad durante dos siglos. Poseemos una inmensa cantidad de datos. Las máquinas son capaces de predecir lo que hará una persona o un grupo en un momento dado, en una situación determinada. pero este hombre desafía las predicciones. Es una variable. Es contrario a la ciencia.

—La partícula indeterminada.

—¿Qué es eso?

—La partícula que se mueve de tal forma que nos impide predecir la posición que ocupará en un segundo determinado. Fortuita. La partícula fortuita.

—Exacto. Es…, es inhumano.

—No se preocupe, Comisionado —rió con sarcasmo Sherikov—. El hombre será capturado y todo volverá a la normalidad. No tendrá dificultades en predecir el comportamiento de las personas, como ratas de laboratorio en un laberinto. Por cierto…, ¿cómo es que esta sala se encuentra bajo custodia?

—No quiero que nadie se entere de que las máquinas fallan. Supone un peligro para la moral.

—¿Margaret Duffe, por ejemplo?

Reinhart asintió de mala gana.

—Esos parlamentarios son demasiado tímidos. Si descubren que las máquinas SRB no funcionan, detendrán la guerra y optarán por seguir esperando.

—Demasiada lentitud, ¿verdad, Comisionado? Leyes, debates, reuniones, discusiones… El poder concentrado en manos de un solo hombre ahorra mucho tiempo. Un hombre que le diga a la gente lo que ha de hacer, lo que ha de pensar…, un líder.

Reinhart dirigió a Sherikov una mirada de reproche.

—A propósito… ¿Cómo va Ícaro? ¿Ha hecho progresos con la torreta de control?

El científico frunció el entrecejo.

—¿La torreta de control? —Hizo un gesto vago con la mano—. Yo diría que todo se cumple según lo previsto. Terminaremos a tiempo.

—¿Terminaremos? ¿Quiere decir que aún no lo han hecho?

—Ya falta poco; terminaremos. —Sherikov retrocedió hacia la puerta—. Vamos a tomar un café. Se preocupa demasiado, Comisionado. Tómese las cosas con más calma.

—Creo que tiene razón. —Los dos hombres se encaminaron al vestíbulo—. Estoy muy nervioso. Ese hombre variable… No puedo sacármelo de la cabeza.

—¿Ha hecho algo grave?

—No, nada importante. Reajustar el juguete de un niño. Un videotransmisor.

—¿Ah, sí? —se interesó Sherikov—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué hizo?

—Se lo enseñaré.

Reinhart guió a Sherikov hasta su despacho. Entraron y Reinhart cerró la puerta con llave. Tendió el juguete a Sherikov y le explicó lo que Cole había hecho. El rostro de Sherikov se demudó. Buscó los tornillos de la caja y los aflojó. La caja se abrió. El polaco se sentó ante el escritorio y se puso a examinar el interior del juguete.

—¿Está seguro de que fue el hombre del pasado quien arregló esto?

—Por supuesto. En un abrir y cerrar de ojos. El niño lo estropeó mientras jugaba. El hombre variable apareció y el niño le pidió que se lo arreglara. Y lo hizo.

—Increíble. —A Sherikov casi se le salían los ojos de las órbitas —. Qué delicadas conexiones. ¿Cómo es posible…?

—¿El qué?

—Nada. —Sherikov se levantó bruscamente y cerró la caja con todo cuidado—. ¿Puedo llevármela a mi laboratorio? Me gustaría examinarla con más atención.

—Desde luego. ¿Por qué?

—Por nada en especial. Vamos a tomar ese café. —Sherikov fue hacia la puerta—. ¿Dice que espera capturar a ese hombre antes de que pasen veinticuatro horas?

—Matarle, no capturarle. Nos conviene eliminarle como un dato a tener en cuenta. En este mismo momento estamos agrupando las formaciones de ataque. No permitiremos el menor error. Procederemos a un bombardeo masivo de la cordillera. Debe ser destruido antes de cuarenta y ocho horas.

—Claro —murmuró Sherikov con aire ausente. Una expresión preocupada alteró sus facciones—. Lo comprendo perfectamente.

Thomas Cole se acuclilló ante el fuego que había encendido y se calentó las manos. Estaba a punto de amanecer. El cielo viraba al gris violeta. El aire de la montaña era fresco y tonificante. Cole se estremeció y se acercó más al fuego.

Le gustaba sentir el calor en sus manos. Sus manos. Las miró, rojas y amarillas a la luz de la hoguera. Las uñas estaban negras, mal cortadas. Callos en las palmas, en cada dedo. Pero eran unas buenas manos, y los dedos eran largos y ahusados, los respetaba aunque, en cierta forma, no los comprendía.

Cole se abismó en sus pensamientos y meditó sobre la situación.

Había pasado dos noches y un día en las montañas. La primera había sido la peor. Tropiezos, caídas, penosas ascensiones por las escarpadas laderas, a través de los intrincados matorrales…

Pero cuando el sol salió se encontró a salvo, en el corazón de las montañas, entre dos grandes picos. Y cuando el sol se puso ya había conseguido un refugio y los útiles necesarios para encender una hoguera. Construyó una trampa con una soga de hierba trenzada, un hoyo y una estaca mellada. Un conejo colgaba de las patas traseras y la trampa volvía a estar dispuesta para el siguiente.

El cielo cambió del gris violáceo a un gris frío, un color metálico. Las montañas estaban silenciosas y vacías. Un pájaro cantó a lo lejos, y el sonido despertó ecos en las laderas y en los barrancos. Otros pájaros se le unieron. Algo se quebró a su derecha, entre los matorrales; tal vez un animal al acecho.

Se hacía de día, su segundo día. Cole se levantó y empezó a desatar el conejo. Era hora de comer. ¿Y después? No tenía planes. Sabía instintivamente que conseguiría sobrevivir con las herramientas que guardaba, con el genio de sus manos. Podría cazar y desollar sus presas, construir un refugio duradero y hasta hacerse vestidos con las pieles. En invierno...

No valía la pena ir tan lejos. Cole, de pie junto al fuego, miró al cielo con los brazos en jarras. Forzó la vista, tenso de repente. Algo se movía en el cielo, surcando la semioscuridad. Un punto negro.

Apagó el fuego en seguida. ¿Qué podía ser? ¿Un pájaro?

Un segundo punto se reunió con el primero. Dos puntos. Tres. Cuatro. Cinco. Una flota que se movía con rapidez en el cielo del alba. Hacia las montañas.

Hacia él.

Cole se alejó corriendo del fuego. Agarró el conejo y se lo llevó al refugio que había improvisado. Dentro de él, no le verían. Nadie podría encontrarle. Pero si habían divisado el fuego...

Desde el refugio, agazapado, vio como los puntos aumentaban de tamaño. En efecto, eran aviones, aviones negros sin alas que se acercaban cada vez más. Ya podía oír su débil zumbido opaco, y, a los pocos momentos, un estrépito que hizo temblar la tierra bajo sus pies.

El primer avión se dejó caer en picado, como una piedra, una gran forma negra. Cole jadeó y encogió el cuerpo. El avión describió un arco, muy cerca del suelo. Unos fardos se desprendieron, fardos blancos que caían y se dispersaban como semillas.

Los fardos descendieron rápidamente hacia el suelo. Aterrizaron. Eran hombres, hombres uniformados.

El segundo avión también se lanzó en picado. Dejó caer su carga. Los bultos blancos llenaron el cielo. El tercer avión le imitó, y después el cuarto. El aire bullía de fardos blancos, una cortina de esporas que se derramaba sobre la tierra.

Al llegar al suelo, los soldados formaron varios grupos. Cole oyó sus gritos desde el refugio. El miedo le atenazaba. Le estaban cortando la retirada. No quedaba ni un hueco por el que poder escapar; los dos últimos aviones habían soltado su carga.

Se incorporó y salió del refugio. Algunos soldados habían

descubierto el fuego, las cenizas y las brasas. Uno de ellos se agachó y tocó las brasas con la mano. Hizo señas a los demás. Formaron un círculo, gritando y gesticulando. Uno comprobó una especie de fusil, mientras otros sacaban una serie de tubos e instrumentos y los encajaban.

Cole corrió. Rodó por una ladera, se enderezó de un salto al llegar al fondo y se arrojó entre los matorrales. Hojas y ramas le hirieron en la cara. Cayó de nuevo, enredado en una masa de retorcidos arbustos. Manoteó desesperadamente para liberarse. Si pudiera sacar el cuchillo del bolsillo...

Voces. Pasos. Los hombres bajaban por la ladera en su persecución. Cole se debatió en una sorda lucha con las ramas que le cerraban el paso hasta conseguir liberarse.

Un soldado se arrodilló y levantó el fusil. Algunos de sus compañeros hicieron lo mismo.

Cole gritó a pleno pulmón. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Esperó, con los dientes apretados. El sudor le resbaló por el cuello y se introdujo por debajo de la camisa. El hombre del pasado se aplastó contra la masa de follaje que le rodeaba.

Silencio.

Cole abrió los ojos poco a poco. Los soldados se habían reagrupado. Un hombre corpulento bajaba por la ladera vociferando órdenes.

Dos soldados penetraron en los matorrales. El primero sujetó a Cole por el hombro.

—No lo dejéis escapar. —El hombre corpulento se aproximó, con su barba negra oscilando—. Cogedle.

Cole jadeó en busca de aliento. Le habían capturado. Ya no podía hacer nada. Los soldados invadían la hondonada y le rodeaban por todos lados. Le examinaban con curiosidad y murmuraban. Cole meneó la cabeza sin decir una palabra.

El hombre corpulento de la barba se paró frente a él con los brazos en jarras y le miró de arriba abajo.

—No trate de huir —dijo—. Es imposible. ¿Me comprende?

Cole asintió con la cabeza.

—Estupendo. Muy bien. —Los soldados inmovilizaron los brazos y las muñecas de Cole con cintas metálicas. Jadeó de dolor cuando el metal se hundió en su carne. Luego le sujetaron las piernas—. Las llevará hasta que salgamos de aquí. Vamos a hacer un viaje muy largo.

—¿Adónde..., adónde vamos?

Peter Sherikov examinó al hombre variable durante un momento

antes de responder.

—¿Adónde? Iremos a mi laboratorio, bajo los Urales. —Echó un rápido vistazo al cielo—. Será mejor que nos demos prisa. La policía de Seguridad iniciará el ataque dentro de pocas horas. Queremos estar muy lejos cuando empiece.

Sherikov se arrellanó con un suspiro en su cómoda butaca reforzada.

—Es agradable volver. —Hizo una señal a uno de sus guardias —. Está bien. Desátele.

Cole se vio libre de las cintas metálicas que paralizaban sus brazos y piernas. Un inmenso cansancio le asaltó de repente. Sherikov le observaba en silencio.

Cole se sentó en el suelo. Se frotó las muñecas y las piernas sin decir nada.

—¿Qué quiere? —preguntó Sherikov—. ¿Quiere comer? ¿Tiene hambre?

—No.

—¿Algún medicamento? ¿Se encuentra mal? ¿Está herido?

—No.

Sherikov arrugó la nariz.

—Un baño no le sentaría mal. Luego nos ocuparemos de ello.

Encendió un puro y exhaló una nube de humo gris. Dos guardias con los fusiles a punto vigilaban en la puerta de la habitación, ocupada sólo por Sherikov y Cole.

Thomas Cole seguía sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en el pecho. No se movía. Su cuerpo encorvado parecía más largo y encogido que nunca. Tenía el pelo despeinado y revuelto, la barbilla y las mejillas pedían a gritos un afeitado, y las ropas estaban sucias y desgarradas de reptar entre los matorrales. Presentaba heridas y cicatrices en la piel del cuello, las mejillas y la frente. Permanecía en silencio. Su pecho subía y bajaba rítmicamente. Tenía los pálidos ojos azules entornados. Parecía muy viejo, un anciano reseco y marchito.

Sherikov llamó a uno de los guardias.

—Traiga un médico. Quiero que examine a este hombre. Quizá necesite una inyección intravenosa. Es posible que lleve bastante tiempo sin comer.

El guardia se marchó.

—No quiero que le suceda nada —declaró Sherikov—. Le harán un examen completo antes de que sigamos. También le sacaremos los piojos.

Cole no dijo nada.

—¡Ánimo! —rió Sherikov—. No hay nada que temer. —Se inclinó hacia Cole y agitó un dedo inmenso en su dirección—. Dos horas más, y estaría muerto, allá en las montañas. ¿Se da cuenta?

Cole asintió.

—No me cree. Mire. —Sherikov pulsó el mando de la videopantalla que colgaba en la pared—. Mire esto. La operación aún debe proseguir.

La pantalla se iluminó. Una escena se hizo visible.

—Este es el canal confidencial de Seguridad. Lo intercepté hace varios años... por mi propio bien. Lo que vamos a ver ahora es obra de Eric Reinhart. Preste atención. Hace dos horas, usted estaba ahí.

Cole se volvió hacia la pantalla. Al principio no comprendió lo que sucedía. La pantalla mostraba una enorme nube de humo, un torbellino de movimientos. El altavoz emitió un rumor sordo, un bramido ronco.

Al cabo de un rato, la pantalla enfocó una escena que no se distinguía apenas de la anterior. Cole se puso rígido de repente.

Estaba contemplando la destrucción de una cordillera.

La panorámica estaba tomada desde una nave que sobrevolaba lo que había sido una vez la cordillera Albertine. Ahora sólo quedaban nubes grises y columnas de partículas y detritos, una ondulante marea de materiales que poco a poco derivaban y se disipaban en todas direcciones.

Las montañas Albertine habían sido desintegradas. Bajo la nube de escombros se extendía una llanura desolada, barrida por el fuego y la lluvia. Heridas profundas, inmensos hoyos sin fondo, cráteres alineados hasta el horizonte. Cráteres y detritos, como la castigada y torturada superficie de la Luna. Dos horas antes había picos y barrancos, matorrales, arbustos y árboles.

Cole apartó la vista.

—¿Lo ve? —Sherikov apagó la pantalla—. No hace tanto que usted se encontraba allí. Todo ese ruido y ese humo..., todo por usted. Todo por usted, señor. Hombre Variable del pasado. Reinhart lo preparó para acabar con usted. Quiero que lo entienda; es muy importante que lo haga.

Cole no dijo nada.

Sherikov rebuscó en un cajón de la mesa. Sacó una cajita cuadrada y se la tendió a Cole.

—Usted montó esto, ¿verdad?

Cole cogió la caja y la sostuvo. Tuvo que hacer un esfuerzo mental para concentrarse. ¿Qué era aquello? El juguete del niño. Le

llamaban videotransmisor intersistémico.

—Sí, yo lo arreglé. —Se la devolvió a Sherikov—. Estaba rota.

Sherikov clavó en él sus ojos brillantes. Asintió con la cabeza; su barba negra y su cigarro subieron y bajaron.

—Bien. Es lo que quería saber. —Se puso de pie y empujó la silla hacia atrás—. Creo que el doctor ya ha llegado. Le proporcionará todo cuanto necesite y le ayudará a recobrarse. Hablaremos más tarde.

Cole se irguió sin protestar y permitió que el doctor se hiciera cargo de él.

Cuando Cole abandonó la unidad médica, Sherikov le invitó a su comedor privado, situado en la planta siguiente a la del laboratorio.

El polaco devoró la comida sin parar de hablar. Cole se sentó en silencio al otro lado de la mesa, sin hablar ni comer. Le habían dado ropas nuevas, afeitado y friccionado, curado las heridas y cortes y bañado. Ahora parecía más joven y saludable, aunque se sentía cansado y débil. Escuchó las explicaciones de Sherikov acerca del mundo de 2136 sin hacer ningún comentario.

—Ahora entenderá —dijo Sherikov agitando un muslo de pollo — por qué su aparición ha sido tan inoportuna para nuestros planes, y también por qué el Comisionado Reinhart estaba tan interesado en destruirle.

Cole asintió con un gesto.

—Reinhart considera que el fallo de las máquinas SRB es el principal peligro que afecta a la campaña bélica. ¡Pero eso no es nada! —Sherikov apartó su plato con estrépito y se apoderó de una taza de café—. A fin de cuentas, es posible llevar a cabo una guerra sin predicciones estadísticas. Las máquinas SRB se limitan a describir. No son más que espectadores mecánicos. Por sí solas, no afectan al curso de la guerra. Nosotros hacemos la guerra. Las máquinas analizan.

Cole volvió a asentir.

—¿Más café? —preguntó Sherikov. Empujó el recipiente de plástico hacia Cole—. Tome un poco.

—Gracias —aceptó Cole.

—Como comprenderá, nuestro auténtico problema es de naturaleza muy distinta. Las máquinas se limitan a calcular en pocos minutos lo que podríamos hacer nosotros en más tiempo. Son nuestros criados, herramientas, no dioses a los que rendimos adoración, ni oráculos que predicen el futuro. No adivinan el futuro; hacen predicciones estadísticas…, que no es lo mismo que profecías. Existe una gran diferencia, pero Reinhart y los suyos han convertido

a las máquinas SRB en dioses. Pero yo no tengo dioses. Al menos, ninguno que pueda ver.

Cole asintió y sorbió el café.

—Le explico todo esto para que comprenda contra qué nos enfrentamos. La Tierra está asediada por el antiguo imperio centauriano. Su origen se remonta hasta una antigüedad que desconocemos, cientos, miles de años. Es viejo..., decadente y corrompido, pero sus tentáculos se extienden a la mayor parte de la galaxia que nos rodea, y nos impiden salir del sistema solar. Ya le he hablado de Ícaro y de los trabajos de Hedge en lo que concierne a los desplazamientos a mayor velocidad que la luz. Hemos de ganar la guerra contra Centauro. Hemos esperado y trabajado durante mucho tiempo para este propósito, ese momento ansiado en que romperemos el cerco y nos abriremos paso hacia las estrellas con nuestros propios medios. Ícaro es el arma definitiva. Los datos sobre Ícaro decantaron las cifras de las SRB a nuestro favor... por primera vez en la historia. El éxito de la guerra depende de Ícaro, no de las máquinas SRB. ¿Comprende?

Cole movió la cabeza.

—Sin embargo, hay un problema. Los datos sobre Ícaro que introduje en las máquinas especificaban que Ícaro estaría a punto en un plazo de diez días. Ya ha pasado la mitad de ese tiempo. Sin embargo, hoy no estamos más cerca de conectar la torreta que al principio. La torreta nos tiene confundidos. —Sherikov sonrió con ironía—. Incluso yo lo intenté personalmente, pero sin éxito. Es complicada... y pequeña. Demasiados problemas técnicos sin resolver. Es la primera vez que ensayamos algo similar. Si hubiéramos probado antes otros modelos experimentales...

—Pero éste es el modelo experimental —dijo Cole.

—Construido a partir de los diseños de un hombre muerto hace cuatro años..., que ya no está aquí para corregir nuestros errores. Hemos hecho Ícaro en el laboratorio con nuestras propias manos, y nos está dando muchos problemas. —Sherikov se puso en pie —Bajemos al laboratorio y se lo enseñaré.

Sherikov le guió. Cole se detuvo ante la puerta del laboratorio.

—Una visión sorprendente. Lo guardamos aquí abajo por motivos de seguridad. Está muy bien protegido. Entre. Hemos de trabajar.

Ícaro se alzaba en el centro del laboratorio, un cilindro chato grisáceo que un día surcaría el espacio a una velocidad miles de veces superior a la de la luz, en dirección a Próxima Centauro, a unos cuatro años luz de distancia. Grupos de hombres uniformados

trabajaban febrilmente alrededor del cilindro para terminar el trabajo.

—Acérquese. Vea la torreta. —Sherikov acompañó a Cole hasta un rincón del laboratorio—. Está vigilada. Los espías centaurianos hormiguean por todas partes. Lo examinan todo, al igual que nosotros. Así obtenemos información para las máquinas SRB. Espías en ambos sistemas.

El globo translúcido que era la torreta de control reposaba en el centro de una plataforma de metal custodiada por guardias armados. Bajaron los fusiles cuando Sherikov se aproximó.

—No queremos que le ocurra nada —dijo el científico—. Todo depende de este aparato. —Alargó la mano hacia el globo. A mitad de camino se detuvo, obstaculizada por una invisible presencia—. El muro. Desconéctenlo. Aún funciona.

Uno de los guardias presionó un botón de su muñeca. El aire alrededor del globo brilló débilmente y se apagó.

La mano de Sherikov se cerró en torno al globo. Lo alzó con cuidado de su soporte y lo acercó a Cole.

—Ésta es la torre de control de nuestro enorme amigo. Es lo que hará disminuir su velocidad cuando penetre en Centauro. Disminuye la velocidad y vuelve a entrar en nuestro universo. Justo en el corazón de la estrella. Después... se acabó Centauro. Y también Armun.

Pero Cole no le escuchaba. Había cogido el globo y le daba vueltas, lo palpaba con las manos y lo examinaba de muy cerca. Estudió su interior con el rostro extasiado y atento.

—Es imposible ver el entramado sin gafas. —Sherikov señaló un par de microgafas. Las colocó sobre la nariz de Cole y se las ajustó detrás de las orejas—. Pruebe ahora. Puede controlar el aumento. Están a mil X. Aumente o disminuya.

Cole jadeó y se balanceó adelante y atrás. Sherikov le sujetó. Cole inspeccionó el globo, movió su cabeza levemente y enfocó las gafas.

—Necesita práctica, pero puede hacer muchas cosas con ellas. Le permitirá realizar conexiones microscópicas con herramientas especiales. Nosotros no lo hemos conseguido. Muy pocos hombres son capaces de armar circuitos usando las microlentes y las herramientas. Probamos los robots, pero han de tomar demasiadas decisiones, y está fuera de su alcance. Se limitan a reaccionar.

Cole no dijo nada. Continuaba examinando el interior del globo, con los labios apretados y el cuerpo tenso y rígido. A Sherikov le inquietaba.

—Parece usted uno de esos adivinos —bromeó el polaco, pero un estremecimiento recorrió su espina dorsal—. Será mejor que me la devuelva.

Alargó la mano. Cole le devolvió el globo. Se quitó las microgafas, todavía sumido en sus pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó Sherikov—. Ya sabe lo que quiero. Quiero que monte ese condenado aparato. Creo que usted podrá hacerlo. Lo adivino por la forma en que lo cogía..., y por lo que hizo con el juguete del niño, por supuesto. Lo hará en cinco días. Es el único capaz de hacerlo. Si no, Centauro continuará dominando la galaxia y la Tierra tendrá que resignarse a permanecer encerrada en el sistema solar. Un sol diminuto y mediocre, una mota de polvo en la galaxia.

Cole no respondió.

Sherikov se impacientó.

—¿Y bien? ¿Qué contesta?

—¿Qué pasaría si no lo hiciera? Quiero decir, ¿qué me pasaría a mí?

—En ese caso, le entregaré a Reinhart. Él le matará en el acto. Cree que usted está muerto, después del bombardeo que arrasó las Albertine. Si llegara a sospechar que yo le salvé...

—Comprendo.

—Le traje aquí por un único motivo. Si monta la torreta le devolveré a su tiempo. Si no...

Cole reflexionó; tenía el rostro sombrío y ceñudo.

—¿Qué puede perder? Ya estaría muerto si no le saco de aquellas colinas.

—¿De veras puede devolverme a mi época?

—¡Por supuesto!

—¿Reinhart no interferirá?

—¿Qué podría hacer? —rió Sherikov—. ¿Cómo va a detenerme? Dispongo de mi propio ejército, ya lo ha visto. Usted regresará.

—Sí, ya vi a sus hombres.

—Por lo tanto, ¿acepta?

—Acepto —dijo Thomas Cole—. La montaré para usted; completaré la torreta de control... en un plazo de cinco días.

# IV

Tres días más tarde, Joseph Dixon deslizó un mensaje confidencial sobre el escritorio de su jefe.

—Creo que esto le va a interesar.

Reinhart cogió la lámina lentamente.

—¿De qué se trata? ¿Vino hasta aquí sólo para enseñármelo?

—En efecto.

—¿Por qué no lo transmitió por el videófono?

—Ya lo entenderá cuando lo descifre —rió entre dientes Dixon—. Procede de Próxima Centauro.

—¡Centauro!

—Nuestro servicio de contraespionaje. Me lo enviaron directamente. Se lo descifraré, ahórrese el esfuerzo.

Dixon se situó tras el escritorio de Reinhart. Se inclinó sobre el hombro del Comisionado, cogió la lámina y rompió el sello con la uña del pulgar.

—Agárrese —aconsejó—. Le va a sorprender de forma muy desagradable. Nuestros agentes en Armun informan que el Alto Consejo de Centauro ha convocado una sesión de emergencia para tratar el problema del inminente ataque terrestre. Espías de Centauro han informado al Alto Consejo que la bomba Ícaro se halla virtualmente terminada. Los trabajos han llegado a su última fase en los laboratorios subterráneos de los Urales, bajo la dirección del físico terrestre Peter Sherikov.

—Así me lo dio a entender el propio Sherikov. ¿Le sorprende que los centaurianos conozcan la existencia de la bomba? Sus espías pululan por toda la Tierra; es cosa sabida.

—Hay más. —Dixon recorrió las líneas del mensaje con un dedo tembloroso—. Los espías de Centauro informan que Peter Sherikov contó con la ayuda de un experto técnico venido de otra época para completar el montaje de la torreta.

Reinhart se tambaleó y cerró los dedos en torno a la mesa. Entornó los ojos, sin aliento.

—El hombre variable sigue con vida —murmuró Dixon—. No sé cómo, o por qué. No queda ni rastro de las Albertine. ¿Cómo demonios consiguió llegar al otro extremo del mundo?

Reinhart abrió los ojos, el rostro descompuesto.

—¡Sherikov! Debió de rescatarle antes de que se iniciara el ataque. Le comuniqué la hora exacta. Necesitaba ayuda..., la ayuda del hombre variable. De otro modo, no habría podido cumplir su promesa.

Reinhart se levantó y paseó arriba y abajo.

—Ya he notificado a las máquinas SRB que el hombre variable había sido destruido. Las máquinas vuelven a mostrar la antigua proporción siete a seis a nuestro favor, pero se fundamenta en una información falsa.

—Por tanto, tendrá que retirar los datos falsos y proporcionar los auténticos.

—No —Reinhart meneó la cabeza—, no puedo hacerlo. Las máquinas han de seguir funcionando. No podemos perturbarlas de nuevo. Maldita sea, parecía seguro que el hombre variable había muerto. Es una situación increíble. Ha de ser eliminado... a cualquier precio.

De pronto, Reinhart dejó de pasear.

—La torreta. Ya la habrán terminado. ¿Correcto?

Dixon asintió con la cabeza.

—Sherikov habrá completado su trabajo antes del plazo fijado con la ayuda del hombre variable.

Los ojos grises de Reinhart llamearon.

—Por tanto, ya no nos sirve de nada..., ni siquiera a Sherikov. Podríamos arriesgarnos..., aun en el caso de que nos enfrentáramos a una activa oposición...

—¿A qué se refiere? —preguntó Dixon—. ¿En qué está pensando?

—¿Cuántas unidades están preparadas para entrar en acción? ¿Es posible movilizar una fuerza considerable sin llamar la atención?

—Estamos movilizados las veinticuatro horas del día, puesto que nos hallamos en guerra. Hay setenta unidades aéreas y unas doscientas de tierra. El resto de las fuerzas de Seguridad ha sido transferido a la línea de combate, bajo control militar.

—¿Hombres?

—Aún nos quedan unos cinco mil hombres en la Tierra, listos para entrar en acción. Muchos están a punto de ser transferidos a los transportes militares. Puede disponer de ellos en cualquier momento.

—¿Misiles?

—Por fortuna, las rampas de lanzamiento aún no han sido desmanteladas; continúan en la Tierra. Dentro de pocos días serán

trasladadas para intervenir en los altercados coloniales.

—¿Están listas para utilizarlas de inmediato?

—Sí.

—Bien. —Reinhart entrelazó sus dedos con repentina determinación—. Esto es exactamente lo que haremos. Si no me equivoco, Sherikov sólo dispone de seis unidades aéreas y ningún vehículo de superficie, más unos doscientos hombres. Algunos escudos de defensa, por supuesto...

—¿Cuál es su plan?

Reinhart compuso una expresión pétrea.

—Ordene que todas las fuerzas de Seguridad disponibles se agrupen bajo su mando. Disponga que estén preparadas para partir a las cuatro de la tarde. Vamos a hacer una visita a Peter Sherikov.

—Pare aquí —ordenó Reinhart.

El vehículo de superficie disminuyó de velocidad hasta frenar. Reinhart examinó cautelosamente el exterior y escudriñó el horizonte.

Un desierto de malas hierbas y arena se extendía hasta perderse de vista. No se veía ni oía nada. A la derecha, la hierba y la arena se elevaban, hasta formar inmensas cumbres, una cordillera sin fin que desaparecía en la distancia. Los Urales.

—Allí —señaló Reinhart a Dixon—. ¿Lo ve?

—No.

—Fuerce la vista. Es difícil divisarlo aunque sepa lo que busca. Tubos verticales, una especie de chimenea, o periscopios.

Dixon los localizó al fin.

—Hubiera pasado de largo sin darme cuenta.

—Está bien oculto. Los laboratorios principales están a un kilómetro y medio de profundidad, bajo la misma cordillera. Es virtualmente inexpugnable. Sherikov la construyó hace años para resistir cualquier ataque. Desde el aire, por tierra, bombas, misiles...

—Debe de sentirse realmente a salvo ahí abajo.

—Sin duda. —Reinhart oteó el cielo. Divisó minúsculos puntos negros que se movían en perezosos círculos—. Ésos son nuestros, ¿verdad? Di órdenes...

—No, no son nuestros. Todas nuestras unidades están fuera de su alcance de visión. Pertenecen a Sherikov: su patrulla.

—Bien. —Se relajó Reinhart. Se inclinó y encendió la videopantalla del vehículo—. ¿La pantalla está protegida? ¿Puede ser detectada?

—No hay forma de que puedan seguirnos. Es nodireccional.

La pantalla se iluminó. Reinhart insertó las llaves de la combinación y se sentó a esperar.

Una imagen se formó al cabo de un momento. Rostro duro, poblada barba negra, grandes ojos.

Peter Sherikov contempló a Reinhart con sorprendida curiosidad.

—¡Comisionado! ¿Desde dónde llama? ¿Qué…?

—¿Cómo van los trabajos? —interrumpió Reinhart con frialdad —. ¿Está ya a punto Ícaro?

Sherikov hinchó el pecho con orgullo.

—Misión cumplida, Comisionado. Dos días antes de expirar el plazo. Ícaro está dispuesto para ser lanzado al espacio. Llamé a su despacho, pero me dijeron…

—No estoy en mi despacho. —Reinhart se acercó más a la pantalla—. Abra su túnel de entrada a la superficie. Va a recibir visitantes.

—¿Visitantes? —Sherikov parpadeó.

—Vengo a verle por el asunto de Ícaro. Ábrame el túnel cuanto antes.

—¿Dónde se encuentra exactamente, Comisionado?

—En la superficie.

—¿Ah, sí? Pero… —Los ojos de Sherikov relampaguearon.

—¡Abra! —estalló Reinhart. Consultó su reloj—. Llegaré dentro de cinco minutos. Espero que esté listo para recibirme.

—Desde luego. —Sherikov asintió, aturdido—. Siempre me alegra verle, Comisionado, pero…

—Cinco minutos, pues. —Reinhart cortó la comunicación. La pantalla se apagó. Se volvió hacia Dixon—. Quédese aquí, tal como convinimos. Bajaré con una compañía de la policía. Supongo que comprende la necesidad de llevar al segundo la operación.

—No fallaremos. Todo está dispuesto. Todas las unidades en sus puestos.

—Bien. —Reinhart abrió la puerta—. Reúnase con sus oficiales. Seguiré hacia la entrada del túnel.

—Buena suerte. —Dixon saltó sobre la tierra arenosa. Un aire reseco se introdujo en el coche y remolineó en torno a Reinhart—. Nos veremos más tarde.

Reinhart cerró la puerta. Se volvió hacia el grupo de policías agazapados en la parte trasera del vehículo con los fusiles preparados.

—Allá vamos —murmuró—. Agárrense.

El coche se deslizó sobre la tierra arenosa hasta la entrada del

túnel que daba acceso a la fortaleza de Sherikov.

Sherikov fue al encuentro de Reinhart en el extremo del túnel que comunicaba con la planta principal del laboratorio.

El enorme polaco se aproximó con la mano extendida, mostrando orgullo y satisfacción.

—Es un placer verle, Comisionado.

Reinhart salió del coche con su grupo de policías armados.

—Hay que celebrarlo, ¿no cree?

—¡Excelente idea! Nos hemos adelantado dos días, Comisionado. Las máquinas SRB estarán muy interesadas. Las cifras cambiarán de golpe al recibir la noticia.

—Bajemos al laboratorio. Quiero comprobar la torreta de control.

El rostro de Sherikov se ensombreció.

—Es mejor que no molestemos a los trabajadores en este momento, Comisionado. Han soportado una gran tensión para terminar la torreta a tiempo. Creo que están acabando los últimos detalles.

—Los observaremos por la videopantalla. Siento una gran curiosidad por verles trabajar. Debe de ser difícil hacer unas conexiones tan delicadas.

—Lo siento, Comisionado. —Sherikov meneó la cabeza—. No puedo permitir algo semejante. Esto es demasiado importante; nuestro futuro depende de ello.

Reinhart hizo una señal a la compañía de policía.

—Arresten a este hombre.

Sherikov palideció, mudo de estupor. Los policías le rodearon con las armas apuntadas a su voluminosa figura. Le cachearon con rapidez y eficiencia, le despojaron de su pistola y del escudo de energía que llevaba oculto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sherikov, algo más recobrado—. ¿Qué están haciendo?

—Queda bajo arresto mientras dure la guerra. Se le despoja de toda autoridad. A partir de ahora, uno de mis hombres se hará cargo de Proyectos. Cuando la guerra termine será juzgado ante el Consejo y la presidenta Duffe.

—No lo comprendo —musitó Sherikov—. ¿A qué viene todo esto? Explíquemelo, Comisionado. ¿Qué ocurre?

Reinhart se volvió hacia los policías.

—Prepárense. Vamos a entrar en el laboratorio. Tal vez tengamos que abrirnos paso a tiros. El hombre variable se hallará en la zona de la bomba, trabajando en la torreta de control.

El rostro de Sherikov se endureció en el acto. Sus ojos negros centellearon, alertas y hostiles.

—Recibimos un informe del servicio de contraespionaje, desde Centauro. —Rió ásperamente Reinhart—. Usted me sorprende, Sherikov. Ya sabe que los centaurianos tienen espías por todas partes. Debería saber…

Sherikov se movió con gran rapidez. De repente cargó contra los policías con todo su enorme peso. Cayeron por el suelo. Sherikov corrió…, en dirección a la pared. Los policías hicieron fuego. Reinhart desenfundó su pistola, rabioso.

Sherikov se precipitó sobre la pared, agachando la cabeza, sin que ningún disparo le alcanzara. Se estrelló contra la pared… y desapareció.

—¡Al suelo! —chilló Reinhart.

Él y los policías rodaron por el suelo. Reinhart no cesaba de maldecir mientras se arrastraba hacia la puerta. Tenían que salir cuanto antes. Sherikov había escapado. Una pared falsa, una barrera de energía adaptada para responder a su presión. La había atravesado sin sufrir el menos daño. Él…

Un infierno se desencadenó por todos lados. Una rugiente llamarada de muerte cayó sobre y alrededor de ellos. Las paredes escupieron ardientes masas de destrucción. Estaban atrapados entre cuatro chorros de energía. Una trampa…, una trampa mortal.

Reinhart consiguió llegar al vestíbulo casi sin aliento. Le siguieron algunos policías de Seguridad. El resto de la compañía gritaba y se debatía en la sala, borrados de la existencia por la energía desintegradora.

Reinhart agrupó a los supervivientes, pero los guardias de Sherikov ya se habían formado. Un rechoncho cañón robot tomaba posiciones en el extremo del pasillo. Una sirena aulló. Los guardias acudían corriendo a sus puestos de combate.

El cañón robot abrió fuego. Una parte del pasillo quedó reducida a fragmentos, levantando nubes de cascotes y partículas. Reinhart y sus hombres experimentaron náuseas y retrocedieron por el pasillo.

Llegaron a un cruce. Un segundo cañón robot se arrastraba hacia ellos, dispuesto a disparar. Reinhart lo hizo antes, apuntando con cuidado a su delicado control. De repente, el cañón giró con un movimiento convulsivo, se estrelló contra el duro metal y se rompió en mil pedazos; los engranajes continuaron funcionando un instante.

—Vamos. —Reinhart se alejó corriendo con el cuerpo encorvado. Consultó el reloj. Casi la hora. Faltaban pocos minutos.

Un grupo de guardias del laboratorio le cortó el paso. Reinhart disparó. Sus policías también descargaron rayos violetas de energía que alcanzaron al grupo de guardias al entrar en el pasillo. Los guardias cayeron al suelo, algunos convertidos en polvo que se diseminó por el pasillo. Reinhart se abrió paso hacia el laboratorio a través de ruinas y cascotes, seguido por sus hombres—. ¡Vamos! ¡No se detengan!

La voz de Sherikov, magnificada por una cadena de altavoces colocados en las paredes del pasillo, retumbó sobre sus cabezas. Reinhart se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Reinhart! No tiene ninguna posibilidad. Jamás conseguirá llegar a la superficie. Tiren los fusiles y ríndanse. Están rodeados por todas partes. Se encuentran a un kilómetro y medio de la superficie.

Reinhart se obligó a continuar, avanzando entre nubes de partículas que llenaban el pasillo.

—¿Está seguro, Sherikov? —gruñó.

La risa metálica de Sherikov martilleó en los oídos de Reinhart.

—No quiero matarle, Comisionado, es un elemento vital de la guerra. Lamento que descubriera al hombre variable. Admito que subestimamos el espionaje centauriano como un factor importante, pero ahora que ya lo sabe...

La voz de Sherikov enmudeció de súbito. Un ruido sordo sacudió el suelo y una profunda vibración recorrió el pasillo.

Reinhart suspiró aliviado. Se esforzó por discernir las cifras de su reloj entre las nubes de polvo. Justo a tiempo. Ni un segundo de retraso.

El primero de los misiles de hidrógeno, lanzado desde los edificios del Consejo al otro lado del mundo, acababa de llegar. El ataque había empezado.

A las seis en punto, Joseph Dixon, a seis kilómetros de la entrada del túnel, hizo la señal a las unidades que aguardaban.

La primera tarea consistía en destruir las pantallas defensivas de Sherikov, a fin de que los misiles pudieran penetrar sin interferencias. Cuando Dixon dio la orden, una flota de treinta naves de Seguridad se lanzó en picado desde una altura de doce kilómetros hacia los laboratorios subterráneos. Las pantallas defensivas y las torres de disparo quedaron reducidas a escombros en cinco minutos. Las montañas estaban virtualmente desprotegidas.

—Hasta ahora todo va bien —murmuró Dixon mientras observaba desde su refugio.

La flota de Seguridad volvió a su base una vez cumplida la misión. Los vehículos de superficie de la policía cruzaron el desierto en dirección a la entrada del túnel, obstruyendo todas las vías de escape.

El contraataque de Sherikov también se había iniciado.

Cañones emplazados en las colinas abrieron fuego. Vastas columnas de fuego avanzaron hacia los vehículos de superficie. Los coches vacilaron y retrocedieron, a medida que la llanura era devorada por un vórtice aterrador, un caos atronador de explosiones. Algunos coches desaparecieron convertidos en nubes de partículas. Un grupo de vehículos que huía fue levantado en el aire por un viento huracanado que diezmó sus filas.

Dixon ordenó que se silenciara el cañón. La flota de la policía volvió a surcar el cielo con un rugido de motores que hizo temblar la tierra. Las naves atacaron a los cañones desde diversos ángulos.

Los cañones desviaron su atención de los vehículos de superficie y alzaron sus embocaduras para responder al ataque. Las naves abrieron fuego una y otra vez y arrasaron las montañas con sus poderosos rayos.

Los cañones enmudecieron. El eco de las explosiones disminuyó cuando las bombas dejaron de caer.

Dixon acogió el final del bombardeo con un suspiro de satisfacción. El espeso enjambre de aeronaves remontó el vuelo triunfalmente, pero tuvieron que alejarse cuando cañones robot antiaéreos de emergencia entraron en acción y salpicaron el cielo con ardientes chorros de energía.

Dixon consultó su reloj. Los misiles venían en camino desde Estados Unidos. Faltaban muy pocos minutos.

Los vehículos de superficie, fuera de peligro gracias al éxito del bombardeo, empezaron a reagruparse para un nuevo ataque frontal. Otra vez reptaron por la llanura llameante, sobre la calcinada superficie de las montañas, en dirección a las ruinas de lo que había sido el anillo de cañones defensivos, hacia la entrada del túnel.

Se produjo un débil cañoneo. Los vehículos avanzaron, inflexibles. Las tropas de Sherikov ascendían hacia la superficie desde el fondo de las colinas para repeler el ataque. El primer coche pisó la sombra de las montañas...

Estalló una descarga ensordecedora. Pequeños cañones robots se materializaron como por ensalmo, diminutos barriles que surgían tras escondites ocultos, árboles, arbustos, rocas y piedras. Los coches de la policía, atrapados en la base de las colinas, sufrieron un destructor tiroteo.

Los guardias de Sherikov se desparramaron por las laderas para rematar a los vehículos. El aire de la llanura se puso al rojo vivo cuando los vehículos dispararon sobre los hombres que corrían. Un cañón robot cayó como un proyectil en la llanura y se precipitó con un rugido sobre los coches sin dejar de disparar a su vez.

Dixon se agitó, nervioso. Unos pocos minutos. En cualquier momento, de hecho. Se protegió los ojos con la mano y escudriñó el cielo. Ni el menor rastro. Se preguntó qué estaría haciendo Reinhart. Aún no había emitido ninguna señal. Seguro que tenía problemas, seguro que peleaba desesperadamente en la intrincada red de túneles, el laberinto de pasadizos que horadaban la tierra bajo las montañas.

Las naves defensivas de Sherikov se desplazaban a gran velocidad en el aire, empeñadas en una lucha perdida de antemano.

Los guardias de Sherikov invadieron la llanura. Encorvados, se precipitaron sobre los coches inmovilizados. Las aeronaves de la policía descargaron sobre ellos una lluvia de proyectiles.

Dixon contuvo el aliento. Cuando llegaron los misiles…

El primer misil se estrelló. Una parte de la montaña se desintegró, convertida en humo y gases. Una ola de calor golpeó de pleno el rostro de Dixon. Entró al instante en su nave y despegó, poniendo tierra por medio. Miró hacia atrás. Un segundo y un tercer misiles habían alcanzado su objetivo. Enormes pozos bostezaban entre las montañas; amplios boquetes en las piedras recordaban dientes rotos. Los misiles ya podían penetrar en los laboratorios subterráneos.

Los coches de superficie se detuvieron antes de llegar a la zona castigada, esperando que terminara el ataque de los misiles. Cuando el octavo misil hubo estallado, los vehículos avanzaron. Ya no había más misiles.

Dixon dio media vuelta y volvió al escenario de la batalla. El laboratorio estaba al descubierto. Las secciones superiores habían sido desgajadas. El laboratorio parecía un destructor despedazado por potentes explosiones, los primeros pisos eran visibles desde el aire. Hombres y vehículos luchaban con los guardias que les impedían el acceso.

Dixon contemplaba la escena con suma atención. Los hombres de Sherikov transportaban artillería pesada, pero las naves de la policía volvían a la carga. Las patrullas de Sherikov habían sido barridas del cielo. Las naves de la policía descendieron en picado y describieron una curva sobre el laboratorio. Arrojaron pequeñas

bombas sobre la artillería que ascendía a la superficie desde las plantas que quedaban en pie.

La videopantalla de Dixon emitió una señal. Dixon se volvió a mirar.

—Detenga el ataque —dijo Reinhart. Su uniforme estaba destrozado. Una herida sanguinolenta cruzaba su mejilla. Dedicó una sonrisa amarga a Dixon y se apartó el pelo revuelto de la cara —. Vaya combate.

—Sherikov…

—Ha ordenado a sus guardias que se retiren. Hemos llegado a una tregua. Todo ha terminado. Ya es suficiente. —Reinhart respiró hondo y se secó la mugre y el sudor del cuello—. Venga hacia aquí cuanto antes.

—¿El hombre variable?

—Todo a su tiempo —dijo Reinhart de mal humor—. Por eso quiero que venga. Quiero que participe en la matanza.

Reinhart se alejó de la videopantalla. Sherikov permanecía de pie en un ángulo de la sala sin decir nada.

—¿Y bien? —rugió Reinhart—. ¿Dónde está él? ¿Dónde puedo encontrarle?

—Comisionado, ¿está seguro de…?

—El ataque ha cesado. Sus laboratorios, y también su vida, están a salvo. Ahora le toca a usted. —Reinhart aferró su fusil y caminó hacia Sherikov—. ¿Dónde está él?

Sherikov vaciló unos instantes. Después relajó su inmenso cuerpo, derrotado. Agitó la cabeza con aire de preocupación.

—De acuerdo. Le enseñaré dónde está. —Su voz era apenas audible, un susurro imperceptible—. Venga por aquí.

Reinhart siguió a Sherikov por el pasillo. Policías y guardias trabajaban con eficacia, retirando escombros y ruinas y apagando las llamas que ardían por todas partes.

—No quiero trucos, Sherikov.

—No habrá trucos —dijo Sherikov con resignación—. Thomas Cole trabaja solo en un laboratorio apartado de las dependencias principales.

—¿Cole?

—El hombre variable; ése es su nombre. —El polaco ladeó un poco su impresionante cabeza—. Tiene un nombre.

Reinhart movió el fusil.

—Dese prisa. No quiero más problemas. Por eso vine personalmente.

—Debe recordar algo, Comisionado.

—¿Qué es?

—Es vital que no le suceda nada al globo, la torreta de control. Todo depende de ella, la guerra, nuestro...

—Lo sé. Nada le sucederá a ese trasto. Sigamos.

—Si sufriese el menor percance...

—No me interesa el globo, sólo me interesa... Thomas Cole.

Llegaron al final del pasillo y se detuvieron frente a una puerta metálica. Sherikov señaló la puerta.

—Ahí está.

—Abra la puerta. —Reinhart retrocedió.

—Ábrala usted. Declino toda responsabilidad.

Reinhart se encogió de hombros. Situándose frente a la puerta bajó el arma y alzó la mano ante la célula fotoeléctrica. No sucedió nada.

Reinhart frunció el entrecejo. Empujó la puerta con la mano. La hoja cedió. Reinhart contempló un pequeño laboratorio: una mesa de trabajo, útiles, aparatos, instrumentos de medición y, en el centro de la mesa, el globo transparente, la torreta de control.

—¿Cole? —Reinhart se introdujo sin vacilar en la habitación. Paseó la mirada a su alrededor, alarmado—. ¿Dónde...?

La habitación estaba vacía. Thomas Cole había desaparecido.

Cuando el primer misil hizo explosión, Cole dejó de trabajar y escuchó.

Un lejano estruendo sacudió la tierra y estremeció el suelo bajo sus pies. Los aparatos y útiles que había en la mesa de trabajo se bambolearon. Unos alicates cayeron en el piso. Una caja de tornillos se inclinó y derramó todo su contenido.

Cole permaneció a la escucha durante un rato. Después cogió el globo transparente colocado sobre la mesa y lo sujetó en alto. Acarició con los dedos la superficie, pensativo. Al cabo de un momento devolvió el globo a su lugar.

Había terminado su tarea. Una leve sensación de orgullo recorrió al hombre variable. Había sido su mejor trabajo.

El ruido cesó. Cole se puso en guardia. Saltó del taburete y corrió hacia la puerta. Aplicó el oído a la hoja metálica y percibió gritos, los pasos apresurados de los guardias que transportaban material pesado con alguna finalidad concreta.

El ruido sordo de un estallido despertó ecos en el pasillo y golpeó la puerta, haciéndole retroceder. Una segunda oleada de energía sacudió las paredes y le envió rodando por el suelo.

Las luces parpadearon y se apagaron.

Cole tanteó en la oscuridad hasta que encontró una linterna. Una caída de tensión. Oyó el crepitar de las llamas. Las luces regresaron con un sucio tono amarillento y volvieron a extinguirse. Cole se arrodilló y examinó la puerta con la ayuda de la linterna. Cierre magnético, dependiente de un flujo eléctrico externo. Asió un destornillador y forzó la puerta hasta conseguir abrirla.

Cole se asomó cautelosamente al pasillo. La escena era confusa. Los guardias deambulaban por todas partes, quemados y medio ciegos. Dos agonizaban bajo un montón de escombros, fusiles fundidos y metal retorcido. Un hedor a cables y plástico quemados le produjo náuseas a medida que iba avanzando.

—¡Alto! —dijo con un hilo de voz un guardia que trataba de reincorporarse.

Cole le apartó y se internó en el pasillo. Dos pequeños cañones robot que todavía funcionaban le rebasaron en dirección al caótico escenario de la batalla. Les siguió.

El combate había alcanzado su punto álgido en la bocacalle principal. Los guardias de Sherikov repelían a los policías de Seguridad, refugiados tras columnas y barricadas improvisadas, que disparaban desesperadamente. Toda la estructura se estremeció por segunda vez cuando estalló una gran explosión en algún lugar de la superficie. ¿Bombas? ¿Cohetes?

Cole se arrojó al suelo cuando un rayo violeta le rozó la oreja y desintegró la pared que tenía a sus espaldas. Un policía de Seguridad, con los ojos enloquecidos, disparaba al azar, hasta que fue alcanzado por un guardia de Sherikov.

Un cañón robot le apuntó cuando logró abrirse paso más allá de la bocacalle. Cole corrió, pero el cañón rodó tras él. Cole apresuró el paso, encorvado y respirando con dificultad. A la incierta luz amarilla divisó un grupo de policías de Seguridad que cargaban contra una línea de defensa que los guardias de Sherikov habían montado a toda prisa.

El cañón robot se desvió para cortarles el paso, momento que Cole aprovechó para esconderse en una esquina.

Se encontraba en el laboratorio principal, la gran sala en la que Ícaro aguardaba el instante de partir hacia su destino.

¡Ícaro! Estaba rodeado por una sólida barrera de guardias armados con fusiles y escudos protectores, a pesar de que la policía de Seguridad tenía órdenes de no causar el menor daño a la bomba. Cole burló a un guardia que le perseguía y llegó hasta el extremo del laboratorio.

Descubrió a los pocos segundos el generador del campo de

fuerza, que carecía de interruptor. Al cabo de unos momentos recordó que se accionaba desde la muñeca del guardia.

Demasiado tarde para lamentarse por ello. Desmontó la placa que cubría el generador y arrancó los cables a puñados. El generador se desprendió y lo arrastró lejos de la pared. Gracias a Dios, la pantalla ya no funcionaba. Consiguió empujar el generador hasta un pasillo lateral.

Cole se inclinó sobre el generador y puso manos a la obra. Tiró de los cables y los estiró en el suelo; entonces montó los circuitos con febril rapidez.

No le costó mucho trabajo. La pantalla fluyó en ángulo recto con los cables hasta una distancia de dos metros. Cada conductor estaba protegido por un lado; el campo irradiaba hacia afuera y dejaba un hueco cónico en el centro. Pasó los cables por el cinturón y los introdujo bajo las perneras de los pantalones y la camisa hasta los tobillos y las muñecas.

Estaba levantando el pesado generador cuando aparecieron dos guardias de Seguridad. Alzaron sus lanzarrayos y dispararon a quemarropa.

Cole conectó la pantalla. Una violenta vibración le golpeó en la mandíbula y sacudió su cuerpo. Se tambaleó, sorprendido a medias por la oleada de fuerza que se desprendía de él. Los rayos violeta se estrellaron en el campo y se desviaron.

Podía considerarse a salvo.

Corrió por el pasillo y dejó a su espalda cañones destruidos y cuerpos extendidos que aún crepitaban. Grandes nubes de partículas radiactivas danzaban a su alrededor. Había guardias muertos o agonizantes por todas partes, mutilados, devorados y corroídos por las sales metálicas del aire. Tenía que salir de allí... y aprisa.

Toda una sección de la fortaleza estaba en ruinas al final del pasillo. Llamas altas como torres se alzaban por todos lados. Uno de los misiles había penetrado en el subterráneo.

Cole encontró un ascensor que todavía funcionaba, atestado de guardias heridos que subían a la superficie. Ninguno le prestó atención. Las llamas que rodeaban el ascensor se encarnizaban con los heridos. Los operarios intentaban desesperadamente poner en marcha el aparato. Cole saltó dentro del ascensor. Empezó a moverse un segundo después y dejó atrás los gritos y el fuego.

Cole saltó a tierra en cuanto el ascensor llegó a la superficie. Un guardia le dio el alto y le persiguió. Cole se camufló en un confuso amasijo de metal retorcido, aún caliente y humeante. Corrió un trecho, saltó desde las ruinas de una torre defensiva hasta la tierra

quemada y se deslizó por el flanco de una colina. El suelo le abrasaba los pies. Corrió tan rápido como pudo, casi sin aliento, y escaló una pendiente.

El guardia que le perseguía se había perdido de vista, envuelto en las nubes de cenizas que surgían de las ruinas de la fortaleza subterránea de Sherikov.

Cole trepó hasta la cumbre de la colina y descansó un poco. Intentó averiguar dónde se encontraba. La tarde declinaba y el sol empezaba a retirarse. Algunos puntos negros aún evolucionaban en el cielo; algunos se convertían en una llamarada y se apagaban.

Cole se levantó y miró a su alrededor. Las ruinas (el horno del que había escapado) se extendían hasta perderse en la distancia: un caos de restos informes y metal incandescente, kilómetros de basura retorcida y aparatos medio desintegrados.

Reflexionó y evaluó la situación. Los supervivientes estaban ocupados en apagar el fuego y curar a los heridos. Pasaría bastante rato antes de que le echaran de menos, pero en cuanto se produjera esa circunstancia iniciarían la búsqueda. La mayor parte del laboratorio había sido destruido. Nada quedaba en pie.

Los picos de los Urales se extendían más allá de las ruinas, hasta perderse de vista.

Montañas y bosques verdes: una selva. Nunca le encontrarían allí.

Cole inició el descenso de la colina con grandes precauciones, llevando el generador de la pantalla protectora bajo el brazo. Quizá podría aprovechar la confusión para encontrar comida y pertrechos que le duraran por tiempo indefinido. Esperaría a que amaneciera, caminaría en círculo hasta las ruinas y se aprovisionaría. Saldría adelante con algunas herramientas y su talento innato. Un destornillador, martillo, clavos, lo que fuera...

Un fuerte zumbido, que se transformó en un estruendo ensordecedor, atronó sus oídos. Cole se volvió, aturdido. Una enorme y amenazadora forma cubría el cielo. Cole se quedó helado, paralizado de asombro. La forma pasó sobre su cabeza mientras miraba como atontado, clavado en su sitio.

Luego, vacilante y desconcertado, empezó a correr. Tropezó y cayó por la ladera de la colina. Trató desesperadamente de agarrarse, pero sus manos resbalaron en la tierra blanda, mientras intentaba al mismo tiempo sujetar el generador bajo el brazo.

Un relámpago de luz cegadora le rodeó.

La chispa le alzó en el aire y lo arrebató como una hoja seca. Emitió un grito de agonía cuando un infierno de fuego se

desencadenó contra su pantalla protectora. Giró locamente y cayó a través de la nube de fuego en un pozo de tinieblas, un abismo inmenso abierto entre dos colinas. Los alambres se desataron y el generador se soltó. El campo de fuerza cesó de repente.

Cole yacía a oscuras al pie de la colina. El fuego castigaba su cuerpo sin piedad. Era un tizón encendido, brasas medio consumidas en un universo de tinieblas. El miedo se enroscó en él como una serpiente. Chilló, se agitó y luchó por escapar del nauseabundo fuego, por alcanzar la cortina de oscuridad fría y silenciosa donde las llamas no podrían devorarle y consumirle.

Se arrastró sollozando hacia la oscuridad con un supremo esfuerzo. Poco a poco, el globo resplandeciente que era su propio cuerpo fue apagándose. El impenetrable caos de la noche descendió y extinguió el fuego.

Dixon guio su nave con mano experta y aterrizó frente a una de las torres defensivas derribadas. Saltó afuera y corrió por la tierra humeante.

Reinhart surgió de un ascensor, escoltado por la policía de Seguridad.

—¡Rompió el cerco! ¡Ha escapado!

—No escapó —replicó Dixon—. Yo lo capturé.

—¿Qué quiere decir? —aulló Reinhart.

—Acompáñeme por aquí. —Reinhart y Dixon treparon por la ladera de una colina demolida, ambos sin aliento—. Estaba aterrizando cuando divisé una figura que salía de un ascensor y corría hacia las montañas, como un animal. Al salir a terreno descubierto, piqué hacia él y lancé una bomba de fósforo.

—Por lo tanto, ¿está… muerto?

—No hay forma de sobrevivir a una bomba de fósforo. —Al llegar a la cumbre de la colina, Dixon se detuvo y señaló la fosa abierta al pie de la colina—. ¡Allí!

Emprendieron el descenso con grandes precauciones. La tierra se veía chamuscada y pelada. Espesas nubes de humo flotaban en el aire, y en algunos puntos aún no se había apagado el fuego. Reinhart tosió y se inclinó para ver mejor. Dixon alumbró el cuerpo con una linterna.

El cuerpo estaba carbonizado, medio consumido por el fósforo. Yacía inmóvil, con un brazo protegiéndose la cara, la boca abierta, los labios retorcidos grotescamente, como una muñeca de trapo abandonada, arrojada en un incinerador y destruida hasta el extremo de hacerse irreconocible.

—¡Está vivo! —musitó Dixon. Lo examinó con curiosidad—.

Debía contar con algún escudo protector. Es sorprendente que un hombre pueda…

—¿Está seguro de que es él?

—Concuerda con la descripción. —Dixon arrancó un trozo de tela—. Éste es el hombre variable; lo que quede de él, al menos.

Reinhart suspiró, aliviado.

—Por fin lo cogimos. Ahora que ya no constituye un factor variable, los datos serán precisos.

Dixon desenfundó el desintegrador y quitó el seguro con aire pensativo.

—Si quiere, terminaré el trabajo ahora mismo.

Sherikov apareció en ese instante, acompañado de dos policías de Seguridad armados. Bajó la colina de mal humor y con los ojos echando chispas.

—¿Consiguió Cole…? —enmudeció al contemplar la escena—. Dios mío.

—Dixon le alcanzó con una bomba de fósforo —explicó Reinhart—. Intentaba llegar a las montañas.

—Era una persona asombrosa —dijo Sherikov ladeando la cabeza—. Trató de forzar la cerradura de su puerta y escapar durante el ataque. Los guardias le dispararon, sin éxito. Le protegía algún tipo de escudo protector que había improvisado.

—De cualquier forma, se acabó —afirmó Reinhart—. ¿Recabó información sobre él para las SRB?

Sherikov introdujo una mano en su chaqueta y extrajo un sobre de papel manila.

—Esto es todo lo que averigüé de sus propios labios.

—¿Es un informe completo? Sólo teníamos fragmentos imprecisos.

—Lo más completo posible. Incluye fotografías y diagramas del interior del globo, la torreta que montó para mí. Ni siquiera he podido echarles un vistazo… ¿Qué piensa hacer con Cole?

—Trasladarle a la ciudad…, y ponerle a dormir oficialmente bajo los auspicios del Ministerio para la Eutanasia.

—¿Muerte legal? —Sherikov torció los labios—. ¿Por qué no lo elimina aquí mismo, sin más trámites?

Reinhart se apoderó del sobre y lo guardó en su bolsillo derecho.

—Lo introduciré de inmediato en las máquinas. Vámonos. Notificaremos a la flota que se prepare para el ataque a Centauro. ¿Cuándo estará listo Ícaro?

—Dentro de una hora, más o menos —dijo Sherikov—. Están ajustando la torreta de control y verificando su funcionamiento.

—Bien. Le diré a Duffe que envíe la señal a la flota.

Reinhart indicó con un gesto a la policía que trasladara a Sherikov a la nave de Seguridad. El científico se movió torpemente, con el rostro sombrío y demacrado. Depositaron el cuerpo de Cole en un vehículo de carga que se alojó en la bodega de la nave de Seguridad.

—Será interesante saber la reacción de las máquinas ante los nuevos datos —comentó Dixon.

—No cabe duda de que mejorarán —dijo Reinhart, palpando el sobre que abultaba su bolsillo interior—. Hemos terminado dos días antes de lo previsto.

Margaret Duffe se levantó con parsimonia y empujó la silla hacia atrás con un movimiento automático.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Afirma que la bomba está lista para entrar en acción?

—Ya se lo he dicho —asintió Reinhart, impaciente—. Los técnicos están haciendo las últimas comprobaciones en la torreta de control. El lanzamiento se efectuará dentro de media hora.

—¡Treinta minutos! Por lo tanto...

—Por tanto, el ataque ya puede empezar. La flota está preparada.

—Desde luego; hace días que está preparada, pero me parece increíble que la bomba lo esté en tan poco tiempo. —Margaret Duffe caminó hacia la puerta de su despacho—. Éste es un gran día, Comisionado. Dejamos a nuestra espalda una vieja era. Esta vez borraremos del mapa a Centauro..., y las colonias serán nuestras.

—Ha costado mucho esfuerzo —murmuró Reinhart.

—Una cosa: las acusaciones contra Sherikov. Me resulta difícil de creer que una persona tan cualificada haya...

—Hablaremos más tarde —la interrumpió Reinhart. Sacó el sobre de papel manila de su chaqueta—. Aún no he tenido tiempo de introducir estos datos en las máquinas SRB. Lo haré ahora, si me permite.

Margaret Duffe permaneció de pie ante la puerta unos instantes. Ambos se miraron en silencio. Reinhart dibujó una pálida sonrisa en sus labios; los ojos de la mujer brillaban de hostilidad.

—Reinhart, a veces creo que se excede. Y a veces creo que ya se ha excedido demasiado...

—La informaré de cualquier variación que se produzca en las cifras.

Reinhart pasó frente a la presidenta y salió al pasillo, camino de

la sala que albergaba las SRB. Una intensa excitación recorría su cuerpo.

Entró en la sala y se encaminó hacia las máquinas. Las pantallas exhibían la ya conocida proporción 7-6. Reinhart sonrió. 7-6: cifras falsas basadas en una información incorrecta. Pronto cambiarían.

Kaplan corrió a su encuentro. Reinhart le tendió el sobre y se aproximó a la ventana para contemplar la escena familiar que se desarrollaba en la calle: hombres y vehículos del tamaño de hormigas que corrían frenéticamente en todas direcciones.

La guerra había empezado. La flota, tanto tiempo estacionada en las cercanías de Próxima Centauro, había recibido la señal de ataque. Experimentó un sentimiento de triunfo. Había ganado, había destruido al hombre del pasado y truncado la carrera de Peter Sherikov. Sus planes se cumplían con exactitud milimétrica. La Tierra rompería el cerco. La sonrisa de Reinhart se hizo más amplia.

—Comisionado.

—¿Sí?

Reinhart se volvió poco a poco.

Kaplan comprobaba los informes de las máquinas.

—Comisionado...

Algo en la voz de Kaplan alertó a Reinhart, que acudió a su lado sin perder tiempo.

—¿Qué sucede?

Kaplan levantó la vista, pálido y aterrorizado. Abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido.

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con un escalofrío.

Examinó las cifras y se estremeció de horror.

—Cien a uno... ¡contra la Tierra!

No podía apartar los ojos de las cifras. Estaba aturdido, atenazado por la incredulidad. 100-1. ¿qué había ocurrido? ¿Dónde se hallaba el error? La torreta terminada, Ícaro dispuesto, la flota en estado de alerta...

Un fuerte zumbido se produjo en el exterior del edificio. Oyeron gritos desde abajo, y Reinhart se asomó a la ventana; tenía el corazón en un puño.

Una estela blanca que aumentaba de tamaño y velocidad a cada momento cruzaba el cielo. Todos los ojos estaban fijos en ella.

El objeto desapareció con suma rapidez. Ícaro estaba en camino; el ataque había empezado, y nada podría detenerlo.

Y las máquinas anunciaban una desventaja de cien a uno...

Alas ocho de la tarde del día 15 de mayo de 2136, Ícaro fue lanzado hacia la estrella Centauro. Al día siguiente, mientras la

Tierra aguardaba, Ícaro penetró en la estrella viajando a una velocidad miles de veces superior a la de la luz.

No ocurrió nada. Ícaro desapareció en el interior de la estrella. No se produjo la explosión. La bomba fracasó en su cometido.

Al mismo tiempo, las flotas de la Tierra y de Centauro se enzarzaron en una cruel batalla. Veinte de las mayores naves fueron capturadas. Una buena parte de la flota centauriana resultó destruida. Muchos de los sistemas cautivos se alzaron en rebelión, ansiosos de sacudirse la tiranía del imperio.

Dos horas después, la inmensa flota de Centauro acuartelada en Armun entró por sorpresa en acción. La gran batalla iluminó la mitad del sistema centauriano. Nave tras nave fulguraba débilmente y se convertía en cenizas. Las dos flotas, desparramadas a lo largo de millones de kilómetros de espacio, combatieron durante un día entero. Murieron innumerables hombres… de ambos bandos.

Por fin, los restos de la maltrecha flota terrestre tomaron la dirección de Armun… La derrota era total. Quedaba muy poco de la otrora impresionante armada: algunos cascos ennegrecidos que se encaminaban hacia la cautividad.

Ícaro no había funcionado. Centauro no había estallado. El ataque era un fracaso.

La guerra había terminado.

—Hemos perdido la guerra —dijo Margaret Duffe con un hilo de voz—. Todo ha terminado.

Los miembros del Consejo, ancianos de cabellos grises, estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias sin hablar ni moverse. Todos contemplaban los grandes mapas estelares que cubrían dos paredes de la sala.

—He iniciado negociaciones para concertar una tregua —murmuro Margaret Duffe—. He dado orden al vicecomandante Jessup de rendirse. No hay esperanza. El comandante Carleton se ha suicidado hace pocos minutos, destruyendo de paso su nave insignia. El Alto Consejo de Centauro ha accedido a finalizar el combate. Su imperio se desmorona.

Reinhart estaba derrumbado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.

—No entiendo… ¿Por qué? ¿Por qué no estalló la bomba? —Perdió el aplomo y se golpeó la frente con los puños, tembloroso y descompuesto—. ¿Cuál fue el error?

—Tal vez el hombre variable saboteó la torreta —murmuró Dixon a modo de respuesta—. Las máquinas SRB lo sabían… Analizaron los datos. ¡Lo sabían! Pero ya era demasiado tarde.

Reinhart alzó un poco la cabeza y mostró la desesperación en sus ojos.

—Sabía que nos destruiría. Estamos acabados. Un siglo de trabajo y planificación… —Un espasmo agónico le sacudió de arriba abajo—. ¡Todo por culpa de Sherikov!

—¿Por qué fue culpa de Sherikov? —inquirió fríamente Margaret Duffe.

—Le salvó la vida a Cole. Quise matarle desde el primer momento. —Reinhart saltó de la silla y desenfundó la pistola—. ¡Y aún sigue vivo! ¡A pesar de que hemos perdido no me privaré del placer de atravesar el pecho de Cole con mi desintegrador!

—¡Siéntese! —ordenó Margaret Duffe.

Reinhart ya estaba a medio camino de la puerta.

—Todavía permanece en el Ministerio para la Eutanasia, esperando al oficial que…

—No, ya no —afirmó Margaret Duffe.

Reinhart se quedó helado. Se volvió poco a poco, incapaz de creer lo que oía.

—¿Qué?

—Cole no está en el ministerio. Ordené que le trasladaran y anularan sus instrucciones.

—¿Dónde…, dónde está?

—En los Urales, con Peter Sherikov. —La voz de Margaret Duffe adoptó un tono de dureza poco habitual—. He devuelto a Sherikov todos sus privilegios. Cole se encuentra bajo la tutela de Sherikov. Quiero asegurarme de que se recupere, a fin de cumplir nuestra promesa…, la promesa de reintegrarle a su época.

Reinhart abrió y cerró la boca, incapaz de hablar. El color había huido de su cara y sus mejillas se agitaban espasmódicamente.

—¡Se ha vuelto loca! —estalló por fin—. El traidor responsable de la mayor derrota de la Tierra…

—Hemos perdido la guerra —declaró Margaret Duffe con serenidad—, pero hoy no es un día de duelo, sino de alegría por la victoria más increíble que la Tierra conoció jamás.

Reinhart y Dixon se quedaron atónitos.

—Pero… —masculló Reinhart—, pero qué…

Un rugido sacudió la sala cuando todos los miembros del Consejo se pusieron de pie, ahogando las palabras de Reinhart.

—Sherikov se lo explicará cuando llegue. Él lo descubrió. —Margaret Duffe se dirigió con voz serena a los incrédulos miembros del Consejo—. Siéntense todos. Se quedarán aquí hasta que Sherikov llegue. Es vital que le escuchen. Sus noticias darán un

vuelco a la situación.

Peter Sherikov cogió el portafolio que le tendía uno de sus técnicos armados.

—Gracias. —Echó hacia atrás la butaca y paseó la mirada por la sala del Consejo—. ¿Están todos preparados para oír lo que voy a decir?

—Estamos dispuestos —respondió Margaret Duffe.

Los miembros del Consejo se inclinaron hacia adelante. En el extremo opuesto, Reinhart y Dixon observaron con inquietud al polaco cuando sacaba los papeles del portafolio y los examinaba.

—Para empezar, permítanme que les recuerde los orígenes de la bomba MRL. Jamison Hedge fue el primer hombre que lanzó un objeto a mayor velocidad que la luz. Como saben, el objeto disminuyó de tamaño y aumentó de masa a medida que se acercaba a la velocidad de la luz; al alcanzarla, se desvaneció. Para utilizar nuestros términos, dejó de existir. Al no poseer tamaño, no ocupaba ningún espacio. Pasó a un orden de existencia diferente.

»Cuando Hedge trató de recuperar el objeto se produjo una explosión. Hedge murió, y todo su equipo quedó destruido. La potencia de la explosión es incalculable. Hedge había situado su nave de observación a muchos millones de kilómetros de distancia; sin embargo, no estaba lo bastante lejos. En principio, confiaba que su invención se aplicara a los viajes espaciales, pero después de su muerte se abandonó el proyecto.

»Hasta que llegó Ícaro. Entreví las posibilidades de una bomba, una bomba increíblemente poderosa que destruyera Centauro y todas las fuerzas del imperio. La reaparición de Ícaro significaría la aniquilación de su sistema. Tal como Hedge demostró, el objeto reingresaría en un espacio ya ocupado por materia, y causaría un cataclismo inimaginable.

—Pero Ícaro no volvió —gritó Reinhart—. Cole alteró las conexiones para que la bomba prosiguiera su trayecto. No me extrañaría que aún lo esté haciendo.

—Se equivoca —tronó Sherikov—. La bomba reapareció, pero no estalló.

—Quiere decir…

—La bomba regresó a menor velocidad que la luz cuando penetró en la estrella Próxima, pero no estalló. No hubo cataclismo. Reapareció y fue absorbida por el sol. De esta manera se convirtió en gas de inmediato.

—¿Por qué no hizo explosión? —preguntó Dixon.

—Porque Thomas Cole resolvió uno de los problemas de Hedge. Encontró la forma de devolver el objeto a nuestro universo, por debajo de la velocidad de la luz, sin que estallara. El hombre variable descubrió lo que Hedge buscaba...

Todo el Consejo se puso en pie. Un murmullo ensordecedor invadió la sala.

—¡No lo creo! —jadeó Reinhart—. No es posible. Si Cole resolvió el problema de Hedge significaría...

Se calló, vacilante.

—Ahora podremos utilizar la propulsión a mayor velocidad que la luz para los viajes espaciales —continuó Sherikov, sofocando el alboroto—, tal como deseaba Hedge. Mis hombres han estudiado las fotografías de la torreta de control. Aun así; no saben ni el cómo ni el porqué, pero disponemos de todos los datos. En cuanto hayamos reparado los laboratorios, duplicaremos las conexiones originales.

Las explicaciones iban calando gradualmente en el seno del Consejo.

—Por tanto, será posible construir naves MRL —murmuró Margaret Duffe, asombrada—, y con ello...

—Cole comprendió el propósito de la torreta de control en cuanto se la enseñé. No mi propósito, sino el que Hedge tenía en mente cuando inició sus trabajos. Cole comprendió que Ícaro era una nave espacial incompleta, no una bomba. Supuso lo que Hedge había imaginado, el viaje MRL. Se empeñó en que Ícaro funcionara.

—Podremos ir más allá de Centauro —murmuró Dixon. Se mordió los labios—. Por consiguiente, la guerra es inútil, el imperio ya no representa ningún obstáculo. La galaxia está a nuestro alcance.

—Todo el universo —añadió Sherikov—. En lugar de conquistar un anticuado imperio, exploraremos todo el cosmos, toda la obra de Dios.

Margaret Duffe se levantó y caminó hacia los grandes mapas estelares que se alzaban en el extremo opuesto de la sala. Contempló durante largo rato las miríadas de soles, las legiones de sistemas, abrumada por lo que veía.

—¿Cree de veras que comprendió todo esto? —preguntó de repente—. ¿Qué podemos ver en estos simples mapas?

—Thomas Cole es una persona extraña —musitó Sherikov—. Aparentemente, posee un cierto tipo de intuición en lo que se refiere a las máquinas y su funcionamiento. Una intuición que reside más en sus manos que en su cabeza, como el talento innato de un pianista o de un pintor. No es un científico. Carece de

conocimiento verbal sobre las cosas, de referencias semánticas. Actúa directamente sobre las cosas.

»Dudo mucho que Thomas Cole comprendiera lo que vendría a continuación. Examinó el globo, la torreta de control. Vio conexiones incompletas, trabajo a medio hacer: una máquina incompleta.

—Algo que necesitaba un arreglo —señaló Margaret Duffe.

—Algo que necesitaba un arreglo. Comprendió la magnitud de su tarea, como un artista. Sólo le interesaba una cosa: utilizar su talento para llevar a cabo el trabajo lo mejor posible. Este talento ha abierto para nosotros un universo entero, galaxias infinitas, sistemas para explorar. Mundos sin fin, mundos sin límite, intocados.

Reinhart se levantó, inseguro.

—Pongamos manos a la obra. Organicemos equipos de construcción, expediciones de exploración. Reconvertiremos la producción bélica en orden a diseñar naves; todos los esfuerzos científicos se encaminarán a este objetivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Margaret Duffe, mirándole pensativamente—, pero usted no participará.

Reinhart comprendió la expresión de su rostro. Sacó su pistola y retrocedió hacia la puerta. Dixon le siguió.

—¡Vuelva! —aulló Reinhart.

Margaret Duffe hizo una señal y un grupo de soldados rodeó a los dos hombres. Los soldados, impávidos y eficientes, tenían esposas magnéticas preparadas.

El desintegrador de Reinhart apuntó a los miembros del Consejo, paralizados de estupor en sus asientos, y después a la cabeza de Margaret Duffe: Un miedo enloquecido desfiguraba las facciones de Reinhart:

—¡Retrocedan! ¡Que nadie se acerque o ella será la primera en morir!

Peter Sherikov saltó desde la mesa y se plantó ante Reinhart. Su inmenso puño cubierto de vello negro describió un arco y se estrelló contra el mentón del Comisionado, que rebotó en la pared y se deslizó blandamente hasta el suelo.

Los soldados le inmovilizaron con las esposas y le obligaron a reincorporarse. Un hilo de sangre manaba de su boca. Escupió fragmentos de dientes; tenía los ojos vidriosos. Dixon, boquiabierto e incapaz de comprender lo que ocurría, se dejó maniatar sin protestar.

Uno de los miembros del Consejo recogió la pistola que Reinhart

había esgrimido momentos antes. La examinó y luego la depositó sobre la mesa.

—Cargada y a punto de disparar —murmuró.

—Ojalá les hubiera matado a todos —masculló Reinhart con la mirada llena de odio—. ¡A todos! Si tuviera las manos libres...

—Pero no las tiene —replicó Margaret Duffe—. No pierda el tiempo con esos pensamientos.

Hizo una señal a los soldados, que empujaron a Reinhart y a Dixon hacia la salida.

La sala quedó en silencio durante unos instantes. Después, los miembros del Consejo se removieron en sus butacas y respiraron con alivio.

Sherikov apoyó su manaza en el hombro de Margaret Duffe.

—¿Se encuentra bien, Margaret?

—Estoy bien, gracias —sonrió la presidenta.

Sherikov le acarició el pelo; luego se puso a guardar sus papeles.

—He de irme. La llamaré más tarde.

—¿Adónde va? ¿No puede quedarse a...?

—Debo regresar a los Urales. —Sherikov sonrió antes de alcanzar la puerta—. Me esperan asuntos importantes.

Thomas Cole estaba sentado en la cama cuando llegó Sherikov. Casi todo su cuerpo estaba envuelto en plástico transparente aislante. Dos robots controlaban sin cesar su pulso, la presión sanguínea, la respiración y la temperatura corporal.

Cole ladeó la cabeza cuando el enorme polaco dejó caer su portafolio y se sentó en el alféizar de la ventana.

—¿Cómo se siente? —preguntó Sherikov.

—Mejor.

—Como ve, hemos mejorado mucho en lo tocante a medicina. Sus quemaduras curarán en pocos meses.

—¿Cómo va la guerra?

—La guerra ha terminado.

—Ícaro...

—Ícaro funcionó como esperábamos. Como usted esperaba. —Sherikov se inclinó sobre la cama—. Cole, le prometí algo y estoy dispuesto a cumplir mi palabra..., tan pronto como se recupere.

—¿Volveré a mi época?

—Exacto. Es un problema fácil de resolver, ahora que Reinhart ha sido detenido. Volverá a su casa, a su tiempo, a su mundo. Le proporcionaremos algunos discos de platino o algo así para financiar sus negocios. Necesita una nueva carreta Fixit,

herramientas, vestidos... Creo que con unos miles de dólares será suficiente.

Cole no dijo nada.

—Ya me he puesto en contacto con Investigaciones Históricas —continuó Sherikov—. La burbuja temporal está preparada. Nos sentimos en deuda con usted, como es lógico. Gracias a usted hemos realizado nuestro gran sueño. Todo el planeta bulle de excitación. Estamos adaptando nuestra economía de guerra a...

—¿No lamentan lo que ha ocurrido? El fracaso habrá decepcionado a mucha gente.

—Al principio, pero lo superaron..., en cuanto comprendieron lo que se avecina. Lástima que no pueda verlo, Cole. Todo un mundo que se esparce por el universo. ¡Quieren que tenga a punto una nave MRL para este fin de semana! Ya se han recibido miles de solicitudes para formar parte del primer vuelo.

—No habrá bandas, ni desfiles, ni comités de bienvenida esperándole en su destino —sonrió Cole.

—Es posible. Es posible que la primera nave desembarque en un mundo muerto, lleno de arena y sal seca, pero todo el mundo quiere ir. Parece una fiesta. La gente corre, grita y tira cosas a la calle.

»Temo que he de regresar a los laboratorios. Han empezado las tareas de reconstrucción. —Sherikov rebuscó en su abultado portafolio—. Por cierto... Un pequeño detalle. Tal vez podría echarle una hojeada a esto mientras se recupera.

Desplegó un puñado de gráficas sobre la cama. Cole las recogió de una en una.

—¿Qué es esto?

—Algo sin importancia que he diseñado. —Sherikov se dirigió hacia la puerta—. Estamos reorganizando nuestra estructura política para evitar que se repitan casos como el de Reinhart. No permitiremos nunca más que un solo hombre reúna tanto poder. Compartiremos todos el poder, no un número limitado de gente que un hombre pueda dominar..., como Reinhart dominó el Consejo.

»El artilugio posibilitará que los ciudadanos opinen y decidan directamente sobre los temas importantes. No tendrán que esperar a que el Consejo se reúna para hacer efectiva una medida. Cada ciudadano comunicará su parecer mediante uno de estos aparatos, y sus demandas quedarán registradas en un control central que responderá automáticamente. Cuando una parte significativa de la población exija algo determinado, estos artefactos desplegarán un campo activo que afectará a todos los demás; de esta manera, un tema determinado no necesitará ser sometido al Consejo. Los

ciudadanos expresarán sus deseos mucho antes de que un grupo de ancianos empiecen a discutir.

»Por supuesto —aclaró Sherikov con un fruncimiento de cejas—, queda un pequeño detalle…

—¿Cuál es?

—No he sido capaz de construir un modelo que funcionara. Unos defectos sin importancia… Estas tareas tan complicadas nunca han sido mi especialidad. —Se detuvo en la puerta—. Bien, espero verle antes de que se marche. Quizá podamos hablar dentro de un tiempo, cuando se sienta mejor. Incluso podríamos cenar alguna vez, ¿eh?

Pero Thomas Cole no le escuchaba. Estaba inclinado sobre los planos, con una expresión de sumo interés en su rostro estragado. Sus largos dedos resbalaban sobre el papel, localizando conexiones y terminales. Movía los labios mientras calculaba.

Sherikov esperó un momento; luego salió al pasillo y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

Silbó una alegre canción mientras avanzaba hacia la salida.

## EL INFORME DE LA MINORÍA

El primer pensamiento que tuvo Anderton al ver al joven fue: «Me estoy poniendo calvo, gordo y viejo». Pero no lo expresó en voz alta. En su lugar, echó el sillón hacia atrás, se incorporó y salió resueltamente al encuentro del recién llegado extendiendo rápidamente la mano en una cordial bienvenida. Sonriendo con forzada amabilidad, estrechó la mano del joven.

—¿Señor Witwer? —dijo, tratando de que sus palabras sonaran en el tono más amistoso posible.

—Así es —repuso el recién llegado—. Pero mi nombre es Ed para usted, por supuesto. Es decir, si usted comparte mi disgusto por las formalidades innecesarias.

La mirada de su rubio semblante, lleno de confianza en sí mismo, mostraba que la cuestión debería quedar así definitivamente resuelta. Serían Ed y John: todo iría sobre ruedas con aquella cooperación mutua desde el mismo principio.

—¿Tuvo usted dificultad en hallar el edificio? —preguntó a renglón seguido Anderton, con cierta reserva, ignorando el cordial comienzo de su conversación instantes atrás. Buen Dios, tenía que asirse a algo. Se sintió lleno de temor y comenzó a sudar.

Witwer había comenzado a moverse por la habitación como si ya todo le perteneciese, como midiendo mentalmente su tamaño. ¿No podría haber esperado un par de días como lapso de tiempo decente para aquello?

—Ah, ninguna dificultad —repuso Witwer, con las manos en los bolsillos. Con vivacidad, se puso a examinar los voluminosos archivos que se alineaban en la pared—. No vengo a su agencia a ciegas, querido amigo, ya comprenderá. Tengo un buen puñado de ideas de la forma en que se desenvuelve el Precrimen.

Todavía un poco nervioso, Anderton encendió su pipa.

—¿Y cómo funciona? Me gustaría conocer su opinión.

—No mal del todo —repuso Witwer—. De hecho, muy bien.

Anderton se le quedó mirando.

—¿Esa es su opinión particular?

—Privada y pública. El Senado está satisfecho con su trabajo. En realidad, está entusiasmado. —Y añadió —con el entusiasmo con que puede estarlo un anciano.

Anderton sintió un desasosiego interior, que supo mantener

controlado, permaneciendo impasible. Le costó, no obstante, un gran esfuerzo. Se preguntaba qué era realmente lo que Witwer pensaba, lo que se encerraba en aquella cabeza. El joven tenía unos azules y brillantes ojos… turbadoramente inteligentes. Witwer no era ningún tonto. Y sin la menor duda, debería estar dotado de una gran dosis de ambición.

—Según tengo entendido —dijo Anderton— usted será mi ayudante hasta que me retire.

—Así lo tengo entendido yo también —replicó el otro, sin la menor vacilación.

—Lo que puede ser este año, el próximo… o dentro de diez. —La pipa tembló en las manos de Anderton—. No tengo prisa por retirarme ni estoy bajo presión alguna en tal sentido. Yo fundé el Precrimen y puedo permanecer aquí tanto tiempo como lo desee. Es una decisión puramente mía.

Witwer aprobó con un gesto de la cabeza, con una expresión absolutamente normal.

—Naturalmente.

Con cierto esfuerzo Anderton habló con el tono de la voz algo más frío.

—Yo deseo solamente que las cosas discurran correctamente.

—Desde el principio —convino Witwer—. Usted es el Jefe. Lo que usted ordene, eso se hará. —Y con la mayor evidencia de sinceridad, preguntó—: ¿Tendría la bondad de mostrarme la organización? Me gustaría familiarizarme con la rutina general, tan pronto como sea posible.

Conforme iban caminando entre las oficinas y despachos alumbrados por una luz amarillenta, Anderton dijo:

—Le supongo conocedor de la teoría del Precrimen, por supuesto. Presumo que es algo que debe darse por descontado.

—Conozco la información que es pública —repuso Witwer—. Con la ayuda de sus mutantes premonitores, usted ha abolido con éxito el sistema punitivo post-criminal de cárceles y multas. Y como todos sabemos, el castigo nunca fue disuasorio, ni pudo proporcionar mucho consuelo a cualquier víctima ya muerta.

Ya habían llegado hasta el ascensor y mientras descendían hasta niveles inferiores, Anderton dijo:

—Tendrá usted ya una idea de la disminución del porcentaje de criminalidad con la metodología del Precrimen. Lo tomamos de individuos que aún no han vulnerado la Ley.

—Pero que seguramente lo habrían hecho —repuso Witwer convencido.

—Felizmente no lo hicieron… porque les detuvimos antes de que pudieran cometer cualquier acto de violencia. Así, la comisión del crimen por sí mismo es absolutamente una cuestión metafísica. Nosotros afirmamos que son culpables. Y ellos, a su vez, afirman constantemente que son inocentes. Y en cierto sentido, son inocentes.

El ascensor se detuvo y salieron nuevamente hacía otro corredor alumbrado con igual luz amarillenta.

—En nuestra sociedad no tenemos grandes crímenes —continuó Anderton—, pero tenemos todo un campo de detención lleno de criminales en potencia, criminales que lo serían efectivamente.

Se abrieron y cerraron una serie de puertas, hasta llegar al ala del edificio que se ocupaba del problema analítico. Frente a ellos surgían unos impresionantes bancos de equipo especializado, receptores de datos, y ordenadores que estudiaban y reestructuraban el material que iba llegando. Y más allá, de la maquinaria, los premonitores sentados, casi perdidos a la vista entre una red inextricable de conexiones y cables.

—Ahí están —dijo Anderton—. ¿Qué piensa usted de ellos?

A la luz incierta de aquella enorme habitación, los tres idiotas farfullaban palabras ininteligibles. Cada palabra soltada al azar, murmurada sin ton ni son en apariencia, era analizada, comparada, reajustada en forma de símbolos visuales y transcritos en tarjetas perforadas convencionales que se introducían en las ranuras de los ordenadores. A todo lo largo del día, aquellos idiotas balbuceaban entre sí o aisladamente, prisioneros en sus sillas especiales de alto respaldo, sujetados de forma especial en una rígida posición por bandas de metal, grapas y conexiones.

Sus necesidades físicas eran atendidas automáticamente. No tenían necesidades espirituales en ningún sentido. Al igual que vegetales, se movían, se retorcían y existían. Sus mentes permanecían nubladas, confusas, perdidas en las sombras. Pero no las sombras del presente. Las tres murmurantes criaturas con sus enormes cabezas y estropeados cuerpos estaban contemplando el futuro. La maquinaria analítica registraba sus profecías y los tres idiotas premonitores hablaban, mientras que las máquinas escuchaban cuidadosamente.

Por primera vez, la confiada cara de Witwer pareció perder seguridad. En sus ojos apareció una desmayada expresión de sentirse enfermo, como una mezcla de vergüenza y de shock moral.

—No es… agradable —murmuró—. Nunca pude imaginarme que fueran tan… —Luchó con su mente para encontrar la palabra

adecuada—. Tan... deformes.

—Sí, deformes y retrasados —convino Anderton al instante—. Especialmente aquella chica, Dona. Tiene cuarenta y cinco años pero el aspecto de una niña de diez. El talento lo absorbe todo: su facultad especial de premonición del porvenir altera el equilibrio del área frontal. Pero, ¿para qué vamos a preocuparnos? Conseguimos sus profecías. Aquí tienen cuanto necesitan. Ellos no comprenden absolutamente nada de esto, pero nosotros sí.

Algo sobrecogido por el espectáculo, Witwer atravesó la habitación y se dirigió hacia la maquinaria. De un recipiente tomó un paquete de fichas.

—¿Son éstos los nombres que han surgido?

—Desde luego que sí. —Y frunciendo el ceño, Anderton tomó las fichas de manos de Witwert —No he tenido aún la oportunidad de examinarlas— explicó guardándose para sí la preocupación que aquello le causaba.

Fascinado, Witwer observaba cómo las máquinas de tanto en tanto expulsaban una ficha sobre un recipiente. Después continuaban con otra y una tercera. De los discos que zumbaban con un murmullo constante, surgían fichas, una tras otra.

—¿Los premonitores ven muy lejos en el futuro? —preguntó Witwer.

—Sólo ven una extensión relativamente limitada —le informó Anderton—. Una semana o dos como mucho. Muchos de sus datos son inútiles para nuestro trabajo... simplemente sin importancia para nuestra investigación. Pasamos esas informaciones a otras agencias. Agencias, que a cambio nos pasan otros informes interesantes. Cada agencia importante tiene su subterráneo de «monos» guardados como un tesoro.

—¿«Monos»? —dijo Witwer mirándole con desagrado. Oh, sí, ya comprendo. Es una curiosa forma de expresarlo.

—Muy adecuada —automáticamente, Anderton recogió las últimas fichas expulsadas por los ordenadores—. Algunos de estos nombres, tienen que ser totalmente descartados. Y la mayor parte de los que quedan se refieren a delitos poco importantes, como los de evasión de impuestos, asalto o extorsión. Como estoy seguro que usted ya sabe, el Precrimen ha rebajado las fechorías en un 99%. Apenas si se dan casos actualmente de traición o asesinato. Después de todo, el delincuente sabe que lo confinaremos en un campo de detención una semana antes de que tenga la oportunidad de cometer el crimen.

—¿En qué ocasión se cometió el último asesinato? —preguntó

Witwer.

—Hace cinco años.

—¿Y cómo ocurrió?

—El criminal escapó de nuestros equipos. Teníamos su nombre…de hecho teníamos todos los detalles del crimen, incluido el nombre de la víctima. Sabíamos también el momento exacto y el lugar preciso del planeado acto de violencia que iba a cometerse. Pero a despecho nuestro y de todo, el criminal consiguió llevarlo a cabo. —Anderton se encogió de hombros—. Después de todo, resulta imposible cogerlos a todos. —Barajó las fichas con las manos —. Sin embargo, conseguimos evitar la mayoría.

—Un crimen en cinco años —murmuró Witwer, en cuya voz se advertía que retornaba la confianza perdida—. Es realmente un récord impresionante... algo para sentirse orgulloso.

—Yo me siento orgulloso —repuso con calma—. Hace treinta años descubrí la teoría... allá en aquellos días cuando los crímenes se producían abundantemente. Vi proyectado hacia el futuro algo de un incalculable valor social.

Alargó el paquete de tarjetas a Wally Page, su subordinado a cargo del equipo de «monos».

—Vea usted cuáles necesitamos —le dijo—. Utilice su propio criterio.

Mientras Page desaparecía con las fichas, Witwer dijo pensativamente:

—Pues creo que es una gran responsabilidad.

—Sí, lo es —convino Anderton—. Si dejamos que un criminal se escape —como ocurrió hace cinco años— tenemos una vida humana en nuestra conciencia. Nosotros somos los únicos responsables. Si fallamos, alguien puede perder la vida.

Amargamente, recogió tres nuevas fichas acabadas de surgir del ordenador

—Es una cuestión de confianza pública.

—¿Y no se sienten ustedes tentados a…? —Witwer vaciló—. Quiero decir, algunos de los hombres que ustedes detienen por este procedimiento tendrán que ofrecerles muchas posibilidades.

—En general enviamos un duplicado de las tarjetas del archivo al Cuartel General Superior del Ejército. Allí se comprueba cuidadosamente. Así pueden también seguir nuestro trabajo. —Anderton, lanzó un vistazo a la parte superior de una de las fichas recién salidas—. Así, aunque nosotros deseásemos aceptar un…

Se detuvo de repente, con los labios apretados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Witwer alarmado.

Cuidadosamente, Anderton dobló la ficha y la depositó en uno de sus bolsillos.

—Ah… nada —murmuró—. No es nada, nada en absoluto.

La dureza de la voz de Anderton puso alerta a Witwer.

—Con sinceridad, a usted le disgusto yo.

—Es cierto —admitió Anderton—. No me gusta. Pero…

En realidad no era aquél el motivo. No parecía posible; no era posible. Algo iba mal en todo aquello. Perplejo, trató de aclararse su mente confusa.

Sobre aquella ficha estaba escrito su nombre. En la primera línea. …¡Y acusado de un futuro asesinato! De acuerdo con las señales codificadas, el Comisario del Precrimen John A. Anderton iba a matar a un hombre… y dentro de la próxima semana.

Con una absoluta y total convicción, él no podía creer semejante cosa.

En la oficina exterior, hablando con Page se hallaba la esbelta y atractiva joven esposa de Anderton, Lisa. Estaba enzarzada en una animada y aguda conversación de política y apenas sí miró de reojo cuando entró su marido acompañado de Witwer

—Hola, querida —saludó Anderton.

Witwer permaneció silencioso. Pero sus pálidos ojos se animaron al posar su mirada sobre la cabellera de la mujer vestida de uniforme. Lisa era un oficial ejecutivo del Precrimen, pero una vez había sido, según ya conocía Witwer, la secretaria de Anderton.

Dándose cuenta del interés que se reflejaba en el rostro de Witwer, Anderton se detuvo reflexionando. Colocar la ficha en las máquinas requeriría un cómplice del interior del Servicio, la ayuda de alguien que estuviese íntimamente conectado con el Precrimen y tuviese acceso al equipo analítico. Lisa era un elemento improbable. Pero la posibilidad existía.

Por supuesto que la conspiración podría hacerse en gran escala y de forma muy elaborada, implicando mucho más que el sencillo hecho de insertar una cartulina perforada en cualquier lugar del proceso. Los datos originales en sí mismos tendrían que ser deliberadamente cambiados. Por el momento, no había forma de decir de qué modo podría llevarse a cabo tal alteración. Un frío nervioso le recorrió la espalda, al comenzar a entrever las posibilidades del asunto. Su impulso original —abrir las máquinas decididamente y suprimir todos los datos— resultaba inútilmente primitivo. Probablemente los registros concordaban con la ficha: no haría sino incriminarse a sí mismo en el futuro. Disponía de

aproximadamente veinticuatro horas. Después, la gente del Ejército desearía comprobar seguramente las fichas y descubrirían la discrepancia. Y encontrarían en sus archivos el duplicado de una ficha de la que él se habría apropiado. El sólo tenía una de las dos copias, lo que significaba que la ficha que se hallaba doblada en su bolsillo estaría a aquellas horas sobre la mesa de Page a la vista de todo el mundo.

Desde el exterior del edificio le llegó el tronar y los aullidos de una patrulla de coches de la policía. ¿Cuántas horas pasarían antes de que fueran a detenerse en la puerta de su casa?

—¿Qué te ocurre, cariño? —le preguntó Lisa inquieta—. Tienes el aspecto del que ha visto a un fantasma. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, perfectamente.

Lisa se dio cuenta en el acto del escrutinio admirativo de que estaba siendo objeto por parte de Witwer.

—¿Es este caballero tu nuevo colaborador, querido? —preguntó.

Un poco distraído y confuso, Anderton se apresuró a presentar a su nuevo colega. Lisa sonrió en amistoso saludo. ¿Pasó entre ellos como un encubierto entendimiento? No pudo decirlo. Santo Dios, ya estaba empezando a sospechar de todo el mundo... no solamente de su esposa y de Witwer sino de una docena de miembros de su personal.

—¿Es usted de Nueva York?, —preguntó Lisa.

—No —replico Witwer—. He vivido la mayor parte de mi vida en Chicago. Estoy en un hotel... uno de esos grandes hoteles del centro de la ciudad. —Espere... tengo el nombre escrito en una tarjeta por aquí en cualquier parte.

Mientras se rebuscaba por los bolsillos, Lisa sugirió:

—Tal vez le gustaría cenar con nosotros. Tendremos que trabajar en íntima cooperación y pienso que realmente deberíamos conocernos mejor.

Asombrado, Anderton se sintió deprimido. ¿Qué oportunidades serían las que proporcionaría la actitud amistosa de su mujer? Profundamente conturbado se dirigió impulsivamente hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Lisa asombrada.

—Vuelvo con los «monos» —repuso Anderton—. Quiero hacer una comprobación relativa a unos datos desconcertantes, antes de que el Ejército los vea.

Ya estaba fuera en el corredor antes de que ella pudiese pensar en una forma razonable de detenerlo. Rápidamente se dirigió hacia la rampa del extremo opuesto. Estaba ya a punto de desaparecer de

la vista cuando Lisa apareció jadeante de la carrera emprendida tras él.

—Pero, ¿qué es lo que te ocurre, hombre de Dios? —Tomándole por una manga y tirando fuerte hacia ella, se sitúo a su lado—. Sabía que te marchabas —exclamo Lisa bloqueándole el camino—. ¿Qué te pasa? Todo el mundo va a pensar que tú… —se contuvo controlándose para añadir: Quiero decir, que te estas comportando de una forma errática y extraña.

Una multitud de gente les envolvió, la muchedumbre usual de la tarde. Ignorando a todo el mundo, Anderton apretó el brazo de su mujer.

—Voy a salir fuera —dijo—, mientras que aún es tiempo.

—Pero, ¿por qué?

—Estoy siendo tratado de una forma deliberadamente maliciosa. Ese hombre ha venido a quedarse con mi trabajo. El Senado quiere echarme sirviéndose de él.

Lisa le miró asombrada.

—Pero si parece una persona encantadora…

—Sí, encantadora como una serpiente de agua.

Lisa reflejó en su rostro su desconcierto.

—No lo creo. Querido, creo que estás bajo los efectos de un exceso de trabajo. —Sonriendo inciertamente balbuceó —No resulta realmente creíble que Ed Witwer esté tratando de minarte el terreno. ¿Cómo podría hacerlo aunque quisiera? Seguramente que Ed…

—¿Ed?

—Ese es su nombre, ¿no es así?

Los ojos de Lisa se dilataron de asombro y de desconcierto y brillaron en una muda protesta.

—Cielo santo, estás sospechando de todo el mundo. Parece como si creyeses que yo también estoy mezclada en alguna clase de conspiración contra ti, ¿verdad?

Su marido consideró un instante la cuestión.

—Pues… no estoy muy seguro.

Lisa se le aproximó con ojos acusadores.

—Eso no es cierto. Ni tú mismo lo crees. Tal vez deberías marcharte de vacaciones por un par de semanas. Necesitas desesperadamente un descanso. Toda esta tensión y este trauma producido por la llegada de un joven… Estás actuando como un paranoico. ¿Es que no puedes verlo? Dime, ¿tienes alguna prueba de lo que estás diciendo?:

Anderton sacó su billetera y extrajo de ella la ficha doblada.

—Examina esto cuidadosamente —le dijo a su mujer.

El color se escapó de las mejillas de Lisa, dejando escapar un sonido entrecortado.

—La trama es claramente evidente —le dijo Anderton—. Esto dará a Witwer un claro pretexto, legal al mismo tiempo, para suprimirme de aquí inmediatamente. No tendrá que esperar a que yo presente mi dimisión. Ellos saben que puedo prestar aún unos años más de servicio.

—Pero...

—Y eso acabará con el sistema de equilibrio y de comprobación. El Precrimen dejará de ser una agencia independiente. El Senado controlará la policía y después... —Su labios se apretaron en un rictus amargo —Absorberán igualmente al Ejército también. Bien, eso sería una consecuencia lógica. Naturalmente, siento hostilidad y resentimiento hacia Witwer, y por supuesto que tengo motivos para proceder así. A nadie le gusta ser reemplazado por un joven y puesto en la lista de los inútiles. En su día eso resultaría totalmente plausible, excepto que no tengo ni la más remota intención de matar a Witwer. Pero no puedo probarlo. Y así las cosas ¿Qué es lo que puedo hacer?

En silencio, con la cara blanca por una intensa palidez, Lisa sacudió la cabeza.

—Pues yo... yo no sé, querido. Si solo...

—Ahora mismo —declaró abruptamente Anderton—. Me voy a casa y empaquetaré mis cosas. Creo que es lo mejor que puedo hacer.

—Y vas realmente a... ¿Esconderte por ahí?

—Así voy a hacerlo Me iré aunque sea a las colonias lejanas del sistema de Centauro si es preciso. Ya se ha hecho antes con éxito y aún dispongo de veinticuatro horas para hacerlo. —se volvió resueltamente—. Vuelve al interior. No hay nada que hablar de que vengas conmigo.

—¿Imaginaste que lo haría? —preguntó Lisa.

Sorprendido, Anderton la miró fijamente.

—¿No lo hubieras hecho? No, ya veo que no me crees. Todavía piensas que estoy imaginando todo esto... —Y sacudió nerviosamente la ficha entre las manos—. Ni incluso con esta evidencia estás convencida.

—No —convino rápidamente Lisa—. No lo estoy. Creo que no has considerado bien de cerca la cuestión, querido. El nombre de Ed Witwer no está en ella.

Incrédulo, Anderton tomó la ficha de manos de su mujer.

—Nadie dice que tú tengas que matar a Ed Witwer —continuó Lisa rápidamente en un tono vivaz—. La ficha debe ser verdadera, ¿comprendes? Pero nada tiene que ver con Ed Witwer. El no está intrigando contra ti, ni ninguna persona más tampoco.

Demasiado confuso para responder, Anderton permaneció sin quitar los ojos de la ficha de cartulina. Ella tenía razón. Ed Witwer no estaba catalogado como su víctima. Sobre la línea quinta, la máquina había estampado nítidamente otro nombre:

LEOPOLD KAPLAN

Aturdido, volvió a guardarse la ficha en el bolsillo. Jamás había oído ese nombre en toda su vida.

La casa se hallaba fría y solitaria y casi inmediatamente Anderton comenzó a hacer los preparativos para su viaje. Mientras empaquetaba las cosas, una serie de frenéticos pensamientos cruzaban su mente. Posiblemente estaba equivocado respecto a Witwer, pero, ¿cómo podía estar seguro? En cualquier caso, la conspiración contra él era mucho más compleja de lo que había creído a primera vista. Witwer sólo podría ser una marioneta animada por cualquier otro personaje, por algún distante y poderoso elemento oculto en la penumbra del fondo

Había sido un error haber mostrado la ficha a Lisa. Sin duda alguna, ella se lo contaría con todo con detalle al propio Witwer. Nunca había salido de la Tierra, ni comprobado qué clase de vida podría llevar en cualquier planeta fronterizo.

Mientras se hallaba así preocupado, el piso de madera crujió tras él. Se volvió rápidamente para enfrentarse con el cañón azulado de una pistola atómica.

—No le llevará mucho tiempo —dijo, mirando fijamente al hombretón cuadrado de hombros, de labios apretados, que, vistiendo un abrigo marrón oscuro, le apuntaba con el arma atómica —¿Ni siquiera dudó ella un instante?

El rostro del intruso no pareció tener respuesta adecuada.

—No sé de lo que está usted hablando —dijo— Vamos, venga conmigo.

Paralizado, Anderton soltó una pesada chaqueta de pieles que sostenía en la mano.

—Usted no pertenece a mi agencia. ¿Es usted acaso un oficial de la policía?

Protestando y a empujones fue llevado a toda prisa hacia un coche cubierto que esperaba en la calle. La puerta se cerró con estrépito al arrancar el coche, habiendo entrado previamente tres

hombres armados en el interior junto con él. El automóvil salió disparado hacia la autopista que salía alejándose de la ciudad. Impasibles y remotos, los rostros que le rodeaban permanecían inalterables con los movimientos del vehículo, al pasar los inmensos campos, oscuros y sombríos, que desfilaban rápidamente ante sus ojos.

Anderton aún trataba inútilmente de captar las implicaciones de lo sucedido, cuando de repente, el coche se desvió de la carretera general y descendió a un garaje de aspecto sombrío con la entrada semioculta. Alguien gritó una orden. La pesada puerta metálica de acceso se descorrió y unas luces brillantes iluminaron el recinto. El chofer apagó el motor.

—Lamentarán ustedes esto —protestó Anderton indignado—. ¿Sabe usted quién soy yo? —concluyó dirigiéndose al que parecía ser el jefe de la partida.

—Lo sabemos —repuso el hombre del abrigo marrón,

A punta de pistola, Anderton fue conducido por unas escaleras y después, por un corredor alfombrado. Se hallaba, al parecer, en una lujosa residencia privada, construida ocultamente en un área devastada por la guerra.

Al extremo del corredor se abría una habitación, más bien un estudio, provisto de gran cantidad de libros y ornamentado, por lo demás, con exquisito gusto. Dentro de un círculo de luz y con el rostro oculto parcialmente por las sombras, un hombre a quien jamás había visto permanecía sentado esperando su llegada.

Conforme se aproximaba Anderton, aquel hombre se quitó unos lentes sin aros, con cierto nerviosismo, y se humedeció los labios. Era de avanzada edad, tal vez unos setenta, y se apoyaba en un bastón con empuñadura de plata. Su cuerpo era delgado y su actitud curiosamente rígida. Sus escasos cabellos grises los llevaba peinados muy pegados al cráneo. Sus ojos únicamente denotaban alarma.

—¿Es Anderton? —preguntó con cierta indiferencia al hombre del abrigo marrón—. ¿Dónde lo encontró usted al fin?

—En su casa —replicó el otro—. Estaba preparando el equipaje... según esperábamos.

El anciano del sillón se estremeció visiblemente

—Haciendo el equipaje… Mire —dijo dirigiéndose a Anderton —. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Es que se ha vuelto loco de remate? ¿Cómo podría usted matar a un hombre a quien no ha conocido nunca?

Aquel hombre anciano, según pudo deducir inmediatamente

Anderton, era Leopold Kaplan.

—Primeramente, haré a usted una pregunta —repuso Anderton rápidamente—. ¿Se da usted cuenta de quién soy yo? Soy el Comisario de la Policía General. Puedo encerrarle durante veinte años por esto

Iba a continuar diciendo más cosas, pero una súbita idea le interrumpió.

—¿Cómo lo descubrió usted? —preguntó. Involuntariamente, su mano se dirigió hacia el bolsillo donde tenía escondida la ficha doblada—. No habrá sido por otra...

—No fui notificado por su agencia —dijo Kaplan interrumpiéndole, con visible impaciencia. —El hecho de que nunca haya oído hablar de mi no me sorprende demasiado. Leopold Kaplan, general del Ejército de la Alianza Federada del Bloque Occidental, está retirado desde el fin de la guerra anglochina y la abolición de la AFBO.

Aquello iba teniendo sentido, pensó Anderton, que siempre había sospechado que el Ejército poseía inmediatamente los duplicados de las fichas para su propia protección.

Sintiéndose más aliviado, preguntó:

—Bien, aquí me tiene usted. ¿Y ahora, qué?

—Evidentemente —repuso Kaplan—, no voy a destruirle, para librarme de lo que indica una de esas estúpidas fichas. Pero siento curiosidad acerca de usted. Me parece increíble que un hombre de su talla pudiese contemplar a sangre fría el asesinato de un extraño por completo a usted. Tiene que haber aquí algo más implicado en todo esto. Francamente me siento embrollado. Si esto representa alguna clase de estrategia de la Policía... se encogió de hombros—. Seguramente que usted no habría permitido que el duplicado de la ficha hubiera llegado a nosotros.

—A menos que tal ficha se haya introducido en los ordenadores deliberadamente —sugirió otro de los hombres.

Kaplan escrutó con sus brillantes ojos a Anderton.

—¿Qué tiene usted que decir?

—Esa es exactamente la cuestión —repuso Anderton—. La predicción de tal ficha fue deliberadamente fabricada por algún grupo del interior de la agencia de la policía. La ficha ha sido preparada y a mí se me ha tendido una trampa. Así, he sido relevado automáticamente de toda mi autoridad... Mi asistente interviene entonces y afirma que ha prevenido el crimen en la forma usual y eficiente del sistema Precrimen. Ni que decir tiene que no hay crimen ni intento de tal crimen.

—Yo estoy por completo de acuerdo con usted en que no habrá tal asesinato —afirmó Kaplan autoritariamente—. Estará usted bajo custodia de la policía. Intento hallarme bien seguro de eso.

Horrorizado, Anderton protestó:

—¿Va usted a devolverme allí? Si permanezco detenido, jamás estaré en condiciones de probar que…

—No me preocupa lo que usted intente probar o no —dijo Kaplan interrumpiéndole—. Todo mi interés radica en tenerle a usted fuera de combate. —Y fríamente añadió—: Para mi propia protección.

—Ya estaba dispuesto a marcharse —comenta uno de los hombres.

—Así es —ratifico Anderton sudando—. Tan pronto como me echen el guante seré internado en uno de esos campos de detención. Witwer se pondrá al frente… y ya puedo considerarme perdido. —Su rostro se ensombreció—. Y mi esposa también. Están actuando todos de acuerdo, según las apariencias.

Por un momento Kaplan pareció vacilar.

—Es posible —concedió mirando a Anderton severamente. Después sacudió la cabeza—. No, no puedo correr ningún riesgo. Esto es una conspiración contra usted y lo lamento, créame. Pero es algo que no me concierne en absoluto. —Y dirigiéndose a sus hombres les dijo —Llévenlo al edificio de la Policía y entréguenlo a la más alta autoridad,

Y mencionó el nombre del comisario en funciones, esperando la reacción de Anderton.

—¡Witwer! —repitió Anderton incrédulo como en un eco.

Todavía sonriendo ligeramente, Kaplan se volvió y conectó la radio.

—Witwer ya ha asumido el mando. Ni que decir tiene que formará con todo esto un buen tinglado.

Se oyó un zumbido estático y después, de repente, la radio comenzó a sonar en la habitación a bastante volumen. Una voz profesional y bastante ruidosa leía un mensaje informativo.

—«…todos los ciudadanos tienen la orden estricta de no dar refugio por ningún concepto a ese individuo peligrosamente criminal. Las extraordinarias circunstancias de un criminal que ha escapado hacia la libertad en condiciones de cometer un acto de violencia, es un caso único en estos tiempos. Todos los ciudadanos quedan advertidos mediante este boletín informativo, de que las leyes en vigor implican que tanto individual como colectivamente tienen la obligación de cooperar totalmente con la policía para

aprehender a John Allison Anderton, quien, por medio de la metodología del sistema precriminal es declarado de ahora en adelante un asesino potencial y por tal motivo ha perdido su derecho a la libertad y a todos sus privilegios.»

—Se ve que no ha perdido el tiempo —murmuró Anderton, abatido. Kaplan tocó un botón y la radio enmudeció.

—Lisa tiene que haber ido directamente a él —dijo Anderton especulando amargamente..

—¿Por qué tendría que esperar? —preguntó Kaplan—. Usted expresó sus intenciones claramente.

El viejo general hizo una señal a sus hombres

—Llévenle a la ciudad. Me siento a disgusto con este hombre en mi proximidad. En ese aspecto, estoy de acuerdo con el Comisario Witwer. Quiero que sea neutralizado lo más pronto posible.

Una lluvia fina y helada se abatía sobre las calles mientras el coche atravesaba las oscuras avenidas de Nueva York hacia el edificio de la Policía.

—Puede usted ponerse en su lugar —dijo uno de los hombres a Anderton—. Si usted estuviese en su puesto habría actuado de igual forma.

Pensativo y resentido Anderton se mantenía callado mirando hacia adelante.

—De cualquier forma —continuó aquel hombre— usted sólo es uno entre muchos más. Miles de personas han ido a parar a esos campos de detención. No se encontrará solo.

Abrumado por las circunstancias, Anderton miraba a los transeúntes apresurándose a lo largo de las aceras mojadas por la lluvia. Sólo se daba cuenta de la tremenda fatiga que sentía. Mecánicamente iba comprobando los números de las casas calculando la proximidad a la estación de Policía.

—Ese Witwer se ve que sabe aprovechar las oportunidades y sacar ventaja de cualquiera de ellas —observó uno de los hombres —. ¿Le conoce usted?

—Muy poco

—Deseaba su puesto… y por eso ha conspirado contra usted. ¿Está usted seguro?

—¿Importa mucho eso ahora? —repuso Anderton con un gesto.

—Era por pura curiosidad. —Y el hombre suspiró lánguidamente —. Entonces, ahora es usted el ex Comisario jefe de la Policía. La gente que se encuentra en esos campos estará deseando verle. Y conocer cómo es su cara.

—Sin duda.

—Witwer seguramente que no perderá el tiempo. Kaplan tiene suerte... con un personaje así al frente de la policía. —Y el hombre miró a Anderton casi con lástima—. Pero usted está seguro de que es un complot, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—¿No habría usted tocado ni un solo cabello de Kaplan, verdad? Por primera vez en la historia, el Precrimen se ha equivocado. Un hombre inocente perseguido por culpa de una de esas fichas... Tal vez haya muchas otras personas inocentes, ¿no es verdad?

—Es muy posible —repuso Anderton.

—Tal vez la totalidad de ese sistema se venga abajo. Seguramente que usted no va a cometer ningún crimen... y tal vez ninguno de los otros tampoco. ¿Es ésa la razón por la que dijo a Kaplan que quería marcharse? ¿Deseaba usted probar tal vez que el sistema es falso? Sepa que soy un hombre de amplia mentalidad si quiere hablarme de ello.

Otro de los hombres se inclinó sobre él y preguntó:

—Entre usted y yo, ¿existe realmente algún complot? ¿Ha sido usted falsamente acusado?

Anderton suspiró. Hasta tal punto vacilaba en su interior. Tal vez se hallaba atrapado en un circuito sin salida, sin motivo, sin principio y sin fin De hecho, estaba casi dispuesto a conceder que era la víctima de una fantasía neurótica, excitada por la creciente inseguridad que le rodeaba. Sin lucha, estaba punto de renunciar a todo. Un enorme peso le aplastaba dejándole sofocado y sin energías para nada. Estaba luchando contra algo imposible... y todas las cartas estaban en su contra.

Un repentino chirrido de los neumáticos le llamó la atención. Frenéticamente el conductor trataba de controlar el coche en aquel momento, dando golpes de volante y usando el freno, al mismo tiempo que un enorme camión cargado de pan, surgido de la niebla, se le venía encima. De haber acelerado, tal vez habría salvado la situación. Pero era demasiado tarde para corregir el error. El coche patinó, y dio unos bandazos para ir a estrellarse contra la delantera del camión.

Bajo Anderton, el asiento actuó como un resorte empujándole hacia la puerta. Sintió un dolor súbito e intolerable en el cerebro como si fuera a estallarle, encontrándose de rodillas sobre el pavimento. Cerca de él creyó oír el crepitar de unas llamas y unas fajas de luz serpentear entre la niebla dirigiéndose hacia el coche.

Unas manos acudieron en su ayuda. Poco a poco se dio cuenta de que iba siendo arrastrado lejos del automóvil

A lo lejos se oían las sirenas de los coches de patrulla.

—Vivirá usted —dijo una voz en su oído, en tono quedo y urgente. Era una voz que jamás había oído antes y le resultaba tan extraña como la lluvia que le batía el rostro—. ¿Puede oír lo que le estoy diciendo?

—Sí —repuso Anderton. Con la manga acudió en auxilio de un corte que ya le sangraba abundantemente de la mejilla. Confuso, trató de orientarse—. Usted no es...

—Deje de hablar y escuche. —El hombre que le hablaba era un tipo fornido, casi obeso. Sus enormes manos le sostenían ahora fuera de la calzada y contra la pared de ladrillo de una calle adyacente, lejos del fuego y del coche—. Tuvimos que hacerlo de esta forma. Era la única alternativa. No tuvimos mucho tiempo disponible. Creímos que Kaplan le retendría en su residencia por más tiempo.

—Entonces, ¿esto ha sido preparado previamente? —preguntó Anderton parpadeando en su enorme confusión.

—Desde luego. —Y aquel hombretón soltó un juramento—. ¿Quiere usted decir que también ellos creían…?

—Yo pensé... —comenzó a decir Anderton y se detuvo al darse cuenta de que encontraba dificultades al hablar, uno de los dientes frontales lo había perdido en el accidente—. La hostilidad hacia Witwer... sentirme reemplazado, y luego mi esposa… el resentimiento natural...

—Deje de engañarse a sí mismo —le interrumpió el desconocido —. Lo sabe usted muy bien. Todo el asunto fue calculado meticulosamente. Tenían cada fase bajo control. La ficha fue colocada el día en que Witwer apareció. Y ya tienen cuanto desean. Witwer comisario y usted un criminal perseguido.

—¿Quién hay detrás de todo eso?

—Su esposa.

Anderton sacudió la cabeza.

—¿Está usted seguro?

Aquel individuo se puso a reír.

—Puede apostar por su esposa. —Miró rápidamente a su alrededor—. Aquí viene la policía. Siga por esa calle estrecha, tome un autobús, y váyase al barrio pobre de los suburbios, alquile una habitación y cómprese un puñado de revistas para tener algo en que estar ocupado. Ah, cómprese otras ropas. Es usted lo suficientemente listo como para ocuparse de sí mismo. No trate de salir de la Tierra. Controlan todos los sistemas de transporte. Si consigue escapar durante los próximos siete días estará usted

salvado.

—¿Quién es usted? —preguntó Anderton.

—Mi nombre es Fleming

Aquel hombre se apartó y con cuidado comenzó a andar por la estrecha calle fuera de las luces. El primer coche de la policía ya había llegado a la calzada y sus ocupantes se lanzaron sobre el destrozado coche de Kaplan. En el interior, los ocupantes se movían débilmente comenzando a gemir dolorosamente a través de la maraña de acero, cristales y plástico bajo la lluvia.

—Considérenos como una sociedad protectora —dijo Fleming sin ninguna expresión especial en su rostro mojado por la lluvia—. Una especie de fuerza de policía que vigila a la policía. Queremos que las cosas marchen como deben.

Con su enorme manaza le dio un empujón hacia el interior del callejón. Anderton se sintió lanzado lejos de él, estando a punto de caer en medio de las sombras y escombros que medio llenaban aquella callejuela.

—Siga y no se detenga —le repitió Fleming—. Y no desprecie este paquete. —Y le arrojó un abultado sobre que Anderton recogió —. Estudie eso con cuidado y creo que podrá sobrevivir.

La carta de identidad le describía como Ernest Temple, electricista, de paso por Nueva York, con esposa y cuatro hijos en Buffalo. Un carnet manchado de sudor le daba autorización para trabajar en sitios distintos, viajando constantemente sin dirección fija. Un hombre que necesita trabajar, debe viajar

Mientras cruzaba la ciudad en un autobús casi vacío, Anderton estudió la documentación de Ernest Temple. Sin duda alguna aquellos documentos de identidad se habían hecho a tanteo por todas las medidas y datos que allí aparecían. Tras un rato se preguntó de quién serían las huellas digitales y como habrían conseguido la longitud de onda de su cerebro. Sin duda no resistirían una comprobación rigurosa. Pero al menos era una documentación como principio. Era algo. Con los documentos, iban mil dólares en billetes. Se guardó el dinero y los documentos y después se volvió hacia lo escrito claramente en el sobre que había contenido los carnets. Al principio no le encontró el menor sentido. Durante algún tiempo, lo estuvo considerando, realmente perplejo.

La existencia de una mayoría implica lógicamente, una minoría correspondiente

El autobús ya había entrado en una vasta región de suburbios pobres de la ciudad en aquella jungla de hoteles baratos y tiendas

humildes que habían surgido en aquella área tras las destrucciones de la guerra. Llegó a una parada y Anderton se preparó a salir.

Unos cuantos pasajeros observaron al paso su mejilla herida y sus ropas destrozadas. Ignorando a aquella gente, echó a andar por el borde de la acera bajo la persistente lluvia.

El conserje del hotel no le prestó la menor atención, después de haberle cobrado el dinero de la pensión. Anderton subió la escalera hasta el segundo piso y entró en una habitación reducida con olor humedad. Era pequeña, pero estaba limpia. Tenía cama, armario, tocador, un calendario, silla, lámpara y una radio con contador de tiempo mediante monedas.

Puso en la ranura una moneda de veinticinco centavos y se dejó caer pesadamente en la cama. Todas las emisoras importantes estaban transmitiendo el boletín de la policía. Era algo nuevo, excitante, desconocido para las generaciones actuales. ¡Un criminal escapado de la policía! El público estaba ávidamente interesado.

«...este hombre ha usado la ventajosa posición de la que gozaba para burlar a la policía —estaba diciendo el locutor con una indignación muy profesional—. Debido a su alto cargo, ha tenido acceso a los datos previos y la confianza depositada en él le ha permitido evadir el proceso normal de detención y localización. Durante el período de su mando, ha ejercitado su autoridad para enviar individuos sin cuento, potencialmente culpables, a los campos de confinamiento, desperdiciando así las vidas de esas inocentes víctimas. Este hombre, John Allison Anderton, fue el instrumento de creación del sistema Precriminal, la predicción profiláctica de la criminalidad a través del ingenioso uso de los mutantes premonitores, capaces de adivinar el futuro y transferir oralmente esos datos a la maquinaria analítica. Esos tres premonitores en sus funciones vitales...»

La voz disminuyó al entrar en el diminuto cuarto de baño de la habitación. Una vez allí se despojó de la chaqueta y la camisa y dejó correr el agua fresca del grifo del lavabo. En la pequeña vitrina encontró un poco de yodo, esparadrapo, una máquina de afeitar, peine y cepillo de dientes, amén de otras pequeñas cosas que podía necesitar. A la mañana siguiente, tendría que procurarse otras ropas de segunda mano y comprar otros objetos necesarios, adecuados a su nueva situación. Después de todo, ahora era un obrero electricista en busca de trabajo y no un comisario de policía víctima de un accidente.

En la otra habitación, la radio continuaba sonando. Sólo de forma subconsciente atento a ella, permaneció frente al espejo

examinándose el diente roto por el choque.

«...el sistema de los tres premonitores mutantes tuvo su génesis a mediados de este siglo. ¿Cómo se comprueban los resultados en un ordenador electrónico? Alimentando la máquina con datos que se insertan en una segunda máquina de idéntico diseño. Pero dos ordenadores no son suficientes. Si cada uno ellos llega a una respuesta diferente es imposible decir a priori cuál es la correcta. La solución, basada en un cuidadoso estudio del método estadístico es utilizar un tercer ordenador que compruebe los resultados de los dos primeros. De esta forma, se obtiene lo que se llama el informe de la mayoría. Puede presumirse con gran probabilidad que el acuerdo de dos de los tres ordenadores indica cuál de los resultados de tal alternativa es el correcto. No sería verosímil que dos ordenadores llegasen a idénticas soluciones incorrectas...» Anderton arrojó la toalla que tenía en la mano y corrió hacia la otra habitación, volcándose literalmente sobre el aparato de radio para captar mejor la emisión.

«...la unanimidad de los tres premonitores es un fenómeno posible pero muy rara vez conseguido, según explica el comisario en funciones Mr. Witwer. Es mucho más corriente obtener un informe de mayoría de dos premonitores más un informe de minoría del tercer mutante, con una variación muy ligera, referida usualmente al tiempo y al lugar. Esto se explica por la teoría de los futuros múltiples. Si existiese solamente un sendero del tiempo, la información premonitora no tendría importancia, ya que no existiría ninguna posibilidad de alterar el futuro.

Anderton comenzó a recorrer frenéticamente la pequeña habitación de un lado a otro. El informe de la mayoría... sólo dos de los premonitores mutantes habían coincidido en el material anotado en la ficha, Aquél era el significado del mensaje del paquete que le habían entregado. El informe del tercer premonitor, esto es, el informe de la minoría, tenía también su importancia.

¿Por qué?

Consultó el reloj y vio que era ya pasada la medianoche. Page estaría libre de servicio. No estaría de vuelta en el bloque de los monos hasta la tarde siguiente. Era una débil oportunidad pero valía la pena aprovecharla. Tal vez Page quisiera encubrirle, o tal vez no. Tenía que arriesgarse a saberlo.

Tenía que ver el informe de la minoría.

Entre el mediodía y la una de la tarde, las calles hormigueaban de gente. Eligió esa hora, en el momento de más tráfago del día,

para hacer su llamada. Eligió una cabina telefónica pública del interior de una tienda, marcó el número tan familiar de la policía y esperó la respuesta. Deliberadamente seleccionó sólo el canal del sonido, descartando el de la imagen, pues a despecho del cambio sufrido por las ropas y su atuendo general, podía ser reconocido.

La persona que recibió la llamada era nueva para Anderton. Con precaución deliberada, le dio la extensión de Page. Si Witwer estaba cambiando todo el personal y poniendo en su lugar a sus satélites, podría hallarse hablando con una persona totalmente extraña.

—¿Sí? —sonó la voz de Page, al fin.

Sintiéndose aliviado, Anderton miró a su alrededor. Nadie estaba dedicándole la menor atención, los clientes de la tienda merodeaban alrededor de las mercancías en su rutina diaria.

—¿Puede usted hablar? —preguntó—. ¿O hay algo cerca que se lo impide?

Se produjo un momento de silencio. Tuvo la certeza de estar viendo al propio Page luchar con la incertidumbre de lo que tenía que hacer en aquel momento. Por fin, llegó la respuesta:

—¿Por qué... me llama usted aquí?

Ignorando la pregunta, Anderton continuó:

—No reconocí la voz del recepcionista. ¿Hay nuevo personal?

—Sí, de nueva marca —repuso Page con voz ahogada—. Tenemos un gran maremágnum estos días.

—Así lo tengo entendido —repuso Anderton—. ¿Y su trabajo? ¿Continúa todavía en pie?

—Espere un momento. —El receptor fue puesto de forma que unos pasos que se aproximaban llegasen claramente a oídos de Anderton. Fueron seguidos por el ruido de una puerta que se cerraba. Page volvió al teléfono—. Ahora podemos hablar mejor. Dígame.

—¿Cuánto mejor?

—No mucho. ¿Dónde está usted?

—Paseando por Central Park —repuso Anderton—. Disfrutando de la luz del sol. —Por lo que había supuesto, Page había ido a asegurarse de que la conversación se registraba en cinta magnetofónica. En aquel momento, con toda seguridad, una patrulla aérea estaría ya en su busca. Pero no tenía más remedio que aprovechar aquella oportunidad—. Ahora trabajo en un nuevo oficio. Soy electricista.

—¿Ah, sí? —repuso Page asombrado.

—Pensé que tendría usted algún trabajo para mí. Si puede usted arreglarlo, podría dejarme caer por ahí y examinar el equipo básico

de computación. Especialmente los datos y los bancos analíticos del bloque de los «monos».

Tras una pausa, Page contestó:

—Pues… creo que podría arreglarse, si es tan importante para usted.

—Lo es —le aseguró Anderton—. ¿Cuándo sería mejor para usted?

—Bien —contestó Page como luchando consigo mismo—. Espero a un equipo de reparaciones que viene a echar un vistazo al equipo de comunicaciones. El comisario en funciones quiere que sea mejorado, para que pueda operar con mayor rapidez. Podría usted venir entonces.

—Lo haré. ¿Hacia qué hora?

—Digamos a las cuatro de la tarde en punto. Entrada B, nivel 6. Allí… le encontraré a usted.

—Muy bien, gracias —dijo Anderton y comenzó ya a colgar—. Espero que todavía esté usted en su puesto cuando llegue.

Colgó y salió rápidamente de la cabina. Un momento después, se hallaba mezclado con la ingente muchedumbre que atestaba las calles y entró en una cafetería próxima. Nadie podría localizarle allí. Tenía por delante una espera de tres horas y media. Aquello podría ser demasiado tiempo. Sería la espera más larga de toda su vida.

Lo primero que Page le dijo al verlo fue:

—Está usted loco de remate. ¿Por qué diablos ha vuelto?

—No he vuelto por mucho tiempo.

Con cuidado, Anderton comenzó a deambular alrededor del bloque de los «monos» cerrando sistema automáticamente una puerta tras otra.

—No deje que entre nadie. No puedo correr ningún riesgo inútil.

—Tendría usted que haberse marchado cuando consiguió escapar —le dijo Page, siguiéndole con el rostro descompuesto y alterado—. Witwer ha revuelto el cielo y la tierra y ha conseguido que todo el país esté sobre su pista como un lobo rabioso.

Ignorándole, Anderton abrió el control principal del banco de la maquinaria analítica.

—¿Cuál de los tres «monos» dio el informe de la minoría?

—No me pregunte a mí… Yo me marcho.

Page pasó junto a él, se detuvo un instante y se marchó cerrando la puerta de la habitación. Anderton se quedó solo.

El de en medio. Lo conocía bien. Era el de figura de enano que permanecía sentado entre cables y conexiones desde hacía quince

años. Al aproximarse Anderton, ni siquiera levantó los ojos. Con la vista ausente contemplaba un mundo que no existía, ajeno a la realidad física que yacía a su alrededor.

«Jerry» tenía veinticuatro años. Originalmente había sido clasificado como un idiota hidrocefálico pero cuando llegó a los seis años de edad los análisis psicológicos determinaron su talento premonitor, enterrado bajo los tejidos alterados de sus circunvoluciones cerebrales. Llevado a la escuela especial de entrenamiento del Gobierno, su talento latente había sido ampliamente cultivado. A los nueve años, su talento premonitor había alcanzado un nivel utilizable. «Jerry», sin embargo, continuaba yaciendo en el caos sin meta de su idiotez congénita, su especial facultad premonitora había absorbido el resto de su personalidad.

Agachándose, Anderton comenzó a desarmar los escudos protectores que guardaban las cintas grabadas y almacenadas en la maquinaria analítica. Utilizando esquemas, fue siguiendo la pista de los diferentes circuitos de los ordenadores a los que «Jerry» y su equipo estaban conectados. Consultando el plano, a los pocos instantes estuvo en condiciones de seleccionar la sección del registro que se refería a su ficha en particular.

En sus proximidades, había montado un aparato magnetofónico. Conteniendo la respiración, insertó la cinta, activó la máquina y escuchó. Sólo le llevó un instante. Desde la primera declaración del informe, resultó claro lo ocurrido. Tenía lo que deseaba, podía dejar ya de buscar.

La visión de «Jerry» estaba desenfocada, desfasada. A causa de la naturaleza errática de la premonición, estaba examinando un área de tiempo ligeramente diferente de la de sus compañeros. Para él el informe de que Anderton cometería un asesinato era un suceso para ser integrado con todos los demás. Aquella afirmación —y la reacción de Anderton— era un dato más.

Sin duda alguna, el informe de «Jerry» reemplazaba al informe de la mayoría. Habiendo sido informado de que cometería un crimen, Anderton habría cambiado de parecer y no lo habría hecho. La previsión del crimen había evitado su comisión. La profilaxis había ocurrido simplemente al haber sido informado. Y se había creado un nuevo sendero del tiempo.

Temblando, Anderton volvió a rebobinar la cinta y pulsó el botón correspondiente. A gran velocidad, obtuvo una copia del informe. Allí tenía la prueba de que la ficha no era válida. Todo lo

que tenía que hacer era mostrárselo a Witwer…

Su propia estupidez le dejó helado. Sin duda alguna, Witwer había visto el informe y a pesar de ello, había asumido el papel de comisario y dado órdenes a la policía. Witwer no se volvería atrás y le tendría sin cuidado la inocencia de Anderton.

Entonces, ¿qué podía hacer? ¿Quién más podía estar interesado?

—¡Estúpido loco! —gritó con ansiedad una voz a su espalda.

Se volvió rápidamente. Su esposa permanecía de pie en una de las puertas, vestida con su uniforme de la policía y reflejando en los ojos una frenética desesperación.

—No te preocupes —repuso él brevemente—. Me voy ya.

Con el rostro distorsionado, Lisa se precipitó tras él

—Page me dijo que estabas aquí pero no podía creerlo. No debió haberte dejado entrar. ¿Es que no comprendes quién eres?,

—¿Quién soy? —preguntó cáusticamente Anderton—. Antes de responder sería mejor que escucharas este registro.

—¡No quiero escucharlo! ¡Quiero que te marches de aquí! Ed Witwer sabe que alguien anda por aquí. Page está tratando de mantenerlo ocupado... —Ella se interrumpió, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Está aquí! Forzará la entrada para llegar hasta aquí.

—¿No has logrado ninguna influencia? Vamos, sé graciosa y encantadora. Probablemente se olvide de mí.

Lisa le miró con un amargo reproche.

—Hay una nave aparcada en el techo del edificio. Si quieres marcharte lejos... —Su voz se entrecortó y quedó en silencio. Después, añadió —Yo me marcharé dentro de un minuto. Si quieres venir…

—Iré —dijo Anderton

No tenía otra elección. Se había asegurado aquel registro, su prueba; pero no había pensado en la forma de salir de allí. Contento, corrió tras la esbelta figura de su mujer, sorteando todos los obstáculos del bloque de los monos y después hacia una puerta y un corredor.

—Es una nave muy rápida —le dijo ella por encima del hombro —. Está provista de combustible para casos de emergencia… dispuesta a salir en el acto. Yo iba a supervisar algunos de los equipos.

Tras el volante del crucero ultrarrápido de la policía, Anderton resumió el contenido del informe de la minoría obtenido. Lisa escuchó sin hacer comentarios, con las facciones contraídas y las

manos nerviosamente enlazadas en la falda. Bajo la nave discurría el terreno destruido por la guerra, en un vasto panorama de ruinas y desastre. Un espantoso paisaje lleno de cráteres, como un mapa lunar, moteado de tanto en tanto por algunas pequeñas granjas y fábricas.

—Me gustaría saber —dijo Lisa, cuando su marido hubo terminado— cuántas veces habrá ocurrido esto antes.

—¿Un informe de la minoría? Muchísimas veces.

—Quiero decir, que uno de esos premonitores se haya desfasado. Usando el informe de los otros como datos..., y reemplazándolo. —Sus ojos se oscurecieron y añadió —Tal vez una enorme cantidad de personas de las que se encuentran en los campos de detención, están en tus mismas condiciones.

—No —insistió Anderton. Pero ya comenzaba a sentirse incómodo ante tal pensamiento—. Yo estaba en condiciones de ver la ficha, y poder leer el informe. Eso es lo que hice.

—Pero... —y Lisa hizo un gesto significativo—. Tal vez todos ellos habrían reaccionado de la misma forma. Podríamos haberles dicho a todos ellos la verdad.

—Habría sido un riesgo demasiado grande —repuso Anderton con testarudez.

Lisa soltó una nerviosa carcajada.

—¿Riesgo? ¿Oportunidad? ¿Incertidumbre? ¿Con los premonitores a mano?

Anderton se concentró en la conducción de la nave.

—Este es un caso único —repitió—. Y tenemos ahora un problema inmediato. Ya discutiremos los aspectos teóricos más tarde. He de llevar este registro a las personas idóneas antes de que tu brillante amigo pueda demolerlo.

—¿Quieres hablar de eso a Kaplan?

—Ciertamente que voy a hacerlo. —Y dio unas palmadas sobre el registro que yacía en el asiento entre ambos—. Estará muy interesado. Es la prueba de que su vida no está en peligro y eso debe tener una importancia vital para él.

Lisa sacó los cigarrillos del bolso.

—Y supones que querrá ayudarte...

—Puede que lo haga... o tal vez no. Es un riesgo que vale la pena correr.

—¿Cómo te las arreglaste para desaparecer tan pronto? Un disfraz tan completo y efectivo es difícil de obtener.

—Con dinero se consigue todo —repuso Anderton evasivamente.

Mientras fumaba, Lisa insistió:

—Probablemente Kaplan te protegerá… Es muy influyente.

—Yo creí que sólo era un general retirado.

—Técnicamente, eso es lo que es. Pero Witwer se hizo con su expediente. Kaplan encabeza una extraña organización de veteranos. Actualmente, es como una especie de club, con un número restringido de miembros. Altos oficiales solamente… de varias nacionalidades, procedentes de ambos bandos de la guerra. Aquí en Nueva York mantienen una sede en una gran mansión, disponen de tres publicaciones y ocasionalmente de emisiones de televisión, todo lo cual les cuesta una pequeña fortuna.

—¿Qué es lo que intentas decir?

—Sólo esto. Me has convencido de que eres inocente. Es decir, resulta obvio que no cometerás ningún asesinato. Pero tienes que darte cuenta ahora de que el informe original, el informe de la mayoría no era una falsedad. Nadie lo falsificó. Ed Witwer no lo creó. No existe complot alguno contra ti y nunca lo hubo. Si aceptas ese informe de la minoría como genuino, habrás aceptado también el de la mayoría.

—Pues… supongo que sí —admitió Anderton de mala gana.

—Ed Witwer —continuó Lisa— está actuando con una completa buena fe. Él cree realmente que tú eres un criminal en potencia… ¿y por qué no? Tiene sobre la mesa de su despacho el informe de la mayoría y tú tienes la ficha en tu cartera.

—La destruí —repuso Anderton con calma.

Lisa se inclinó sobre su marido.

—Ed Witwer no ha actuado con la intención de ocupar tu puesto —dijo—. Ha actuado con la misma buena fe con que siempre actuaste tú. Él cree en el sistema Precrimen. Y desea que continúe. He hablado con él y estoy convencida de que dice la verdad.

—¿Querrás entonces llevar este registro magnetofónico a Witwer? —preguntó Anderton—. Si lo hiciera yo… lo destruiría.

—No tiene sentido, eso es absurdo —replicó Lisa—. Los originales han estado en sus manos desde el principio. Pudo haberlos destruido en cualquier momento en que lo hubiera deseado.

—Sí, eso es cierto —admitió Anderton—. Es muy posible que no lo supiera.

—Por supuesto. Fíjate en esto. Si Kaplan consigue hacerse con ese registro, la policía se desacreditará. ¿No puedes ver por qué? Si tú demuestras que el informe de la mayoría fue un error, el sistema está acabado. Tienes que continuar así… si queremos que el sistema Precrimen sobreviva. Tú sólo piensas en tu propia seguridad. Pero

piensa por un momento sobre del sistema en sí ¿Qué significa más para ti, tu propia seguridad personal o la existencia del sistema?

—Mi seguridad —repuso Anderton, sin vacilar lo más mínimo.

—¿Estás seguro?

—Si el sistema ha de sobrevivir encerrando a gente inocente, entonces merece ser destruido. Mi seguridad personal es importante porque yo soy un ser humano. Y además...

Del fondo del bolso Lisa sacó rápidamente una pistola...

—Tengo —le dijo a su marido huraña— en este momento el dedo puesto en el gatillo. Jamás he usado un arma antes de ahora. Pero tendré que hacerlo si te opones.

Tras una pausa, Anderton preguntó:

—¿Quieres que dé la vuelta al aparato? ¿Es eso lo que pretendes?

—Sí, hacia el edificio de la policía. Lo siento. Si pones tu propio egoísmo por encima del interés general y todo lo bueno del sistema…

—Guárdate el sermón —repuso Anderton— Volveré. Pero no voy a oír la defensa de un código de conducta que ningún hombre inteligente estaría dispuesto a suscribir.

Los labios de Lisa se contrajeron en una delgada línea. Sosteniendo la pistola frente a él, no le quitaba la vista de encima. Unos cuantos objetos de la guantera del aparato cayeron esparciéndose en el fondo de la cabina al dar la nave una vuelta en redondo para volver a la ciudad. Tanto Anderton como su mujer iban sujetos por los cinturones de seguridad. Pero no así el tercer miembro de la tripulación.

De reojo Anderton vio un cierto movimiento a su espalda. Un ruido le llegó simultáneamente, el choque de un hombretón que había perdido instantáneamente su equilibrio y chocaba contra la pared metálica del aparato. Lo que siguió, ocurrió rápidamente. Fleming se incorporó con una increíble rapidez, desarmando en un abrir y cerrar de ojos a Lisa. Anderton se hallaba demasiado asombrado para reaccionar. Lisa se volvió... vio a aquel hombre y soltó un chillido histérico. La pistola le fue arrebatada de un zarpazo, y empuñada por el desconocido viajero.

—Lo siento —dijo Fleming—. Pensé que iba a hablar más. Eso es lo que yo esperaba.

—Entonces, estaba usted aquí cuando... —comenzó a decir Anderton, y se detuvo.

Fleming y sus hombres le habían vigilado estrechamente. La existencia de la nave de Lisa habla sido anotada a su debido tiempo

y tomada en cuenta y cuando Lisa se debatía con su marido entre marcharse o no para ponerse a seguro, Fleming había saltado al departamento posterior de la nave aérea.

—Tal vez sea mejor que me entregue usted ese registro —dijo Fleming, mientras que lo tomaba en sus enormes manos—. Tiene usted razón, Witwer lo habría reducido a cenizas

—¿Entonces, Kaplan...?

—Kaplan está trabajando directamente con Witwer. Por eso su nombre aparece en la quinta línea de la ficha. Cuál sea el verdadero jefe actualmente es algo que ignoro. Posiblemente ninguno de los dos. —Fleming tiró la pistola a un lado y sacó su pesada arma del Ejército—. Hizo usted una completa tontería al salir con su mujer. Ya le dije que ella también se hallaba tras todo este asunto.

—No puedo creerlo —murmuró Anderton perplejo—. Si ella...

—No lo comprende bien. Esta nave se dispuso por orden de Witwer. Ellos deseaban que se marchase usted lejos del edificio para que nosotros no pudiéramos dar con su paradero. Con usted lejos, separado de nosotros, no habría tenido la menor oportunidad.

Una extraña mirada brilló en los ojos de Lisa.

—Eso es incierto —farfulló—. Witwer jamás vio este aparato. Yo iba a supervisar...

—Casi consigue usted huir con él —interrumpió Fleming inexorable—. Tendremos mucha suerte si las patrullas de la policía no se nos vienen encima. No hubo tiempo de comprobarlo. —Y se agachó directamente frente al asiento de Lisa—. Lo primero que debemos hacer es deshacernos de esta mujer. Page ha dado cuenta a Witwer de su nuevo disfraz y los detalles habrán sido radiados en todas direcciones.

Todavía agachado, Fleming agarró a Lisa. Arrojando su arma a Anderton, la cogió por la garganta. Horrorizada, Lisa intentó arañarle frenéticamente. Ignorándola, Fleming cerró sus manazas sobre el delicado cuello de la mujer, comenzando a ahogarla poco a poco.

—No habrá heridas de bala —explicó jadeante—. Tendrá que parecer... un accidente. Eso suele ocurrir a menudo. Pero en este caso, habrá que romperle el cuello primero.

Pareció extraño que Anderton hubiera esperado tanto. Pero conforme se hundían las manos de Fleming cruelmente en la suave piel de su mujer, Anderton cogió la pesada pistola por el cañón y asestó un golpe seco en el cráneo de Fleming por detrás de la oreja. Las monstruosas manos de Fleming se aflojaron. Abatido fulminantemente, la cabeza de Fleming cayó y todo su cuerpo chocó

contra la pared de la cabina. Trató aún de recuperarse, pero Anderton volvió a golpearle y esta vez se desplomó como un fardo.

Jadeando fatigosamente por recobrar el aliento Lisa permaneció un momento inclinada, con el cuerpo estremecido. Después, gradualmente, el color volvió a su rostro

—¿Puedes hacerte cargo de los controles? —preguntó Anderton, sacudiéndola.

—Sí... creo que sí. —Casi mecánicamente se puso al volante—. Creo que lo haré bien. No te preocupes por mí.

—La pistola es un arma de reglamento del Ejército —comentó Anderton—. Pero no procede de la guerra. Es un último modelo. Creo que tenemos una oportunidad...

Saltó hacia la parte trasera del aparato donde Fleming yacía extendido por el suelo de la cabina. Sin tocar la cabeza del caído, le desabrochó la ropa y comenzó a registrarle todos los bolsillos. Un momento más tarde, la cartera manchada de sudor de Fleming estaba en sus manos.

Tod Fleming, de acuerdo con su identificación, era un mayor del Ejército agregado al Departamento de Inteligencia Militar. Entre varios otros, aparecía un documento firmado por el general Kaplan, estableciendo que Fleming se hallaba bajo la especial protección de su propio grupo, la Liga Internacional de Veteranos.

Fleming y sus hombres actuaban a las órdenes del general Leopold Kaplan. El camión cargado de pan, el accidente, todo había sido deliberadamente preparado.

Aquello significaba que Kaplan le había sustraído deliberadamente de las manos de la policía. El plan arrancaba desde el primer contacto en su propia residencia, cuando Kaplan le mandó capturar y le encontró preparando su equipaje. Con cierta incredulidad, Anderton comprendió lo que realmente había sucedido. Desde el principio, todo había sido una estrategia elaborada para tener la seguridad de que Witwer fracasaría en su intento de arrestarle.

—Ahora veo que me estabas diciendo la verdad —dijo Anderton a su esposa, al volver al asiento delantero—. ¿Podremos hablar con Witwer?

Ella hizo un gesto afirmativo, indicando el circuito de comunicaciones del tablero.

—¿Qué... encontraste?

—A ver si conseguimos ver a Witwer. Quiero hablar con él tan pronto como pueda. Es muy urgente.

Lisa marcó rápidamente la llamada en el dial, por el canal privado de la policía y del Cuartel General de Nueva York. Al momento se iluminó la pequeña pantalla y las facciones de Ed Witwer aparecieron en ella.

—¿Se acuerda de mí? —le preguntó Anderton.

Witwer se quedó mudo de asombro.

—¡Buen Dios! ¿Qué ha ocurrido? Lisa, ¿le trae usted misma? —Enseguida se fijó en el arma que sostenía en sus manos y su rostro se endureció. —Mire —gritó furioso— ¡No vaya a hacerle daño! Sea lo que sea lo que usted piensa, ella no es responsable de nada.

—He descubierto algo importante —le contestó Anderton—. ¿Puede ayudarnos? Es posible que necesitemos ayuda a nuestro regreso.

—¿Regreso? —dijo Witwer mirándole sin dar crédito a lo que oía—. ¿Es que viene usted aquí tal vez? ¿Viene a entregarse por sí mismo?

—Así es, en efecto. —Y hablando rápidamente, Anderton añadió — Hay algo que tiene usted que hacer inmediatamente. Cierre absolutamente el bloque de los «monos». Tenga la certeza de que nadie entra, ni Page, ni nadie. Especialmente gente del Ejercito.

—Kaplan —repuso la imagen en miniatura.

—¿Qué pasa con él?

—Estuvo aquí. Acaba… de marcharse.

Anderton creyó que se le detenía el corazón.

—¿Qué estuvo haciendo?

—Recogiendo datos. Transcribiendo duplicados de los premonitores sobre usted. Insistió en que lo necesitaba solamente para su propia protección.

—Entonces ya lo tiene —dijo Anderton—. Es demasiado tarde.

Alarmado, Witwer casi gritó:

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Qué está ocurriendo?

—Se lo diré a usted, cuando esté de vuelta en mi oficina.

Witwer salió a su encuentro en el tejado del edificio de la Policía. Mientras la pequeña nave tomaba contacto con la terraza, una escolta de policías mantenía una estrecha vigilancia. Anderton se aproximó inmediatamente al joven de cabellos rubios.

—Ya tiene lo que deseaba —le dijo—. Ahora puede encerrarme y enviarme a un campo de detención. Pero creo que no será suficiente.

Los pálidos ojos de Witwer parpadearon con incertidumbre.

—Me temo que no comprendo.

—Es culpa mía. Nunca debí abandonar el edificio de la Policía. ¿Dónde está Wally Page?

Ya le echamos el guante y está a buen recaudo —replicó Witwer —. No nos molestará más.

—Le ha detenido usted por una razón equivocada. Permitirme entrar en el bloque de los «monos» no era ningún crimen. Pero pasar información al Ejército, sí que lo es. Ha tenido usted a todo un regimiento trabajando para el Ejército. —Y se corrigió a sí mismo, añadiendo —Es decir, lo he tenido.

—He retirado la orden de captura hacia usted. Ahora los equipos están tras Kaplan.

—¿Alguna suerte hasta ahora?

—Se marchó de aquí en un camión blindado del Ejército. Le seguimos, pero el camión entró en unos barracones militarizados. Ahora tienen una gran cantidad de tanques gigantes R3 del tiempo de la guerra bloqueando la calle. Será toda una guerra civil el poder abrirse paso.

Con lentitud y vacilante, Lisa salió del aparato. Aún aparecía pálida y estremecida, mostrando claramente las señales de violencia de Fleming en la garganta.

—¿Qué le ha ocurrido a usted, Lisa? —le preguntó Witwer. Y enseguida advirtió la silenciosa e inerte figura de Fleming en el interior—. Bien, ahora supongo que ya habrá dejado de creer que yo conspiraba contra usted —concluyó mirando fijamente a Anderton.

—Sí.

—No pensará usted que yo… he intrigado para arrebatarle el puesto.

—Seguro que sí. Todo el mundo es culpable en este asunto. Y yo estoy conspirando para evitarlo. Pero hay algo más… de lo que usted no es responsable.

—¿Por qué afirmaba usted que era demasiado tarde al volver para entregarse? Dios mío, tendremos que confinarle en un campo. La semana pasará y Kaplan todavía estará vivo.

—Estará vivo, sí —concedió Anderton—. Pero puede probar que estaría vivo aun si yo estuviera paseando por las calles libremente. Tiene la información que demuestra que el informe de la mayoría no es válido. Puede destruir el sistema Precrimen. Sí, con las dos caras de la moneda, cara o cruz, él gana… y nosotros perdemos. El Ejército nos desacredita, y su estrategia sale triunfante.

—Pero, ¿por qué arriesgan tanto? ¿Qué es exactamente lo que quieren?

—Después de la guerra anglochina, el Ejército perdió mucha de su autoridad. Ya no era lo que fue en los días de la Alianza del Bloque Occidental, en que lo gobernaban todo, tanto los asuntos militares como los domésticos. Y tenían su propia policía.

—Como Fleming —murmuró Lisa.

—Terminada la guerra, el Bloque Occidental fue desmilitarizado. Los altos oficiales como Kaplan, fueron retirados y apartados del mando. Y a nadie le gusta eso. —Anderton hizo un gesto—. Yo puedo simpatizar con él a ese respecto. No ha sido el único.

—Dice usted que Kaplan ha vencido —dijo entonces Witwer—. ¿Hay algo que pueda hacerse?

—No voy a matarle. Nosotros lo sabemos y él también lo sabe. Probablemente vendrá hacia nosotros con algún arreglo especial. Continuaremos en nuestras funciones pero el Senado abolirá nuestra base real de apoyo. No creo que le gustase, ¿verdad?

—Pues yo diría que no, francamente —repuso Witwer—. Uno de estos días estaré a la cabeza de esta agencia. —Y se sonrojo un tanto —. No inmediatamente, por supuesto.

La expresión de Anderton se tornó sombría.

—Es una lástima que publicase usted a los cuatro vientos el informe de la mayoría. Si hubiera permanecido callado, lo hubiéramos retirado con cuidado. Pero todo el mundo lo sabe ahora. No podemos retractarnos ya.

—Supongo que no —contestó Witwer—. Tal vez yo... no realicé este trabajo tan bien como suponía

—Lo hará, con el tiempo. Será usted un gran oficial de la Policía. Usted tiene confianza en la bondad del sistema, pero tendrá que aprender a tomar las cosas con calma Anderton se apartó entonces de su interlocutor—. Voy a estudiar los datos de los registros del informe de la mayoría. Quiero descubrir exactamente de qué forma tenía que matar a Kaplan. Eso puede proporcionarme ideas interesantes.

Los datos de los registros del premonitor «Dona» y del premonitor «Mike» estaban separadamente archivados. Operando en la maquinaria responsable de los análisis de «Dona», abrió el escudo protector y extrajo el contenido. Como antes, el código le informó de que los registros eran importantes y en un momento, lo pasó por la copiadora.

Resultó aproximadamente lo que había sospechado. Aquél era el material utilizado por «Jerry», el desfasado, para hacer su propia premonición.

En él, los agentes de la Inteligencia Militar de Kaplan raptaban a

Anderton de su domicilio. Llevado a la villa de Kaplan, donde estaba el Cuartel General de la Liga Internacional de Veteranos, a Anderton se le daba un ultimátum: o desmontar voluntariamente todo el sistema Precrimen o encararse con la hostilidad del Ejercito.

En aquella descartada línea del tiempo, Anderton, como comisario de policía, había acudido al Senado en busca de apoyo. Pero no lo había obtenido. Para evitar la guerra civil, el Senado había ratificado el desmembramiento del sistema de policía y decretado un retorno a la Ley Militar para Situaciones de Urgencia». Al mando de un grupo de policías fanáticos, Anderton había localizado a Kaplan y le había disparado lo mismo que a otros altos oficiales componentes de la Liga de Veteranos. Sólo Kaplan había muerto. Los otros habían sido detenidos. Y el golpe había tenido un completo éxito.

Luego, pasó la cinta con el material previsto por «Mike». Ambos debían ser iguales, ambos premonitores se habrían combinado para presentar una imagen unificada de los acontecimientos. «Mike» comenzó por donde «Dona»: Anderton se había dado cuente del complot de Kaplan contra la Policía. Pero algo estaba equivocado. Confuso, rebobinó el registro y lo volvió a pasar de nuevo desde el principio. Incomprensiblemente, algo no marchaba bien. De nuevo rebobinó el registro y escuchó atentamente. El informe de «Mike» era totalmente diferente del de «Dona».

Una hora más tarde había terminado su comprobación, dejó a un lado los registros y abandonó el bloque de los «monos». Tan pronto como salió de allí, le preguntó Witwer:

—Bien, ¿qué es lo que ocurre? Parece que hay algo que va mal.

—No —repuso lentamente Anderton—. No exactamente mal. —Y se encaminó hacia la ventana mirando al exterior.

Las calles estaban abarrotadas de gente. Marchando por el centro de la avenida principal, pasaba una masa de tropas uniformadas de cuatro en fondo, con armas automáticas, cascos; soldados en son de guerra, con sus uniformes de combate portando los estandartes de la Alianza del Bloque Occidental, que flameaban al frío viento de la tarde.

—Un golpe del Ejército —explicó Witwer con voz débil—. Yo estaba equivocado. No van a hacer ningún trato con nosotros. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Kaplan va a hacerlo público.

—¿Va a leer el informe de la minoría? —dijo Anderton sin sorpresa en la voz.

—Aparentemente. Irán a solicitar del Senado que seamos desmantelados y tomar nuestra autoridad. Van a afirmar que hemos

estado arrestando a gente inocente, con los procedimientos usuales de la Policía: gobernar con el terror.

—¿Y supone usted que el Senado cederá?

—No quisiera suponerlo.

—Pues yo sí. Lo harán. Lo que estoy viendo concuerda con lo que me había imaginado, con lo que he sabido. Estamos metidos en una trampa y sólo hay una dirección que tomar. Tanto si nos gusta como si no, tendremos que hacerlo. —Y sus ojos relampaguearon vivamente.

Witwer se sintió sobrecogido por una repentina aprensión.

—¿Hacer qué?

—Una vez que se lo diga, se preguntará que por qué no se le ocurrió a usted. Sencillamente, voy a matar a Kaplan. Es la única salida que nos queda para evitar que nos desacredite.

—Pero... —balbuceó Witwer— el informe de la mayoría ha sido reemplazado.

—Yo puedo hacerlo —le informó Anderton. ¿Está usted familiarizado con las leyes que tratan del asesinato en primer grado?

—Cadena perpetua.

—Por lo menos. Probablemente, usted podrá influir y conmutarla por el exilio. Yo sería enviado a uno de los planetas alejados de las colonias, a la buena y vieja frontera.

—¿Y prefiere usted eso?

—¡Diablos, no! Pero sería en todo caso, el menor de los males. Y tiene que hacerse. —No veo de qué forma podría usted matar a Kaplan.

Anderton sacó el imponente revólver atómico de Fleming

—Usaré esto.

—¿Y supone que no le detendrán antes?

—¿Por qué tendrían que hacerlo? Ellos tienen el informe de la minoría que dice que yo he cambiado de opinión.

—Entonces, ¿el informe de la minoría es incorrecto?

—No —repuso Anderton—. Es absolutamente correcto. Pero voy a matar a Kaplan de todos modos.

Nunca había matado a ningún hombre. Incluso jamás había visto a un hombre asesinado, aun habiendo sido comisario de policía durante treinta años. Para aquella generación, el asesinato deliberado era algo que no existía en la memoria de las gentes. Sencillamente, es que nunca había ocurrido.

Un coche de la policía le llevó al bloque en que estaba formado

el pelotón del Ejército. Allí, en las sombras, examinó con todo cuidado el funcionamiento de su arma, provista por Fleming sin quererlo. Parecía intacta. Ya no tenía dudas de cuál había de ser su papel y estaba absolutamente seguro de lo que iba a ocurrir dentro de media hora. Se guardó cuidadosamente oculta la pistola y abrió la portezuela del coche.

Nadie le dedicó la menor atención. Imponentes masas de gente cruzaban en todas direcciones, tratando de ponerse cerca para escuchar lo que el Ejército iba a hacer público. Los uniformes del Ejército predominaban en la zona dispuesta al efecto y una línea de tanques desplegados ponía su formidable nota de fuerza en el ambiente.

El Ejército había erigido una plataforma con micrófonos, a la que se subía por unas escaleras. Tras el sitial del locutor, flameaban al viento los orgullosos estandartes de la Alianza del Bloque Occidental con el emblema de los poderes combinados que habían tenido en tiempos de guerra. Por una curiosa deformación del curso del tiempo, la Liga Internacional de Veteranos reunía en su seno a altos oficiales del campo enemigo. Pero un general era un general y las sutiles distinciones se habían desvanecido con el curso de los años.

Ocupando las primeras filas de asientos aparecía el Estado Mayor del mando de la Alianza. Tras ellos, venían los más jóvenes elementos de la organización militar. Las banderas regimentales ondeaban en una gran variedad de colores y símbolos. De hecho, aquello parecía más bien una exhibición festiva. Rodeados por un cordón de policías, más a distancia, aparecían muchos de paisano, manteniendo el orden, aunque más bien como informadores. Si el orden tenía que ser mantenido, sería el Ejército el que se ocuparía de hacerlo.

Un murmullo atronador rodeó por todas partes a Anderton mientras se esforzaba por introducirse entre la densa muchedumbre. Un vivo sentimiento de anticipación le mantenía rígido y tenso, a punto de explotar. La multitud parecía presentir que algo muy importante iba a suceder. Con grandes dificultades, Anderton fue pasando una fila tras otra hasta llegar a la parte delantera donde se hallaban sentados los altos oficiales de la Liga.

Kaplan estaba entre ellos. Pero, ahora, era de verdad el general Kaplan. El traje, el reloj de oro de bolsillo, el bastón de plata, sus ropas de estilo conservador… todo había desaparecido. Para la ocasión, Kaplan se había vestido con su antiguo uniforme de los días de gloria y de poder. Rígido e impresionante, estaba rodeado

por todos aquellos otros generales que formaban su Estado Mayor. Sobre su uniforme brillaban un sinnúmero de condecoraciones y las estrellas de su rango. Sus botas relucían como espejos y llevaba al cinto su decorativa espada corta, y sobre la cabeza su gorra de dorada visera.

Dándose cuenta de la presencia de Anderton, el general Kaplan se apartó del grupo de generales y se dirigió hacia él. Su expresión denotaba cuán alegremente agradecía allí la presencia del comisario de policía.

—Esto es una grata sorpresa —dijo saludándole y estrechándole la mano—. Tenía la impresión de que había sido arrestado por el comisario en funciones.

—Todavía estoy fuera de su alcance —comentó Anderton, indicando el paquete que le había sido entregado por Fleming la noche del accidente.

A despecho de sus nervios, el general Kaplan parecía de buen humor.

—Esta es una gran ocasión para el Ejército —le dijo—. Creo que le agradará oír lo que voy a manifestar en público, al relatar los espurios cargos esgrimidos contra usted.

—Me parece magnífico —repuso Anderton.

—Quedará bien claramente establecido que fue usted injustamente acusado —continuó Kaplan, repitiendo lo que ya sabía Anderton—. ¿Tuvo Fleming la oportunidad de explicarle la situación?

—Hasta cierto punto. ¿Va usted a dar lectura al informe de la minoría?

—Voy a compararlo con el de la mayoría —repuso Kaplan, haciendo una señal a un ayudante que se aproximó en el acto con una cartera—. Todo está aquí… toda la evidencia que necesitábamos. ¿No le importará a usted servir de ejemplo, verdad? Su caso simboliza los arrestos injustos de incontables individuos. —con cierto nerviosismo, Kaplan se miró al reloj de pulsera—. He de empezar ya. ¿Quiere venir conmigo a la plataforma?

—¿Por qué?

Fríamente, pero con cierta reprimida vehemencia, Kaplan dijo de nuevo

—Así el pueblo puede ver la prueba viviente. Usted y yo juntos… la víctima y el asesino. Permaneciendo uno junto a otro, demostrando la falsedad del sistema, el enorme fraude con que la policía ha estado actuando.

—Bien, con mucho gusto —repuso Anderton—. ¿A qué estamos

esperando?

Desconcertado, el general Kaplan se dirigió hacia la plataforma. De nuevo, miró algo inquieto a Anderton, como preguntándose en el fondo, por qué había aparecido por allí y qué es lo que sabría. Su incertidumbre aumentó al subir a lo alto de la plataforma y colocarse en el podium del locutor.

—¿Comprende usted en su totalidad qué es lo que voy a decir? —le dijo Kaplan—. La exposición de los hechos tendrá unas repercusiones considerables. Hará que el Senado reconsidere la validez básica del sistema Precrimen.

—Lo comprendo —afirmó Anderton con los brazos cruzados—. Adelante.

Un sordo rumor cayó sobre la muchedumbre señalando el silencio. Mientras, Kaplan sacaba de la cartera los papeles y los disponía frente a él.

—El hombre que está a mi lado —comenzó Kaplan— es familiar a todos ustedes. Se hallarán sorprendidos de verle, ya que hasta hace pocas horas la Policía le había señalado como un criminal peligroso.

Los ojos de la multitud se concentraban en Anderton. Ávidamente, escrutaron a aquel hombre denunciado como asesino potencial, ocupando un lugar tan destacado junto a los generales.

—Hace unas pocas horas, sin embargo —continuó Kaplan con voz más fuerte—, la Policía canceló la orden de arresto. ¿Suponen ustedes que ha sido porque el ex comisario Anderton ha querido entregarse por sí mismo? No, eso no es exactamente cierto. Está aquí conmigo. No se ha entregado pero la policía tampoco tiene ya interés en su captura. John Allison Anderton es inocente de todo crimen pasado, presente y futuro y las alegaciones contra él fueron fraudes patentes, diabólicas distorsiones de un falso sistema penal basado en una falsa premisa, corrompido, absurdo y desacreditado, una vasta e impersonal maquinaria de destrucción que conduce a hombres y mujeres hacia la condenación.

Fascinada, la multitud miraba alternativamente a Kaplan y a Anderton. Todos estaban familiarizados con la situación básica.

—Muchos hombres —continuó Kaplan —han sido detenidos y encarcelados bajo la estructura del sistema llamado Precrimen, acusados no de crímenes cometidos, sino de crímenes que habrían de cometer. Y se aseguraba como dogma de fe que esos hombres, si se les permitía vivir en libertad, cometerían en el futuro las felonías predichas. Pero es mentira que exista ningún conocimiento cierto del futuro. Tan pronto como se obtiene cualquier información

premonitora, queda cancelada por sí misma. La afirmación de que este hombre iba a cometer un crimen, es una pura paradoja. El simple hecho de poseer él mismo los datos, lo hace totalmente falso. En cualquier caso, sin excepción, el informe de los tres premonitores ha invalidado sus propios datos. Si no se hubiesen hecho esos arrestos, es seguro que no se habría cometido ningún delito.

Anderton escuchaba ociosamente aquella sarta de argumentos, dedicando apenas atención al discurso del viejo general. La muchedumbre, no obstante, estaba atenta con el mayor interés. El general Kaplan continuó haciendo un resumen del informe de la minoría, explicando en qué consistía y de qué forma se había obtenido.

Del interior de la chaqueta Anderton sacó la pistola y la empuñó firmemente. Kaplan estaba ya terminando con el material recogido de «Jerry». Con sus delgados dedos, iba a tomar los informes de «Dona» y después de «Mike».

—Este fue el informe de la mayoría —explicó—. La afirmación, hecha por el primero de los dos premonitores de que Anderton cometería un asesinato. Y ahora voy a mostrar a ustedes el material automáticamente invalidado. —se detuvo un instante, se afirmó las lentes sobre la nariz y comenzó lentamente a leer los informes.

Una extraña expresión apareció repentinamente en su rostro. Se detuvo, vaciló y dejó caer los papeles de la mano. Como un animal acorralado, dio media vuelta, se agachó y quiso apartarse del lugar del locutor.

Por un instante, Anderton observó su faz distorsionada. Levantó el arma, dio rápidamente unos pasos hacia adelante e hizo fuego. Los ocupantes de la primera fila se lanzaron súbitamente en socorro de Kaplan, atónitos por lo que estaba sucediendo. Kaplan se estremeció un instante y como un pájaro destrozado, dio vacilante un paso y cayó desde la plataforma hasta el suelo. Kaplan, como afirmaba el informe de la mayoría, estaba muerto. Su delgado pecho era un espantoso agujero humeante, una terrible cavidad llena de cenizas y vísceras quemadas en un cuerpo que aún se retorcía en su agonía.

Anderton, enfermo de angustia, corrió entre las paralizadas filas de los altos oficiales. La pistola que aún sostenía en la mano le garantizaba momentáneamente el paso, entre el terrible desconcierto sembrado en la tribuna. Bajó rápidamente la plataforma y se mezcló entre la gente, demasiado perpleja para darse cuenta de nada. El incidente ocurrido ante sus mismos ojos

resultaba incomprensible. Les llevaría tiempo la comprensión que reemplazaría lo que en aquel momento era solamente un terror ciego.

En la periferia de la multitud, Anderton fue detenido por la policía.

—Tiene suerte de haber escapado —le dijo uno, mientras el coche salía disparado de la zona.

—Supongo que sí —repuso Anderton, remotamente. Se sentó tratando de rehacerse. Estaba tembloroso y agitado. De repente, se inclinó hacia adelante sintiéndose invadido de unas terribles náuseas.

—Pobre diablo —murmuró con simpatía uno de los policías.

A través del vértigo y las náuseas, Anderton fue incapaz de determinar si el comentario del policía iba dirigido a él o a Kaplan.

Cuatro corpulentos policías atendían a Lisa y a John Anderton en sus preparativos de marcha, empaquetando sus enseres y propiedades. En cincuenta años, el ex comisario de policía había acumulado una vasta colección de objetos materiales. Sombrío y pensativo miraba desfilar el equipaje dirigiéndose a los camiones que aguardaban.

Con los camiones, se fueron directamente al aeropuerto... y desde allí irían a Centauro X, por el sistema de transporte interestelar. Un viaje demasiado largo para un hombre ya viejo. Un viaje que jamás tendría regreso posible.

Lisa se preocupó de que cargaran con cuidado todos sus utensilios.

—Supongo que podremos hacer uso de todos estos aparatos electrónicos. Todavía siguen empleando la electricidad en Centauro X.

—Espero que no tengas que preocuparte demasiado —repuso su marido.

—Pronto nos acostumbraremos —replicó Lisa, dirigiéndose una leve sonrisa—. ¿No lo crees, querido?

—Así lo espero. Con toda seguridad no tendrás que lamentarlo. Si yo hubiera pensado…

—Nada de lamentaciones —le aseguró Lisa—. Bien, ayúdame a cargar todo esto.

En el último instante, Witwer llegó en un coche patrulla.

—Antes de que se marche —dijo a Anderton— tendrá que darme una explicación sobre lo ocurrido con los premonitores. El Senado me está pidiendo aclaraciones sobre el particular. Quieren saber si

el informe de la minoría fue un error… o qué ha sido. —Y confusamente concluyó— Todavía no puedo explicármelo. El informe de la minoría estaba equivocado, ¿no es cierto?

—¿Qué informe de la minoría? —preguntó Anderton, divertido.

Witwer parpadeó confuso.

—Vaya, debí habérmelo figurado. Entonces, ahí está la cuestión…

—Hubo tres informes de minoría —dijo Anderton al joven, divirtiéndose con su azoramiento—. Los tres informes fueron consecutivos —siguió explicando—. El primero fue el de «Dona». En aquella línea temporal, Kaplan me dijo lo del complot y según eso, yo lo habría matado inmediatamente. «Jerry» en fase ligeramente por detrás de «Dona», usó su informe como datos. Integró mi conocimiento del informe. En él, en el segundo sendero del tiempo, todo lo que yo deseaba era conservar mi puesto. No era a Kaplan a quien quería matar. Era mi propia posición y mi vida lo único que me interesaba.

—¿Y el informe de «Mike» fue el tercero? ¿Llegó después del informe minoritario? —Y Witwer se corrigió a sí mismo—. Quiero decir, ¿llegó el último?

—Sí, el de Mike» fue el último de los tres. Encarado con el conocimiento del primer informe, yo había decidido no matar a Kaplan. Eso produjo el informe número dos. Pero de cara a ese informe, se produjo la situación que Kaplan deseaba crear. La consecuencia fue recrear la posición número uno. Yo había descubierto lo que Kaplan estaba haciendo. El tercer informe invalidaba el segundo en la misma forma que el segundo invalidaba al primero. Aquello nos llevaba a la posición en que habíamos comenzado.

—Bien, vamos, todo está dispuesto —dijo Lisa jadeante.

—Cada uno de los informes era distinto —concluyó Anderton—. Cada uno de ellos era único. Pero dos de ellos concordaban en un punto. Si se me dejaba en libertad, yo mataría a Kaplan. Eso creaba la ilusión de un informe de la mayoría. Y eso es ahora… una ilusión. «Dona» y «Mike» previeron el mismo acontecimiento pero en dos períodos del tiempo diferentes, ocurriendo bajo situaciones totalmente distintas. «Dona» y «Jerry» se equivocaron y el llamado informe de la minoría se insertó en medio del de la mayoría. De los tres, «Mike» estaba en lo correcto, ya que no se produjo informe después del suyo para invalidarlo. Eso lo resume todo.

Ansiosamente Witwer, en los últimos momentos, mostró una extremada preocupación.

—¿Podría ocurrir eso de nuevo? ¿Deberíamos entonces repasar todo el equipo?

—Puede ocurrir sólo en una circunstancia, explicó Anderton—. Mi caso fue único, puesto que yo tenía acceso a los datos. Podría ocurrir de nuevo pero sólo al próximo comisario de Policía. Por lo tanto, pise con cuidado.

Brevemente se estrecharon las manos por última vez.

—Será mejor que mantenga los ojos bien abiertos —informó al joven Witwer—. Recuerde que podría ocurrirle a usted mismo en cualquier ocasión.

## AUTOFAC

1

La tensión aumentaba en los tres hombres que esperaban. Fumaban, se paseaban de un lado a otro, dando puntapiés a voleo sobre los matorrales y las piedras del camino. Un sol tórrido de mediodía se abatía sobre los campos de color castaño, las filas de casas de plástico y la distante línea de montañas hacia el oeste.

—Ya es tiempo —dijo Earl Perine anundándose sus huesudas manos—. Varía de acuerdo con la carga, en medio segundo por cada libra adicional.

Morrison repuso sombríamente:

—Vamos, déjanos al menos imaginar qué ocurre para ser tarde.

El tercer hombre no dijo nada. O'Neill iba a visitar otro establecimiento, no conocía bien a Perine ni a Morrison para discutir con ellos. En su lugar se acurrucó y se entretuvo en arreglar bien los papeles que llevaba en su cartera. A la brillante luz del sol, los brazos de O'Neill aparecían tostados y recubiertas de vello, relucientes de sudor. Con sus cabellos enmarañados de color ya gris y sus gafas, tenía un aspecto de mayor edad que los otros dos. Vestía pantalón corto, una camisa sport y zapatos de suela de crepé. Entre sus dedos, su estilográfica se movía, metálica y eficiente.

—¿Qué está usted escribiendo? —gruñó Perine.

—Estoy anotando el procedimiento que vamos a emplear —repuso O'Neill con suaves formas—. Es mejor sistematizarlo ahora, en lugar de intentarlo al azar. Queremos conocer lo que intentamos hacer y qué es lo que no funciona. De lo contrario, nos moveremos a ciegas en un círculo cerrado. El problema que tenemos es sólo el de la comunicación, así es como yo lo veo.

—comunicación... —repitió Morrison con su voz profunda—. Sí, no podemos conseguir tomar contacto con esta condenada cosa. Llega, carga y continúa. No hay ni el más mínimo contacto entre nosotros y ella.

—Es una máquina —dijo Perine excitadamente—. Es algo muerto..., ciego y sordo.

—Pero sí que está en contacto con el mundo exterior —recalcó O'Neill—. Tiene que haber alguna forma de conseguirlo. Las señales

específicamente semánticas tienen significado para ella, todos nosotros tenemos que hacer esas señales. Hemos de redescubrirlo, aunque sólo tengamos una decena entre mil millones de posibilidades.

Un lento y sordo rumor interrumpió a los tres hombres. Los tres miraron hacia el camino, alertados. El momento había llegado.

—Aquí viene —dijo Perine—. De acuerdo, sabio amigo, veamos si es capaz de producir el menor cambio en su rutina.

El camión que llegaba era impresionante, macizo, rodando bajo su cargamento cuidadosamente bien sujeto. En muchos aspectos, daba la impresión de un vehículo de transporte operado por seres humanos; pero con una excepción. No tenía cabina de dirección. La superficie horizontal era una estiba de carga y en aquel lugar debería normalmente haber llevado los faros. El radiador era una masa fibrosa y esponjosa de receptores en que se hallaban los aparatos sensoriales de su utilidad móvil.

Apercibido de la presencia de los tres hombres, el camión acortó la marcha y se detuvo, sacó la marcha y puso en acción los frenos de urgencia. Transcurrió un momento mientras los relés funcionaban, y después una porción de la superficie de carga dejó caer una cascada de paquetes sobre el piso de la carretera. Con las mercancías, había caído una hoja con detallado inventario de la descarga.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dijo O'Neill—. Vamos, de prisa, artes de que se vaya de aquí.

Con mano experta, los tres hombres fueron tomando los paquetes y rompiendo los envoltorios. Varios objetos brillaron a la luz del día: un microscopio binocular, una radio portátil, docenas de platos de plástico, diverso equipo sanitario, hojas de afeitar, ropas y alimentos. La mayor parte de la mercancía, como de costumbre, era alimento. Los tres hombres comenzaron sistemáticamente a aplastar las mercancías. En pocos minutos, sólo quedó a su alrededor un verdadero caos de desperdicios.

—Eso es todo —dijo finalmente O'Neill echándose hacia atrás. Y buscó su hoja de comprobación—. Veremos ahora lo que hace.

El camión había comenzado a rodar de nuevo, pero repentinamente se detuvo y dio marcha hacia atrás a donde se encontraban los tres hombres. Sus receptores habían tomado nota de que aquellos hombres habían destrozado la porción dejada caer de la carga. Dio media vuelta en un círculo y volvió de forma que el tablero de recepción cayese frente a ellos. La antena surgió hacia

arriba; había empezado a comunicar con la fábrica. Las instrucciones estaban ya en camino.

Y entonces, un segundo e idéntico movimiento de descarga se produjo como la primera vez.

—Hemos fracasado —dijo Perine al ver que una segunda hoja con el inventario de la parte descargada caía con las mercancías—. Hemos destruido todo eso para nada.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Morrison a O'Neill—. ¿Cuál es la próxima estratagema que se le ocurre?

—Echadme una mano —dijo O'Neill.

Recogió uno de aquellos paquetes y lo depositó en la parte de atrás del camión. Dejándolo en la plataforma, volvió por otro. Los otros dos hicieron lo mismo, hasta volver a depositar la carga en el camión. Cuando el camión comenzó a marchar hacia delante, la última de aquellas cajas se hallaba de nuevo en su lugar.

El camión vaciló. Sus receptores registraron el retorno de la carga. Desde su instalación interior surgió una baja y sostenida nota zumbante.

—Esto puede trastornar su sistema de conducción —comentó O'Neill sudando—. Espero que altere sus operaciones y se vuelva loco.

El camión hizo un movimiento de avance como para continuar. Después dio la vuelta y volvió a dejar la carga sobre la carretera.

—¡Cogedlos, pronto! —gritó O'Neill. Los tres hombres comenzaron frenéticamente a recargar el camión una vez más; pero a medida que las cajas y los paquetes iban cayendo sobre la plataforma, un dispositivo automático iba dejándolos nuevamente caer al suelo.

—Es inútil —dijo Morrison, jadeando—. Es como echar agua en un tamiz.

—Estamos chasqueados —opinó Perine de acuerdo con su compañero—. Como siempre. Nosotros, los humanos, salimos perdiendo siempre. No hay nada que hacer.

El camión pareció mirarles con calma, con sus receptores en blanco e impasibles. Cumplía con su trabajo. La red a escala planetaria de factorías automáticas llevaba a cabo su tarea impuesta hacía cinco años antes, desde los primeros tiempos del Conflicto Total del Globo.

—Bien, ya se va —observó Morrison, desmoralizado. La antena del camión había descendido, se oyó cómo se colocaba la primera para arrancar y soltaba el freno.

—Vamos a intentarlo por última vez —sugirió O'Neill. Tomó uno

de los paquetes y desgarró el envoltorio. De él, sacó un envase de diez galones de leche y le destapó la cubierta.

—Esto es absurdo —protestó Perine. De mala gana, encontró una copa entre los desperdicios y la llenó de leche—. ¡Esto es un juego de chicos!

Los tres bebieron rápidamente de aquella leche. Como estaba planeado, O'Neill fue el primero en retorcer el gesto, tiró la copa y escupió con repugnancia en el suelo.

—¡Qué porquería! —exclamó, indignado.

Los otros dos hicieron lo mismo, acabando por dar con el pie despectivamente al envase de la leche y escupiendo indignados en el suelo. Y miraron acusadoramente al impasible camión.

—¡Esto es un asco! —rugió Morrison.

Curioso, el camión se hizo un poco atrás. Los circuitos electrónicos respondieron a la nueva situación y la antena volvió a surgir hacia arriba como un estandarte.

—Vamos a probar otro —dijo O'Neill, temblando. Conforme el camión aguardaba, tomó un segundo envase de leche y repitió la misma acción, destaparlo y probarla—. ¡Es lo mismo! —gritó al camión—. ¡Es tan mala como la otra!

Del camión surgió un cilindro de metal. El cilindro cayó a los pies de Morrison, que rápidamente lo recogió y lo abrió. En él se leía en letras grandes:

ESTABLECER LA NATURALEZA DEL DEFECTO.

El catálogo inscrito en el rollo comprendía una lista abundante de posibles defectos de la mercancía, con casilleros especiales para cada uno, y donde se rogaba que se trazase una marca mediante el bolígrafo adjunto, en la particular deficiencia del producto.

—¿Qué es lo que marco? —preguntó Morrison—. ¿Contaminada? ¿Bacterial? ¿Agria? ¿Rancia? ¿Incorrectamente etiquetada? ¿Cuajada?

Pensando con rapidez, O'Neill intervino.

—No compruebes ninguno de esos defectos. La factoría, sin duda, está dispuesta automáticamente para rehacerlo inmediatamente y corregirlo. Realizará sus propios análisis y nos ignorará por completo —Y su rostro resplandeció ante una súbita inspiración—. Escribe en ese espacio en blanco que hay al fondo apropiado para «otros datos».

—¿Qué escribo?

—Escribe: El producto está totalmente superfluizado.

—¿Qué palabra es ésa? —preguntó Perine, asombrado y confuso.

—¡Escríbelo! Es más bien un acertijo semántico..., la factoría no estará en condiciones de entenderlo. Quizás de esa forma le echemos a perder todo su trabajo.

Con la pluma de O'Neill, Morrison escribió cuidadosamente que la leche estaba superfluizada. Moviendo la cabeza, enrolló nuevamente el cilindro y lo entregó.

—Creo que lo hemos conseguido. Al fin hemos tomado contacto con esos fantasmas.

—Sí, claro que lo hemos conseguido —dijo O'Neill—. Nunca oí hablar de un producto que estuviera superfluizado.

Cortada sobre la roca en la base de las montañas, yacía la vasta extensión recubierta de metal en forma de cubo, de la factoría de Kansas City. Su superficie estaba corroída por las radiaciones, picoteada y desgarrada de los cinco años de guerra que se habían abatido sobre ella. La mayor parte de la factoría estaba enterrada en el subsuelo bajo las rocas y sólo eran visibles los accesos de la entrada: El camión parecía una mota brillante rodando a gran velocidad hacia la entrada. Al aproximarse a pocas yardas, un mecanismo secreto actuó el acceso y el camión desapareció entre las sombras, cerrándose inmediatamente tras él.

—Y la cuestión importante queda en pie —dijo O'Neill—. Ahora tenemos que persuadirles de que dejen de funcionar de una vez y por todas y que paren definitivamente en su automación.

Judith O'Neill servía café negro a la gente que se aglomeraba en el cuarto de estar. Su marido hablaba, mientras que escuchaban los demás. O'Neill era casi una autoridad en el sistema de automación hasta donde podía serlo en aquellos días de la posguerra.

En su propia zona, en la región de Chicago, Había conseguido hacer saltar la valla de acero protectora de la factoría automática; pero mucho antes de que pudiese llegar hasta el cerebro electrónico que regía la factoría, la planta reconstruyó por sí misma otra valla mucho más inaccesible. Con aquello, al menos, había demostrado que las factorías no eran infalibles.

—El Instituto de Cibernética Aplicada —explicaba O'Neill—, había completado el control sobre toda la red de automación. Pero la guerra tuvo la culpa. Se perdió el conocimiento que nos hubiera sido preciso y, en todo caso, el Instituto fracasó al transmitirnos ese conocimiento, y ahora nos encontramos con que tampoco sabemos

qué hacer exactamente, ni transmitir nuestras ideas. No vemos la forma de indicar a estas factorías automáticas que la guerra ya terminó y que los hombres estamos dispuestos a hacernos cargo de los recursos de producción normalmente, y resumir el control de las operaciones industriales.

—Y entre tanto —intervino Morrison— esa maldita red se expande y consume todos los recursos disponibles.

—Yo tengo la idea —opinó Judith— de que si se le pegara fuerte y profundo se llegaría hasta los túneles. Deben existir minas potentes por todas partes.

—¿Es que esto no va a tener límite? —preguntó nervioso Perine —. ¿Están acaso dispuestas y equipadas para expandirse indefinidamente?

—Cada factoría está limitada a su propia área de operaciones — dijo O'Neill—; pero la red en sí misma, no conoce fronteras. Puede continuar por siempre buscando recursos naturales. El Instituto decidió concederles la máxima prioridad; a nosotros, los humanos, nos dejó en segundo lugar.

—¿Y dejarán algo para nosotros? —quiso conocer Morrison.

—No, a menos que detengamos las operaciones de la red de automación. Ya han agotado media docena de materias primas minerales. Sus equipos de exploración se hallan en el exterior constantemente, desde cada una de las factorías, buscando hasta la más pequeña cantidad útil para llevar a casa.

—¿Qué ocurriría si los túneles de dos factorías se cruzaran unos con otros?

O'Neill se encogió de hombros.

—Normalmente eso no ocurre nunca. Cada factoría tiene su sección especial en nuestro planeta, «su propio trozo de la tarta», como si dijéramos, para su uso exclusivo.

—Pero eso podría ocurrir.

—Bien, son trópicas hacia las materias primas, en tanto exista algo de lo que busca, irán a cazarlo inexorablemente —O'Neill sopesó la. idea con gran cuidado—. Es algo que debemos considerar. Supongo que las cosas cada vez escasean más y...

O'Neill dejó de hablar. Una alta figura entraba en la habitación, y se quedó silenciosa a la entrada, como vigilándolos a todos.

En la penumbra la figura parecía casi humana. Por un instante, O'Neill pensó que se trataría de algún recién llegado al establecimiento. Después, conforme avanzaba comprobó que sólo era un robot tan perfecto que parecía casi humano, un bípedo

funcional con un chasis asombrosamente bien acabado, con todo el conjunto de receptores de datos en la parte correspondiente a la cabeza, y efectores y propiorreceptores montados en un perfecto diseño. Su semejanza a un ser humano probaba la eficiencia de su naturaleza; de aquella máquina prodigiosa nada podía esperarse como imitación a ninguna clase de sentimiento emocional.

El representante de la factoría había llegado.

Comenzó sin preámbulos:

—Yo soy la máquina colectora de datos —comenzó a decir—, capaz de toda clase de comunicación oral. Contengo toda clase de aparatos de omisión y recepción de radio y puedo integrar hechos relevantes en cualquier línea de investigación.

La voz resultaba agradable y confiada. Sin duda alguna, se trataba de una cinta magnetofónica, impresa por algún Instituto Técnico antes de la guerra. Viniendo de aquella figura casi humana, sonaba un tanto grotesca y O'Neill se imaginó vívidamente a un hombre joven muerto ya, cuya voz resonaba en aquellos momentos en la boca mecánica de aquella construcción de acero y conexiones electrónicas.

—Una palabra de advertencia —continuó el robot—. Es totalmente inútil que consideren a este receptor como algo humano y se enzarcen en discusiones para el que no está equipado. Aunque capaz de cumplir diferentes propósitos, no está capacitado para el pensamiento conceptual, sólo puede reunir material ya dispuesto para ello.

Aquella voz optimista calló y surgió una segunda voz. Se parecía algo a la primera; pero sin entonación especial, algo más bien neutral. La máquina estaba utilizando la pauta discursiva del hombre muerto que prestó su voz para ella.

—El análisis de los productos rehusados —estableció el robot—, no muestra elementos extraños y tampoco deterioro apreciable. El producto ha sufrido el continuo control empleado a través de la totalidad de la red de automación:

—Está bien —repuso O'Neill—. Hemos encontrado la leche por debajo de su calidad normal —continuó pesando sus palabras—. No queremos nada con semejante producto. Insistimos en una preparación más cuidadosa.

La máquina respondió inmediatamente:

—El contenido semántico de la palabra superfluizada es extraña por completo a la red de automación. No existe en el vocabulario que tenemos registrado. ¿Pueden ustedes presentar un análisis real de la leche en términos específicos presentes o ausentes?

—No —repuso O'Neill, dándose cuenta de que el juego que llevaba adelante se hacía muy complicado y peligroso—. Superfluizada es una palabra especial que no puede reducirse a constituyentes químicos.

—¿Qué es lo que significa superfluizada? —preguntó la máquina —. ¿Puede usted definirla en términos de símbolos semánticos alternados?

O'Neill vaciló. El representante tenía que dirigirse desde su investigación inicial a regiones más generales y de ser posible hasta el último problema de cerrar la red. Si pudiera infiltrarse por algún punto débil de aquella defensa y conseguir que comenzase una discusión teórica...

—Superfluizada —dijo— significa la condición de un producto que es manufacturado cuando no existe ninguna necesidad de él. E indica que el tirar dichas objetos al suelo, tiene como consecuencia el que no se deseen en absoluto.

La máquina repuso inmediatamente:

—El análisis de la red muestra la necesidad de leche sucedánea pasteurizada en alto grado en toda esta zona. No hay otro recurso que la sustituya; la red de automación controla toda la leche de tipo apropiado para los mamíferos que hay en existencia —Y añadió—. Las instrucciones originales registradas describen a la leche como un elemento esencial para la dieta humana.

O'Neill estaba siendo desbordado, la máquina llevaba la discusión hacia lo específico.

—Hemos decidido —dijo por último, desesperadamente— que no queremos más leche. Preferimos pasarnos sin ella, al menos hasta que hayamos localizado a las vacas.

—Eso es contrario a los registros de la red —objetó la máquina —. No hay vacas. Toda la leche se produce sintéticamente.

—Entonces la produciremos nosotros sintéticamente —interrumpió Morrison impaciente— ¿Por qué no podemos tomar posesión de las máquinas? ¡Dios mío, no somos niños! ¡Estamos en condiciones de poder gobernar nuestras propias vidas!

El representante de la factoría se dirigió hacia la puerta.

—Hasta que llegue el momento en que su comunidad encuentre otros recursos en el aprovisionamiento de leche, la red continuará suministrándola. Los aparatos analíticos y de evaluación permanecerán en esta zona; continuando su trabajo normal y corriente.

Perine exclamó irritado:

—¿Cómo podremos encontrar otros medios de suministro?

¡Ustedes disponen de todo el equipo! ¡Son ustedes los amos de todo! —Y siguiendo tras él, le gritó a quemarropa—: Dicen ustedes que no estamos en condiciones de solucionar las cosas por nuestros propios medios. Y afirman que no somos capaces. ¿Cómo lo sabe usted? ¡No nos dan una sola oportunidad! ¡Nunca la tendremos!

O'Neill estaba petrificado. La máquina salía de la habitación, su mente dirigida en un solo sendero había triunfado.

—Mire —le dijo bloqueándole el paso—, queremos que terminen de fabricar, ¿comprende? Queremos hacernos cargo de las máquinas y resolver nosotros las cuestiones. La guerra ya se terminó. ¡Maldita sea, ustedes ya no nos son útiles para nada más!

El representante de la factoría se detuvo brevemente en la puerta.

—El ciclo imperativo —dijo el robot— no se pondrá en marcha hasta que la producción de la red duplique simplemente la del exterior. Y puesto que eso no ocurre en absoluto, de acuerdo con nuestro continuo análisis, la producción de la red de automación continuará.

Sin previo aviso, Morrison echó mano a un trozo de tubería de acero y la aplastó con un golpe brutal contra el hombro del robot, destrozándole el pecho y su complicada red de sensibles aparatos electrónicos. El bloque de los receptores saltó hecho pedazos, esparciendo trozos de cristal y diminutas partes y piezas mecánicas de ensamblaje de la máquina.

—¡Valiente paradoja! —gritó Morrison—. Un juego de palabras... hace que tengamos que sentirnos derrotados. La Cibernética hecha por hombres triunfando de los hombres... —Y con la misma tubería volvió a golpear salvajemente a la máquina, que recibía los golpes sin la menor protesta—. Nos tienen encerrados en una trampa odiosa. Estamos totalmente desamparados.

La habitación se hallaba en un puro clamor.

—Es la única forma —dijo Perine pasando junto a O'Neill—. Tendremos que destruirles. Se trata de la red o de nosotros, no hay elección posible —Y echando mano a una lámpara, la estrelló contra el «rostro» del robot. La lámpara y el rostro del robot saltaron en pedazos, y Perine continuó golpeándolo y destruyéndolo por todos los medios. En un momento, todo el personal que había en la habitación se había reunido junto a la máquina, haciéndole víctima de su contenido resentimiento. La máquina se desplomó al suelo.

Temblando, O'Neill se apartó de allí. Su esposa le tomó por un

brazo y lo llevó a un extremo de la habitación.

—Esos idiotas... No pueden destruirlo, así sólo conseguirán enseñarles la forma de que construyan más defensas. Están poniendo el problema mucho más difícil y peor de resolver.

Momentos después, entró en la estancia un equipo de reparación procedente de la red de automoción. Expertamente, las unidades mecánicas se apartaron de la unidad-madre y se escurrieron entre los humanos allí vociferantes y excitados. Se deslizaron entre ellos y poco después la inerte carcasa era llevada al interior de la unidad-madre. Recogieron todos los elementos dispersos caídos por el suelo y se los llevaron con el máximo cuidado, incluyendo los trozos de vidrio, plástico, piezas y cables rotos. Un momento más tarde, la unidad partió.

A través de la puerta abierta de la factoría, emergió un representante de la factoría, exacto duplicado del primero. En el vestíbulo, había dos más. El establecimiento humano iba a ser literalmente invadido por todo un cuerpo de representantes robots. Como una horda de hormigas las máquinas móviles colectoras de datos, se habían filtrado a través de la ciudad, hasta que una de ellas, por casualidad, se había presentado a O'Neill.

—La destrucción de las unidades móviles colectoras de datos, sólo va en detrimento de los intereses humanos —informó el representante último a la población reunida—. La producción de materias primas está siendo alarmantemente afectada por un sensible descenso y lo que todavía existe debería ser utilizado en la manufactura de comodidades para el consumidor.

O'Neill y la máquina estaban encarados uno con otro.

—¿Ah, sí? Es muy interesante... Quisiera saber qué es lo que tienen dentro de esa cabeza mecánica y por qué están luchando.

## 2

Los rotores de un helicóptero zumbaron suavemente por sobre la cabeza de O'Neill; ignorándolos se dedicó a otear con cuidado a través de la cabina el suelo que discurría a poca altura bajo el aparato.

Escorias y ruinas por todas partes. La maleza se expandía salvajemente en todas direcciones, formando escondrijos enmarañados donde los insectos hormigueaban. Aquí y allá, colonias enteras de ratas se hacían visibles: toscas formaciones con figura de chozas construidas con huesos y guijarros. La radiación había mutado a las ratas, al igual que a muchos insectos y otros animales. Un poco más allá, O'Neill identificó a una ardilla de tierra perseguida por todo un escuadrón de pájaros. La ardilla esquivó a las aves y en un rápido regate se escondió en un agujero bien disimulado del suelo. Los pájaros se dispersaron, decepcionados.

—¿Y crees que podremos reconstruir esto alguna vez? —le preguntó Morrison—. Sólo de verlo me pone enfermo.

—Todo se hará con el tiempo —afirmó O'Neill—. Asumiendo, por supuesto que dispongamos de utillaje industrial. Tendrá que ser lento, de todos modos. Tendremos que salir alguna vez de los establecimientos en que estamos asentados por ahora.

Hacia la derecha había una colonia humana; personas que como fantasmas se movían entre los escombros y las ruinas de lo que una vez había sido una población de alguna importancia. Se había hecho un claro en unos cuantos acres de terreno plano, donde ya crecían algunos vegetales, y en unos cercados fácilmente observables, se veían gallinas y aves de corral. También comprobó la existencia de algunos caballos errando por el terreno sembrado.

—Habitantes de las ruinas —comentó O'Neill sombríamente—. Demasiado lejos de la red de automación..., sin conexión con ninguna de las factorías.

—Ellos tienen la culpa —repuso Morrison—. Debieron haberse venido a cualquiera de los establecimientos.

—Esa fue su ciudad. Están tratando de hacer lo que consideran que deben hacer..., reconstruirlo todo de nuevo por sí mismos. Ahora sólo están en los comienzos, sin herramientas ni máquinas, simplemente con las manos desnudas y utilizando como clavos

trozos de pedernal. Desgraciadamente será un esfuerzo inútil. Necesitamos máquinas. No podemos reparar las ruinas; hemos de conseguir recomenzar con la producción industrial.

Más allá se extendía una serie de tortuosas colinas, corno ruinas de lo que una vez fue una cadena montañosa. Más allá se extendía el titánico y espantoso cráter producido por una bomba H, medio relleno de limo y agua en descomposición, como una isla, foco de infecciones y enfermedades.

Y más lejos aún..., un hormigueo de constante movimiento.

—Allí —señaló O'Neill, haciendo descender rápidamente el helicóptero—. ¿Podrías decir de qué factoría proceden?

—A mí todos me parecen iguales —murmuró Morrison inclinándose para ver mejor—. Tendremos que esperar a que regresen cuando hayan conseguido su carga.

—Si es que la consiguen —corrigió O'Neill.

La tripulación de la autofactoría en exploración ignoró al helicóptero que zumbaba por sobre sus máquinas, concentrándose únicamente en hacer debidamente su trabajo. Por delante del camión principal, runruneaban dos tractores oruga, saltando sobre las escorias, montones de ruinas y pedruscos hasta desaparecer en una extensión recubierta de cenizas que se esparcían sobre las escorias. Los dos exploradores mecánicos hicieron catas minerales a cierta profundidad, siéndoles visible solamente la antena. Finalmente surgieron a la superficie.

—¿Qué será lo que buscan? —preguntó Morrison.

—Dios sabe —repuso O'Neill mientras hojeaba rápidamente una serie de papeles—. Tendremos que analizar todo esto.

Bajo ellos, la tripulación exploradora de la autofábrica desapareció detrás. El helicóptero pasó sobre una franja desierta de arena en donde no se advertía el menor movimiento. Un boscaje de arbustos y malezas altas se les apareció y lejos, hacia la derecha, una serie de puntos en movimiento.

Una procesión de camiones automáticos de mineral discurría sobre aquella zona y correctamente alineados uno tras otro. O'Neill volvió el helicóptero hacia ellos y pocos minutos más tarde el aparato se cernía sobre la propia mina.

Masas de pesado equipo de minería habían llegado hasta allí. Se observaban las galerías y los pozos de extracción, y próximos a ellos los camiones vacíos esperaban en pacientes hileras. Una pesada columna de camiones cargados se daban prisa en dirección al horizonte, dejando una estela de mineral a su paso. La actividad y

el ruido de las máquinas se cernían sobre toda la zona; allí existía todo un centro industrial en medio de un desierto de cenizas y escorias.

—Aquí es adonde vendrá aquella patrulla exploradora —comentó Morrison, mirando hacia atrás por el camino que habían traído—. ¿Crees que tal vez se confundirán? —Y frunció el ceño—. No, creo que es esperar demasiado de esas condenadas máquinas.

—Creo que probablemente están buscando diferentes sustancias —dijo O'Neill—. Y lo más seguro es que estén normalmente condicionadas para ignorarse unas a otras.

La primera de las máquinas exploradoras llegó a la línea de los camiones del mineral. Se desvió ligeramente y continuó en su búsqueda, y los camiones continuaron viajando en su línea inexorable como si nada hubiese ocurrido.

Decepcionado, Morrison se apartó de la ventanilla del helicóptero y soltó un juramento.

—Es inútil. Es como si cualquiera de ellos no existiera para el otro.

Gradualmente, el equipo de exploración se apartó alejándose de la línea de camiones de mineral, más allá de la zona de operaciones de la mina y sobre una altura del terreno. No se observaba ninguna prisa especial, habían pasado sin reaccionar hacia la presente maquinaria de minería allí instalada a su paso.

—A lo mejor son todas de la misma factoría —aventuró Morrison.

O'Neill apuntó hacia las visibles antenas del equipo mayor de minería.

—sus veletas están orientadas a vectores diferentes, por tanto creo con seguridad que representan a dos factorías distintas. Esto va a ser todo un problema duro de pelar, tenemos que conseguirlo, o no habrá reacción alguna —Operó en el equipo de radio hasta conectar con el equipo del establecimiento humano de donde procedían—. ¿Hay algún resultado?

El operador le puso con las oficinas del establecimiento.

—Están empezando a entrar —respondió Perine—. Tan pronto como consigamos suficientes muestras, trataremos de determinar qué materias primas faltan en cada factoría. Será algo arriesgado al tratar de extrapolar la cuestión sobre productos complejos. Tiene que existir un común básico de elementos para los varios sistemas de fabricación.

—¿Qué ocurrirá cuando hallemos a dos factorías coincidiendo en un material del que ambas se hallan escasas? —preguntó

Morrison a O'Neill.

—Entonces —repuso O'Neill —comenzaremos a recoger el material por nuestra cuenta, aunque tengamos que fundir todo lo que tengamos en el establecimiento.

## 3

En la oscuridad de la noche, soplaba un viento frío y suave. La densa maleza susurraba casi con un sonido metálico. Aquí y allá, un roedor nocturno patrullaba con sus sentidos extremadamente alertados, husmeando, rebuscando algún alimento para sobrevivir.

Aquella zona era totalmente salvaje. En muchas millas no existía ningún establecimiento humano, la totalidad de la región había quedado reducida a una tabla rasa como consecuencia de la espantosa explosión de las bombas de hidrógeno. En alguna parte y entre la sombría oscuridad, un delgado curso de agua se escurría entre las escorias y las malezas sonando entre lo que una vez había sido un intrincado laberinto de colectores y cañerías maestras de conducción de agua. Las tuberías aparecían por doquier rotas y corroídas, mezcladas confusamente con la salvaje vegetación. El viento arrastraba nubes de ceniza negra que se enroscaban danzando entre los matorrales. En una ocasión, un enorme abadejo mutante se despertó de su sueño, emitió unos chasquidos con el pico y se alejó graznando de aquel lugar.

Durante algún tiempo, no se advirtió movimiento alguno. Miríadas de estrellas aparecían en los claros del cielo con su brillo lejano y frío, remotamente. Earl Perine se estremeció con escalofríos y se aproximó más al elemento pulsátil de calor hincado en el suelo entre los tres hombres.

—¿Y bien? —dijo Morrison, castañeteando los dientes.

O'Neill no repuso. Acabó su cigarrillo, lo aplastó contra un terrón endurecido y sacando el encendedor encendió otro. La masa de tungsteno —el cebo— estaba puesta a unas cien yardas delante de ellos.

En el transcurso de los últimos días anteriores, tanto la factoría de Detroit como la de Pittsburgh habían escaseado en el tungsteno. Y al menos en un sector, sus aparatos estaban sin reservas. Aquel pesado montón puesto como cebo representaba la necesidad para muchísimas aparatos de precisión, equipo de cirugía de alta calidad, secciones de magnetos permanentes, dispositivos de medida..., aquel tungsteno había sido reunido febrilmente de todos los establecimientos próximos.

Una neblina se extendía sobre el montón de tungsteno.

Ocasionalmente, una polilla nocturna revoloteaba sobre él atraída por el reflejo de las estrellas al incidir sobre el material. La polilla permanecía unos instantes batiendo sus grandes alas sobre el mineral y desaparecía de nuevo en las sombras de la noche.

—No es éste un lugar muy bonito que digamos —dijo Perine.

—Vamos, no digas tonterías —repuso O'Neill—. Éste es el sitio más bonito de la Tierra. Este lugar será la tumba de la red de autofabricación. La gente vendrá un día aquí para verlo. Creo que tendrán que erigir una placa conmemorativa de una milla de altura.

—Creo que estás tratando de mantener alta tu moral —rezongó Morrison—. Ni tú mismo irás a creer que vayan a destrozarse entre sí por un montón de instrumentos quirúrgicos y filamentos de bulbos electrónicos. Probablemente tendrán alguna máquina que desde el fondo y bajo la superficie extraiga el tungsteno de las rocas.

—Es posible —repuso O'Neill mientras mataba un mosquito que le estaba fastidiando.

Y en aquel momento allí tenían lo que habían venido a ver.

O'Neill se dio cuenta de que había estado mirándolo durante varios minutos sin reconocerlo. El aparato explorador permanecía absolutamente callado, en la cresta de una pequeña elevación, con la proa ligeramente levantada y los receptores totalmente extendidos al máximo. Podría habérsele confundido con un casco abandonado, en él no se advertía la menor señal de actividad, ni signo de conciencia mecánica. El aparato encajaba perfectamente con el resto del panorama.

La máquina robot examinaba la pila de tungsteno. El cebo tenía ya su primera presa.

—Creo que es el momento de pescarlo —sugirió Perine.

—¿Qué diablos estás diciendo? —gruñó Morrison. Pero en aquel momento se dio cuenta a su vez de la presencia de la máquina robot —. Jesús —murmuró, levantándose y adelantando su pesado corpachón para ver mejor—. Bien, ya tenemos a uno de ellos. Ahora todo lo que necesitamos es que llegue otra unidad procedente de otra factoría. ¿De cuál suponéis que debe ser ésta?

O'Neill localizó la inclinación de su veleta y trazó el ángulo.

—De Pittsburgh...

—Entonces, recemos como locos porque venga otra de Detroit.

Satisfecha la máquina robot, al parecer, se apartó del lugar y rodó hacia delante. Se acercó con precaución al montón de tungsteno y comenzó a realizar una complicada serie de maniobras,

rodando en una dirección y después en otra. Los tres hombres observaban fascinados, hasta comprobar que se aproximaban otras máquinas robots.

—se están comunicando —dijo O'Neill en voz baja—. Como las abejas.

En el acto, cinco máquinas más exploradoras de Pittsburgh se aproximaban al cebo.. Los receptores ondulaban excitadamente, incrementando su paso y rodeando el montón de tungsteno. Una de ellas excavó rápidamente un agujero y desapareció por él. El montón se estremeció, la máquina se hallaba bajo tierra explorando la extensión del hallazgo mineral.

Diez minutos más tarde, cl primer camión de mineral de Pittsburg apareció comenzando rápidamente su carga.

—¡Maldita sea! —exclamó O'Neill—. ¡Van a llevárselo todo antes de que aparezca Detroit!

—¿No podremos hacer algo para ir deteniéndolos? —preguntó Perine, desamparado. Se puso en pie, levantó un peñasco y lo lanzó sobre el camión más próximo. El peñasco rebotó sobre la carcasa de la carretilla de mineral y ésta continuó su marcha imperturbable.

O'Neill se puso en pie y patrulló alrededor con el cuerpo rígido de cólera. ¿Dónde se hallaban? Las autofábricas eran iguales en todos los aspectos y el lugar se hallaba o debería hallarse a la misma distancia lineal de cada centro. Teóricamente deberían haber llegado simultáneamente. Con todo, allí no aparecía el menor signo de Detroit..., y las últimas piezas de tungsteno fueron cargadas ante sus propios ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero entonces algo pasó cerca de él.

No pudo reconocerlo porque el objeto se movía demasiado rápidamente. Se desplazó como una bala entre la maleza, se encaramó a la cresta del altozano, se detuvo un instante como para apuntarse a sí mismo y se arrojó como un proyectil por el otro lado, yendo a aplastarse directamente en la carretilla de cabeza. El proyectil y la víctima explotaron en un repentino estallido.

Morrison dio un salto.

—¿Qué diablos es eso?

—¡Ahí está! —gritó Perine, hablando y levantando los brazos como un loco—. ¡Es Detroit!

En seguida apareció una segunda máquina de Detroit, vaciló para ponerse en situación y seguidamente se lanzó furiosamente a las carretillas de Pittsburgh en retirada. Fragmentos de tungsteno se esparcieron por todas partes, cables, planchas rotas, resortes y

engranajes de los dos antagonistas volaban en todas direcciones. El resto de las carretillas parecieron confundirse momentáneamente, y una de ellas tomó su carga de tungsteno y salió a toda velocidad. Le siguió una segunda. Una de las máquinas robots de Detroit se apercibió de lo que sucedía y le salió al paso tumbándola ruedas arriba, enzarzándose en una feroz pelea dando como resultado que la máquina y la carretilla cayeran rodando hasta un enorme charca de agua estancada y maloliente. Sin dejar de luchar, continuaron debatiéndose medio sumergidas.

—Bien —dijo O'Neill—, creo que lo hemos conseguido. Podemos pensar en volver a casa —Sintió que sus piernas le traqueaban—. ¿Dónde está nuestro vehículo?

Conforme ponía en marcha el motor, algo relampagueó desde una larga distancia, algo largo y metálico que se movía sobre el desierto y el panorama cubierto de cenizas. Era una densa caravana de carretillas de mineral que se dirigían corriendo hacia la escena de la lucha. ¿De qué factoría vendrían?

Bien, aquello no importaba mucho, porque de la maleza y los viñedos silvestres y enredaderas, otro grupo de máquinas se dirigía igualmente hacia el lugar de la lucha. Ambas factorías estaban reuniendo sin duda todos sus elementos móviles alrededor de la pila de tungsteno que aún quedaba puesta como cebo por los tres hombres. Ciega, mecánicamente, con la inflexible rigidez de sus directrices mecánicas, los dos oponentes trabajaban para reunir el mayor número posible de fuerzas.

—Vamos —dijo Morrison dando prisa—. Salgamos de aquí. Va a desatarse un verdadero infierno.

O'Neill se dio prisa para volver el camión en dirección del establecimiento humano de donde procedían, comenzando a rodar en la oscuridad de vuelta a casa. De tanto en tanto, una forma metálica pasaba junto a ellos en dirección opuesta.

—¿Visteis la carga de la última carretilla de mineral? —dijo Perine, preocupado—. No estaba vacía.

Aquellas máquinas constituían una caravana dirigida por alguna unidad de muy alto control remoto.

—Son armas —dijo Morrison, con los ojos abiertos por una evidente aprensión—. Están echando mano de las armas. Pero, ¿quién va a usarlas?

—Mira allá —repuso O'Neill, indicando un movimiento hacia su derecha—. Esto es algo que no habíamos sospechado.

Y vieron al primer representante de la factoría en acción.

Al entrar el vehículo en el establecimiento de Kansas City, Judith se precipitó jadeante hacia ellos. En las manos sostenía una tira de papel enrollado.

—¿Qué es eso? —dijo O'Neill, tomándolo.

—Acaba de llegar —repuso Judith respirando fatigosamente—. Una unidad móvil llegó de prisa, lo lanzó y se marchó. Hay una gran excitación. Jesús, toda la factoría... es una fogata de luces. Se pueden ver desde millas a la redonda.

O'Neill echó un vistazo al papel metálico. Era un certificado de la factoría para el último grupo de órdenes de los refugiados en la colonia, una tabulación total de las necesidades solicitadas y analizadas por la factoría. Estampadas a través de la lista y en grandes caracteres negros se leían seis palabras:

SUSPENDIDO TODO DESPACHO HASTA
NUEVAS DISPOSICIONES

O'Neill alargó el papel a Perine, nervioso e inquieto por la emoción.

—se acabaron los artículos de consumo —dijo. con el rostro retorcido por una mueca—. La red de automación está en guerra.

—Entonces, ¿lo conseguimos? —preguntó Morrison.

—Así es. Ahora que el conflicto ha comenzado, me siento un poco horrorizado. Pittsburgh y Detroit van a liquidarse mutuamente. Creo que es demasiado tarde para nosotros hacer que cambien de opinión..., están reuniendo aliados para su destrucción.

4

La fría luz del sol de la mañana se extendía sobre las ruinas de aquella llanura de negras cenizas metálicas.

—Ten cuidado donde pones los pies —dijo O'Neill a su esposa tomándola del brazo mientras subían por entre las escorias y ruinas hacia la parte más alta de unos grandes bloques de cemento, destrozados restos de una instalación de cajas de píldoras. Les seguía Earl Perine, vacilante y cuidadoso.

Tras ellos, se extendía el amplia establecimiento humano como un desordenado tablero de ajedrez de casas, edificios y calles. Desde que la autofábrica había suspendido los suministros y provisiones en toda su red, los establecimientos humanos habían caído en un estado de semibarbarismo. Las comodidades que aún quedaban apenas si eran usables. Hacía ya un año desde que apareció el último camión de la factoría cargado con alimentos, herramientas, ropas y piezas de repuesto diversas. De la amplia y plana rampa del pie de la montaña nada había emergido en tal dirección hacia el exterior.

Sus deseos se habían cumplido…, ya estaban aislados de la red de automación, sin depender de ella para nada.

A merced de sus propios medios y voluntad.

Alrededor del establecimiento crecían ya campos bastante cultivados de trigo y vegetales. Se habían distribuido herramientas hechas a mano, artefactos primitivos conseguidos a cambio de un duro trabajo por los varios campamentos, que ahora estaban ligados entre sí par carros tirados por caballos y por un telégrafo primitivo también. No obstante, se las habían arreglado para mantener una regular organización. Los artículos y servicios eran intercambiados sobre antiguas bases de libre comercio. Se producían las comodidades básicas y se distribuían entre ellos. Las ropas que O'Neill y su esposa vestían, así como las de Perine, eran toscas y mal cortadas, pero fuertes. Y se las habían arreglado para reconvertir algunos camiones de la red de autofábricas en vehículos impulsados por gasógenos al faltar otro combustible.

—Ya estamos —dijo O'Neill—. Desde aquí podremos ver.

—¿Vale la pena? —preguntó Judith fatigada, casi exhausta, inclinándose para sacarse de un zapato un trozo de guijarro que le

destrozaba la planta del pie—. Creo que hemos recorrido demasiada distancia para ver algo que vemos todos los días desde hace trece meses.

—Es verdad —admitió O'Neill, descansando la ruano sobre el hombro de su mujer—. Pero éste debe ser el final. Y esto es lo que deseo ver.

En el cielo gris que se extendía sobre sus cabezas, se movía un punto negra circular. Alto, remoto, aquel punto cambiaba de curso siguiendo una intrincada trayectoria. Gradualmente, sus diversas variaciones se encaminaron hacia las montañas, en cuya base aparecía la negruzca estructura deshecha por las bombas de la entrada de la autofábrica.

—Es de San Francisco —explicó O'Neill—. Debe ser uno de esos enormes proyectiles teledirigidos de largo alcance de la costa occidental.

—¿Y crees que será el último? —preguntó curiosamente Perine.

—Es el único que hemos visto en este mes —repuso O'Neill sentándose y comenzando a liar un cigarrillo con un resto de tabaco —. Antes estábamos acostumbrados a verlos por cientos.

—Tal vez tengan algo mejor —sugirió Judith, encontrando una piedra lisa donde sentarse—. ¿Podría ser?

Su marido se sonrió irónicamente.

—No, no tienen nada mejor.

Los tres permanecieron silenciosos y tensos. Por encima de ellos, el punto circular aparecía ya mucho más próximo. No existía el menor signa de actividad procedente de la lisa superficie de cemento y acero; la factoría de Kansas permanecía inerte, sin respuesta alguna al posible ataque. Unas cuantas nubes ligeras de cenizas danzaban sobre ella. La factoría ya había soportado diversos ataques e impactos directos de los proyectiles teledirigidos y parte de ella estaba sumergida en un informe montón de cascotes y ruinas. A lo ancho de la planicie, las atarjeas de sus túneles subterráneos aparecían expuestas al aire libre, cegadas con cascotes y la enmarañada y espesa vegetación oscura de las enredaderas silvestres.

—Esas malditas enredaderas —gruñó Perine restregándose sus mejillas sin afeitar—. Se van a hacer dueñas del mundo entero.

Aquí y allá, en el terreno circundante de la autofactoría, las ruinas y demoliciones causadas por las explosiones aparecían blanqueadas por el helado rocío de la mañana. Carretillas de mineral, camiones, tanques orugas de prospección, representantes

de las factorías, convectores de armamento, armas, trenes de suministro, proyectiles subterráneos y multitud de piezas indiscriminadas de otra maquinaria se mezclaban confusamente en montones impresionantes de chatarra fuera de servicio, retorcida y deshecha. Algunos vehículos habían sido destrozados al volver a la factoría, otros habían sido alcanzados al emerger de la planta subterránea, completamente cargados con equipo. La totalidad de la autofactoría —lo que de ella quedaba—, parecía estar aún más sumergida en el interior de la tierra. La superficie superior apenas si resultaba visible, casi perdida en la cambiante ceniza que la brisa movía de un lado a otro.

No se conocía actividad en los últimos cuatro días, ni movimiento visible de ninguna especie.

—Eso está muerto —dijo Perine—. Ya podéis verlo, está liquidado.

O'Neill no respondió. Acurrucado en el suelo, se puso lo más confortable que pudo y esperó. En su interior, estaba seguro de que aún debería quedar algo en movimiento allá en el secreto corazón de la autofábrica. El tiempo lo diría. Miró a su reloj de pulsera; eran las ocho y treinta. En los antiguos días, la factoría ya habría comenzado su rutina diaria, con sus caravanas de vehículos diversos cargados con suministros surgiendo a la superficie, para empezar sus constantes expediciones hacia los establecimientos humanos.

A la derecha, se movió algo. Volvió rápidamente la atención hacia aquello.

Un vehículo colector de mineral se dirigía vacilante hacia la factoría. Una última unidad automatizada que aún pretendía cumplir su cometido. La carretilla estaba prácticamente vacía, apenas en su interior podían divisarse unos cuantos trozos de materias primas, seguramente partes metálicas sueltas que debió encontrar en su camino. Como un insecto metálico ciego y vacilante, la carretilla se aproximaba a la autofactoría. Su trayectoria resultaba grotesca, deteniéndose, vacilando, yendo de un lado a otro, sin un rumbo fijo y apartándose con frecuencia del camino recto.

—El control va mal —dijo Judith, con un leve tono de horror en su voz—. Se ve que la factoría apenas si puede ayudarle a volver.

Sí, aquello era un hecho cierto. En los alrededores de New York, la factoría había perdido su transmisor de alta frecuencia completamente. Sus unidades móviles se habían desperdigado en disparatadas direcciones, corriendo al azar, trazando círculos,

chocando contra árboles o rocas, y acabando por despeñarse al fondo de los barrancos y terminando por quedarse inmóviles a su pesar.

La carretilla del mineral automatizada alcanzó el borde de la arruinada planicie y se detuvo brevemente. Por encima de ella, el punto negro que se cernía como un pájaro de mal agüero seguía dando vueltas en el cielo de la mañana. Durante algún tiempo, la carretilla permaneció como petrificada.

—La factoría está tratando de decidir —comentó Perine—. Necesita el material; pero tiene miedo de que el proyectil pueda colarse en el interior.

Durante unos momentos la situación continuó igual. Después, la unidad móvil recomenzó su vacilante arrastrarse hacia la entrada. Dejó la maraña de enredaderas de la entrada y se dirigió hacia ella. Con un infinito cuidado se encaminó rectamente hacia la base de la montaña.

El proyectil teledirigido cesó en sus vueltas.

—¡Echarse a tierra! —gritó O'Neill—. ¡Van a bombardearla nuevamente!

Su esposa y Perine se echaron por el suelo a su lado, escrutando ansiosos la llanura frente a ellos y a aquel insecto metálico que trataba de introducirse en los subterráneos de la autofábrica. Desde el cielo, el punto negro circular se dirigió en picado directamente sobre la unidad móvil. Sin ruido y sin aviso, trazó una línea en picado, recto como una flecha.

Con las manos puestas en el rostro Judith se estremeció:

—¡Es algo que no puedo ver! ¡Es horrible!

¡Como animales salvajes!

Al darse cuenta de su proximidad, la unidad móvil intentó desesperadamente entrar en el interior de la factoría, como si buscase seguridad en su refugio: Olvidando la amenaza que le venía de la altura, la factoría se apresuró frenéticamente a abrir sus compuertas de acceso y guio cuidadosamente la unidad móvil hacia su interior directamente. Es todo lo que deseaba el proyectil teledirigido.

Antes de que la barrera pudiera cerrarse, el proyectil se deslizó al interior siguiendo una línea de vuelo paralela a la superficie. Conforme la carretilla desaparecía en las profundidades de la factoría, el proyectil siguió tras ella. Dándose cuenta repentinamente del peligro la factoría soltó rápidamente la barrera que prohibía el acceso. La carretilla luchó grotescamente contra

ella, se hallaba cogida a medio camino de la entrada medio abierta.

Pero todo era ya demasiado tarde. El terreno se movió con un trueno espantoso, como sacudido por un terremoto. Una onda expansiva subterránea pasó junto a las tres personas que acechaban desde lejos la tragedia. De la factoría se elevó una impresionante columna de humo negro. La superficie de hormigón se abrió como una vaina vegetal seca, rota y deshecha, vomitando un verdadero volcán de escorias y fragmentos de maquinaria, objetos y toda clase de materiales. El humo se cernió durante un buen rato, siendo arrastrado después por el viento de la mañana.

La factoría era en aquel momento, una catástrofe total. Había sido alcanzada en su interior y destruida.

O'Neill se puso en pie.

—Bien, eso es todo. Todo está terminado. Hemos conseguido lo que tanta queríamos... hemos destruido la red de autofábricas —Y miró a Perine—. ¿No era eso lo que íbamos buscando?

Miraron hacia el establecimiento humano que se extendía tras ellos. Poco quedaba ya de las ordenadas hileras de casas y calles de un año antes. Sin la red de automación, el establecimiento había decaído rápidamente. La limpieza original se había disipado, aquello tenía un aspecto muy sucio y descuidado.

—Por supuesto —repuso Perine—. Una vez tomemos posesión de las factorías y comenzaremos a establecer nuestros propios planes...

—Pero..., ¿habrá quedado algo?

—Tiene que haber quedado. ¡Dios mío!, tiene que haber millas enteras de subniveles bajo tierra que aún no conozcamos...

—Algunas de las bombas que han tirado últimamente eran terriblemente grandes —observó Judith—. Peores que las arrojadas durante la guerra.

—¿Recuerdas aquel campo que vimos? Me refiero a aquellos habitantes de ruinas...

—Yo no estuve —respondió Perine.

—Parecían animales salvajes, comiendo raíces y larvas, afilando pedernales, curtiendo pieles. Un completo estado de salvajismo y de bestialidad.

—Pero eso es la que desea una gente así —repuso Perine a la defensiva.

—¿De veras lo desean? ¿Queremos nosotros realmente esto? —indicó O'Neill señalando hacia el establecimiento—. ¿Es eso lo que hemos estado procurando, desde el día en que reunimos el tungsteno? ¿O desde el día en que tiramos la leche? Sí, aquella

leche que estaba... —Y se detuvo por no recordar la palabra.

—Superfluizada —recordó Judith.

—Vamos —indicó O'Neill—. Vámonos cuanto antes. Veamos qué es la que queda aún de la factoría... lo que hayan dejado para nosotros.

Se aproximaron a la deshecha factoría ya tarde.

Cuatro grandes camiones merodeaban cerca del acceso con sus motores humeantes. Tensos y alertas un grupo de trabajadores rebuscaban entre los escombros y las cenizas.

—Tal vez sea demasiado pronto —objetó uno de ellos.

O'Neill no tenía la intención de esperar más.

—Vamos —ordenó, y tomando una linterna eléctrica se adentró en el cráter.

El gran refugio blindado de la factoría de Kansas City aparecía hacía delante. En la entrada todavía permanecían algunas carretillas colectoras de mineral, atrapadas como insectos; pero sin luchar. Más allá, aparecía un impresionante hueco de tinieblas. O'Neill se sirvió lo mejor que pudo de la linterna para abrirse paso hacia el interior.

—Creo que deberemos descender bastante —opinó Morrison que cuidadosamente iba junto a él—. Si queda algo, tiene que ser en el fondo.

Continuaron avanzando entre aquellas imponentes ruinas, hasta que comprendieron que habían llegado al interior de la factoría... una extensión de restos confusos de una verdadera catástrofe, sin pauta y sin significado.

—Entropía —murmuró Morrison, oprimido—. Esto fue construido para vivir y luchar, y ahora está deshecho, sin ningún propósito.

—Más abajo, bajo tierra —insistió O'Neill tozudamente—, tenemos que encontrar otros enclaves de interés. Yo sé que estas autofábricas estaban concebidas para funcionar en secciones independientes y autónomas y preservar a ultranza lo esencial intacto y para recomponer la propia vida de la autofábrica.

Tras ellos los trabajadores avanzaban lentamente. Una sección se desprendió como una cascada en una verdadera lluvia de fragmentos y trozos de la catástrofe sufrido por la estructura.

—Eh, muchachos —dijo dirigiéndose a los hombres—. Volved a los camiones. No tiene sentido que pongamos las cosas más en peligro de lo que ya lo están. Si Morrison y yo no volvemos... olvidadnos. No corráis el riesgo de enviar ninguna patrulla de

salvamento —Y mientras los hombres obedecían, puso una mano sobre el hombro de Morrison. —Vamos amigo.

Una rampa descendía hacia las entrañas de la tierra, parcialmente intacta.

Silenciosamente, los dos hombres fueron descendiendo de un nivel a otro, sin el menor movimiento por ningún lado. Todo parecía muerto definitivamente. Millas de oscuras minas, sin el menor sonido ni el más leve indicio de actividad. Apenas si eran visibles las oscuras formas de la imponente maquinaria, los inmóviles trenes de conducción y equipo de traslado del interior de la factoría automática. De tanto en tanto, incluso las baterías de proyectiles montadas sobre sus soportes aparecían desvencijadas y rotas por la última explosión.

—Podríamos salvar mucho de todo esto —indicó O'Neill, aunque en el fondo no estaba muy convencido. La maquinaria parecía fundida, sin formas, totalmente descuajada. Todo parecía descoyuntado e inútil para ningún otro servicio posible—. Una vez que lo llevemos a la superficie...

—No podremos —le contradijo Morrison con amargura en la voz —, No tenemos grúas ni medios de elevación.

—Sí, pareció antes una buena idea —dijo O'Neill pero ahora que lo veo no estoy demasiado seguro.

Habían penetrado ya en un gran trecho dentro de la autofactoría. El nivel final se extendía ante sus ojos. O'Neill fue iluminándolo todo con la linterna, tratando de localizar secciones que no estuviesen destrozadas o porciones de ensamblajes mecánicos aún aprovechables.

Fue Morrison quien se dio cuenta primero. Se dejó caer repentinamente sobre manos y rodillas y pesó el oído al suelo escuchando atentamente, con los ojos bien abiertos por la emoción.

—Por el amor de Dios...

—¿Qué ocurre?

Y entonces, O'Neill hizo lo propio. Bajo ellos, una leve e insistente vibración, en forma de un zumbido persistente, se distinguía claramente a través del suelo, un claro indicio de actividad mecánica. Se habían equivocado; el proyectil teledirigido no había tenido un completo éxito. Más abajo, en un nivel más profundo, la factoría estaba viva todavía. Aunque pequeñas, aún se realizaban determinadas operaciones en ella.

—Trabaja para sí misma —murmuró Morrison, tratando de localizar el elevador—. Una actividad autónoma, preparada y

dispuesta para funcionar cuando todo lo demás hubiese acabado. ¿Cómo podríamos llegar hasta abajo?

El elevador estaba roto, atascado por una gran sección de metal. El último reducto de la autofactoría estaba como precintado; no había entrada alguna para tener acceso a él.

Corriendo hacia atrás y deshaciendo el camino O'Neill alcanzó la superficie y se aproximó al camión que primero encontró a mano.

—¿Dónde diablos está el soplete? ¡Vamos, traedlo aquí!

El precioso instrumento le fue entregado y se dio prisa en volver de nuevo junto a Morrison, allá abajo en las profundidades de la planta. Allí, estaba Morrison esperando. Los dos comenzaron frenéticamente a cortar la sección metálica que obstruía el paso del elevador.

—Ya va cediendo —advirtió Morrison.

Por fin, la plancha cedió y cayó al nivel inferior por el hueco del elevador. Un resplandor de luz blanquísima surgió a su alrededor y los dos hombres dieron un paso atrás.

En la cámara sellada, una furiosa actividad se llevaba a cabo, percibiendo el eco acompasado de las máquinas de su interior. A un extremo un continuo chorro de materias primas entraba en la cinta transportadora, al otro extremo lejano, salían los productos ya manufacturados, inspeccionados y enviados al tubo convector.

Todo aquello les resultó visible en una fracción de segundo; después la intrusión fue descubierta. Los robots hicieron una señal y los relés y conexiones se detuvieron en el acto. El resplandor vivísimo de luz disminuyó hasta casi quedar en la oscuridad. La línea de montaje frenó hasta detenerse; todo pareció quedar detenido en su anterior furiosa actividad.

Las máquinas emitieron un último chasquido y todo quedó en silencio.

A un extremo, una unidad móvil se desligó del conjunto y se dirigió con urgencia hacia el agujero por donde Morrison y O'Neill habían descendido a la planta inferior. Rompió un precinto de emergencia situado convenientemente y la escena anterior cambió nuevamente. Un instante después, toda la planta hervía nuevamente en frenética actividad.

Morrison, pálido y estremecido de pánico se volvió hacia O'Neill.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué irán a hacer ahora?

—No son armas —repuso O'Neill.

—Lo que sea está siendo enviado a la superficie —dijo Morrison gesticulando convulsivamente.

O'Neill, excitado se dispuso a salir.

—¿Podríamos localizar el sitio?

—Pues... yo creo que sí.

—Será mejor que vayamos a verlo —O'Neill empuño nuevamente la linterna y seguido de Morrison comenzó la ascensión hacia los niveles superiores—. Vamos a ver qué clase de objetos son esos que disparan hacia el exterior.

La válvula de salida del tubo convector estaba oculto entre una maraña de enredaderas silvestres y ruinas a un cuarto de milla más allá de la factoría. En una grieta entre las rocas de la base de la montaña, la válvula arrojaba los objetos como una cerbatana. Era visible desde diez yardas de distancia; los dos hombres casi se encontraron sobre ella cuando la advirtieron.

Cada cinco o seis segundos, era arrojada hacia el cielo una bola. El tubo se retraía para cambiar de ángulo de tiro y nuevamente volvía a disparar otra nueva bola en otra dirección distinta, con variada trayectoria.

—¿Y hasta qué distancia llegarán? —quiso imaginar Morrison.

—Debe variar probablemente. Las está distribuyendo al azar.

O'Neill avanzó con cuidado; pero el mecanismo no pareció advertir su presencia. Pegada junto al muro de la montaña y casi en su cima había una de aquellas bolas, que sin duda la válvula disparó directamente por el costado de la montaña. O'Neill subió hacia la cima, la recogió y la trajo de nuevo junto a su amigo Morrison.

Aquel recipiente era una aplastada caja de maquinaria; pero de maquinaria tan diminuta que seguramente sería preciso un microscopio para observarla adecuadamente.

—No es un arma ofensiva —murmuró O'Neill asombrado.

Aquella bola metálica se había desgarrado. Al principio no pudo decir si había sido por el impacto o por un deliberado mecanismo del interior. Comenzaron a caer en el suelo, deslizándose pequeñas miniaturas que tenían como vida propia. Agachándose, O'Neill las examinó detenidamente.

Aquellas pequeñas partículas entraron en movimiento. Era una maquinaria microscópica, más pequeña que hormigas, trabajando enérgicamente con un propósito... construyendo algo que parecía un diminuto rectángulo de acero.

—Están construyendo algo —dijo O'Neill totalmente perplejo..

Se puso en pie y anduvo alrededor. A mayor distancia, una de aquellas bolas caídas anteriormente, se hallaba ya en una fase más adelantada de construcción. Aparentemente, había sido expelida

hacía más tiempo.

Aquélla había hecho ya grandes progresos que podían ser identificados. Diminuta como era, la estructura resultaba familiar. La maquinaria estaba construyendo una factoría en miniatura, réplica exacta de la que había sido destruida por las bombas.

—Bien... —dijo O'Neill suspirando profundamente—. Así volvemos ahora al principio de nuevo. Para lo mejor o para lo peor... Lo cierto es que lo ignoro.

—Imagino que estas maravillas deben estar expandidas ahora por toda la Tierra —comentó Morrison—. Sí, lanzadas al azar y trabajando con el mismo propósito.

Un súbito pensamiento vino a la mente de Morrison.

—Tal vez alguno de estos proyectiles hayan sido diseñados para sobrepasar la velocidad de escape de la gravedad de la Tierra. Esto significaría... que las autofábricas se expandirán por todo el Universo.

Tras ellos, la boca de la válvula expulsora, continuaba lanzando rítmicamente su torrente de metálicas semillas.

# UN MUNDO DE TALENTO

## I

Cuando entró en el apartamento, un gran número de personas estaban produciendo ruidos y colores relampagueantes. La repentina cacofonía le confundió. Se detuvo en la puerta, consciente de la oleada de formas, sonidos, olores y retazos oblicuos tridimensionales, con la intención de profundizar su campo de visión. Consiguió eliminar la mancha borrosa con un acto de voluntad; la frenética y absurda actividad humana adquirió poco a poco una pauta casi racional.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su padre con brusquedad.

—Lo que anticipamos hace media hora —dijo la madre, cuando el niño de ocho años no contestó—. Ojalá permitieras que un Guardia le sondeara.

—No confío para nada en los Guardias, y aún nos quedan doce años para solucionar el problema. Si no nos hemos separado para entonces...

—Más tarde. —La mujer se agachó y ordenó con voz crispada—: Adelante, Tim. Di hola a la gente.

—Intenta adoptar una orientación objetiva —añadió su padre con voz afable—. Sólo por esta noche, hasta el final de la fiesta.

Tim atravesó en silencio la abarrotada sala de estar sin hacer caso de las diversas formas oblicuas, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza ladeada. Sus padres no le siguieron; su anfitrión les interceptó y pronto se vieron rodeados de invitados Norm y Psi.

En la confusión, se olvidaron del niño. Efectuó un breve circuito en la sala de estar, satisfecho de no encontrar nada en ella, y después buscó un pasillo lateral. Un criado mecánico le abrió la puerta de un dormitorio y el chico entró.

El dormitorio estaba vacío; la fiesta acababa de empezar. Dejó que las voces y los movimientos que percibía a sus espaldas se difuminaran hasta formar un telón de fondo indistinto. El aire artificial, similar al de la Tierra, que bombeaban los conductos centrales de la ciudad, transportaba débiles perfumes de mujer, que invadían el lujosísimo apartamento. Se estiró e inhaló los dulces aromas, flores, frutas, especias..., y algo más.

Tuvo que adentrarse en el dormitorio para aislarlo. Ya lo tenía: amargo, como leche pasada. Cálido. Y estaba en el dormitorio.

Abrió un armario con cautela. El selector mecánico intentó ofrecerle una prenda, pero el chico no hizo caso. Con la puerta del armario abierta, el perfume era más intenso. El Otro estaba cerca del ropero, si no dentro.

¿Debajo de la cama?

Se agachó y miró. Allí no. Se tendió sobre el suelo y miró debajo del escritorio metálico de Fairchild, un mueble típico de las viviendas habitadas por oficiales coloniales. El olor era aún más intenso. Se sintió invadido de temor y entusiasmo. Se puso en pie de un salto y apartó el escritorio de la suave superficie de plástico de la pared.

El Otro estaba aplastado contra la pared, en las sombras, donde el escritorio se había apoyado.

Era un Otro Derecho, por supuesto. Sólo había identificado a un Izquierdo, y apenas durante una fracción de segundo. El Otro no había conseguido proyectarse por completo. Tim retrocedió con cautela, consciente que, sin su colaboración, el ente había llegado lo más lejos posible. El Otro le contempló con calma y captó sus acciones negativas, pero no podía hacer nada. No trató de comunicarse, porque nunca daba resultado.

Tim estaba a salvo. Se detuvo y dedicó un largo momento a examinar al Otro. Tenía la oportunidad de aprender algo más. Un espacio les separaba, que sólo salvaban la imagen visual y el olor (pequeñas partículas vaporizadas) del Otro.

Era imposible identificar a este Otro. Muchos eran tan similares que parecían múltiplos de la misma unidad. En ocasiones, el Otro era radicalmente diferente. ¿Existía la posibilidad que se hubieran elegido varias selecciones, métodos alternos de hacerse entender?

Una idea obsesiva le asaltó de nuevo. Las personas de la sala de estar, tanto de la clase Norm como de la Psi (e incluso la clase Muda, a la que él pertenecía), parecían haber llegado a un equilibrio práctico con sus Otros. Era extraño, puesto que sus Izquierdos habían superado al suyo..., a menos que la procesión de Derechos disminuyera a medida que el grupo de Izquierdos aumentaba.

¿Existía un conjunto finito de Otros?

Regresó a la frenética sala de estar. La gente murmuraba y deambulaba por todas partes, chillonas formas opacas omnipresentes, intensos olores que le abrumaban a causa de su

cercanía. Estaba claro que debía recabar información de sus padres. Ya había dado vuelta a los índices de investigación acoplados a la transmisión educativa del Sistema Solar..., sin resultado, porque el circuito no funcionaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre, interrumpiendo la animada conversación que tenía lugar entre un grupo de ejecutivos de la clase Norm que bloqueaba una parte de la sala. Comprendió la expresión de su rostro.

—Oh —dijo—. ¿Aquí también?

La pregunta sorprendió al niño. El lugar daba igual. ¿Acaso no lo sabía ella? Se replegó en sí mismo para reflexionar. Necesitaba ayuda. No podía comprender sin ayuda externa, pero existía un muro verbal vacilante. ¿Se trataba, simplemente, de un problema de terminología, o había algo más?

Mientras paseaba por la sala de estar, el vago olor mohoso se filtró hasta su olfato a través de la pesada cortina de olores corporales. El Otro seguía acurrucado en la oscuridad, donde había estado el escritorio, en las sombras del dormitorio vacío. Esperando para saltar. Esperando a que avanzara dos pasitos más.

Julie siguió con la mirada a su hijo de ocho años con expresión preocupada.

—Habrá que vigilarle —dijo a su marido—. Preveo que la situación se va a complicar.

Curt también lo había captado, pero seguía hablando con los ejecutivos de clase Norm que se habían congregado alrededor de los dos Precogs.

—¿Qué harían si nos atacaran? —preguntó—. Ya saben que Tontorrón no puede hacer frente a una lluvia continua de proyectiles robot. Un puñado de vez en cuando entra en la naturaleza de los experimentos..., y cuenta con las previsiones que Julie y yo comunicamos cada media hora.

—Es verdad. —Fairchild se rascó su nariz gris y se acarició la barba que crecía bajo su labio—. Sin embargo, no creo que nos declaren una guerra abierta. Equivaldría a admitir que estamos logrando algo. Nos legalizaría y desataría otras consecuencias. Podríamos reunir a toda la gente de clase Psi y... —sonrió—, enviar al Sistema Solar más allá de la Nebulosa Andrómeda, con la sola fuerza de sus mentes trabajando al unísono.

Curt escuchaba sin resentimiento, porque las palabras de su interlocutor no le sorprendían. Mientras Julie y él iban en coche a la fiesta, habían anticipado la fiesta, sus infructuosas discusiones,

las crecientes aberraciones de su hijo. En este momento, Julie ya estaba viendo acontecimientos posteriores. Se preguntó qué indicaba la expresión preocupada de su cara.

—Tengo miedo —dijo Julie con voz tensa— que haya una pelea antes que volvamos a casa.

Bueno, él también lo había visto.

—Es la situación —dijo, rechazando el tema—. Todos los presentes están nerviosos. No seremos los únicos en pelearnos.

Fairchild les escuchaba con atención.

—Y sabiendo que van a sostener una disputa, ¿no pueden alterar el rumbo de los acontecimientos?

—Claro —respondió Curt—, del mismo modo que nosotros le proporcionamos preinformación y usted la utiliza para alterar la situación con Terra. De todos modos, ni a Julie ni a mí nos preocupa mucho. Evitar algo semejante exige un tremendo esfuerzo mental…, y ninguno de los dos tiene muchas energías.

—Ojalá me dejaras entregarlo a la Guardia —susurró Julie—. No soporto verle vagar sin rumbo, mirando debajo de los muebles, buscando Dios sabe qué en los armarios.

—Busca Otros —dijo Curt.

—Lo que sea.

Fairchild, un moderador por naturaleza, trató de terciar.

—Les quedan doce años —empezó—. No es una desgracia que Tim esté en la clase Muda. Todos ustedes empiezan igual. Si tiene poderes Psi, lo demostrará.

—Habla como un Precog infinito —dijo Julie, divertida—. ¿Cómo sabe que lo demostrará?

El rostro bondadoso de Fairchild se retorció a causa del esfuerzo. Curt sintió pena por él. Tenía demasiadas responsabilidades, demasiadas decisiones dependían de él, como también demasiadas vidas. Antes de la segregación de Terra, era un oficial destacado, un burócrata acostumbrado a un trabajo y una rutina claramente definidos. Ahora, ya nadie le enviaba instrucciones los lunes por la mañana. Las instrucciones debía dictarlas él.

—Enséñenos ese artilugio —dijo Curt—. Tengo curiosidad por ver cómo funciona.

Fairchild se quedó atónito.

—¿Cómo demonios…? —Entonces, recordó—. Claro, ya lo habrá visto por adelantado. —Rebuscó en su chaqueta—. Iba a ser la sorpresa de la fiesta, pero no puede haber sorpresas con dos Precogs cerca.

Los demás oficiales de clase Norm se reunieron alrededor de su

jefe mientras éste desenvolvía un paquete y extraía de su interior una pequeña piedra brillante. El silencio se hizo en la sala mientras Fairchild examinaba la piedra, con los ojos muy próximos, como un joyero que inspeccionara una piedra preciosa.

—Un objeto ingenioso —comentó Curt.

—Gracias —dijo Fairchild—. Empezarán a llegar de un momento a otro. El brillo es para atraer a los niños y a gente de condición humilde que quiera adquirir una chuchería, algo de valor, ya saben. Y a mujeres, desde luego. A cualquiera que se detuviera a tomar lo que considerase un diamante: todo el mundo, excepto la clase Tec. Se lo enseñaré.

Paseó la mirada por los invitados, ataviados con alegres colores. A un lado, Tim estaba de pie con la cabeza ladeada en un ángulo. Fairchild titubeó y lanzó la piedra por encima de la alfombra, casi a los pies del niño. Los ojos de Tim no se movieron. Estaba mirando a la lejanía, sin ver el objeto brillante que tenía a sus pies.

Curt avanzó, decidido a animar la reunión.

—Haría falta algo del tamaño de un transporte a reacción. —Se agachó y tomó la piedra—. No es culpa suya que Tim se muestre indiferente a cosas tan mundanas como un diamante de cincuenta quilates.

Fairchild estaba afligido por el fracaso de su demostración.

—Lo había olvidado. —Se animó—. Pero en Terra ya no quedan mutantes. Escuche la propaganda. Me costó mucho redactarla.

La piedra descansaba en la mano de Curt. Un leve zumbido, como el de un mosquito, sonó en sus oídos, una cadencia modulada y controlada que provocó una oleada de murmullos en la sala.

—Amigos —proclamó la voz enlatada—, las causas del conflicto entre Terra y las colonias centaurianas han sido falseadas por la prensa.

—¿Va dirigido en serio a los niños? —preguntó Julie.

—Quizá piense que los niños terranos están más adelantados que los nuestros —dijo un oficial de clase Psi, y las carcajadas estremecieron la sala.

El leve zumbido continuó desgranando su mezcla de argumentos legales, idealismo y casi patéticas súplicas, las cuales molestaron a Curt. ¿Por qué tenía Fairchild que ponerse de rodillas y suplicar a los terranos? Mientras escuchaba, Fairchild fumaba en pipa, los brazos cruzados, una expresión de satisfacción en su rostro rotundo. Evidentemente, Fairchild no era consciente de la precaria levedad de sus palabras grabadas.

Curt pensó que ninguno de los presentes, incluido él, veía la

fragilidad de su movimiento segregacionista. Era absurdo culpar a las poco convincentes palabras que surgían de la falsa joya. Cualquier descripción de su situación conducía a reflejar el afligido temor que dominaba a las colonias.

—Es patente desde hace mucho tiempo —aseguró la piedra— que la condición natural del hombre es la libertad. La servidumbre, la sumisión de un hombre o un grupo de hombres a otro, es un residuo del pasado, un anacronismo depravado. Los hombres deben autogobernarse.

—Resulta extraño oír a una piedra decir eso —observó Julie con cierta ironía—. Un trozo de roca muerta.

—Se les ha dicho que el movimiento secesionista colonial pondrá en peligro sus vidas y su nivel de vida. No es verdad. El nivel de vida de toda la Humanidad aumentará si los planetas colonizados acceden a su autogobierno y encuentran nuevos mercados económicos. El sistema mercantil impuesto por el gobierno terrano a los terranos que viven fuera del Sistema Solar...

—Los niños llevarán este objeto a sus casas —dijo Fairchild—. Sus padres también lo escucharán.

La piedra continuó su perorata.

—Las colonias no podían seguir siendo simples bases de aprovisionamiento de Terra, fuentes de materias primas y trabajo barato. Los colonos no podían seguir siendo ciudadanos de segunda clase. Los colonos tienen tanto derecho a construir su sociedad como los habitantes del Sistema Solar. Por ello, el gobierno colonial ha solicitado al gobierno terrano la eliminación de los vínculos que nos impiden alcanzar nuestro destino manifiesto.

Curt y Julie intercambiaron una mirada. La disertación académica pendía como un peso muerto sobre la sala. ¿Era éste el hombre que la colonia había elegido para dirigir el movimiento de resistencia? Un pedante, un oficial asalariado, un burócrata y (Curt no pudo evitar el pensamiento) un hombre carente de poderes Psi. Un Normal.

Existía la posibilidad que algún malentendido trivial en una directriz rutinaria hubiera impelido a Fairchild a romper con Terra. Nadie, excepto tal vez la Guardia telépata, conocía sus motivos o cuánto tiempo mantendría resueltamente su opinión.

—¿Qué opinan? —preguntó Fairchild, cuando la piedra finalizó su monólogo—. Millones de estos mensajes esparcidos por todo el grupo de Sol. Ya saben lo que la prensa terrana dice de nosotros; un montón de viles calumnias. Afirma que queremos apoderarnos de Sol, que somos crueles invasores del espacio exterior, monstruos,

mutantes, fenómenos. Debemos contrarrestar esa propaganda.

—Bien —dijo Julie—, un tercio de nosotros somos fenómenos, no se puede negar. Sé que mi hijo es un fenómeno inútil.

Curt la tomó del brazo.

—¡Nadie llama fenómeno a Tim, ni siquiera tú!

—¡Pero si es verdad! —La mujer se soltó—. Si viviéramos en el Sistema Solar, si no nos hubiéramos segregado, tú y yo estaríamos en un campo de concentración, a la espera de ser... Ya sabes a qué me refiero. —Señaló a su hijo—. Tim no existiría.

Un hombre de rostro afilado habló desde un rincón.

—No estaríamos en el Sistema Solar. Nos las habríamos arreglado sin ayuda de nadie. Fairchild no tuvo nada que ver con ello; nosotros le abrimos el camino. ¡No lo olviden nunca!

Curt dirigió una mirada hostil al hombre. Reynolds, jefe de la Guardia telépata, borracho de nuevo. Borracho y escupiendo su odio vitriólico hacia los Normales.

—Es posible —admitió Curt—, pero nos habría costado mucho.

—Usted y yo sabemos qué mantiene con vida a esta colonia —respondió Reynolds, con una expresión arrogante y desdeñosa en su rostro colorado—. ¿Cuánto tiempo podrían continuar adelante estos burócratas sin Tontorrón y Sally, sin dos Precogs como ustedes, la Guardia y el resto de nosotros? Enfréntense a los hechos; no necesitamos esta pantalla legalista. No vamos a vencer gracias a ridículas apelaciones a la libertad y la igualdad. Vamos a vencer porque en Terra no hay Psis.

El buen humor de la reunión se apagó. Murmullos encolerizados se elevaron de los invitados Normales.

—Escuche —dijo Fairchild a Reynolds—, usted sigue siendo un ser humano, a pesar que lee las mentes. Poseer un talento no...

—No me sermonee —le interrumpió Reynolds—. Ningún cabeza-dormida me va a decir lo que debo hacer.

—Se está excediendo —dijo Curt a Reynolds—. Alguien le va partir la cara un día de estos. Si Fairchild no lo hace, es posible que yo sí.

—Usted y su Guardia entrometida —dijo a Reynolds un Resurreccionista de clase Psi, agarrándole por el cuello—. Se cree superior a nosotros porque pueden espiar con la mente. Se creen...

—Quíteme las manos de encima —dijo Reynolds con voz rasposa.

Un vaso cayó al suelo; una mujer tuvo un ataque de histeria. Dos hombres se enzarzaron en una pelea; un tercero se les unió y, al instante, un torbellino de resentimiento se formó en el centro de la

sala.

Fairchild pidió orden a gritos.

—Por el amor de Dios, si peleamos entre nosotros, estamos perdidos. ¿Es que no lo entienden? ¡Debemos trabajar juntos!

El tumulto tardó un rato en apaciguarse. Reynolds pasó como un rayo junto a Curt, pálido y mascullando para sí.

—Me largo de aquí.

Los demás telépatas le siguieron con aire beligerante.

Mientras Julie y él volvían lentamente a casa a través de la oscuridad azulina, unos fragmentos de la propaganda de Fairchild se repetían una y otra vez en el cerebro de Curt. «Les han dicho que una victoria de los colonos significa una victoria de los Psis sobre los seres humanos Normales. ¡Eso no es verdad! La segregación no fue planeada, ni es dirigida, por Psis o Mutantes. La rebelión fue una reacción espontánea de todos los colonos, sin distinción de clases.»

—Me pregunto si Fairchild está en un error —musitó Curt—. Me pregunto si los Psis le estarán manipulando sin que él se dé cuenta. Me cae bien, aunque es un estúpido.

—Sí, es estúpido —admitió Julie.

En la oscuridad de la cabina del vehículo, su cigarrillo era una brasa luminosa de cólera. En el asiento trasero, Tim dormía hecho un ovillo, mecido por el calor del motor. El paisaje rocoso y desolado de Próxima III se extendía ante el pequeño coche de superficie, apagado, hostil y extraño. Entre los campos y depósitos de cosechas se veían algunas carreteras y edificios construidos por el hombre.

—No confío en Reynolds —prosiguió Curt, sabiendo que estaba dando paso a la escena anticipada, pero no deseaba soslayar la discusión—. Reynolds es inteligente, ambicioso y carece de escrúpulos. Quiere prestigio y posición social, pero Fairchild piensa en el bienestar de la colonia. Piensa lo que afirma en esa grabación de las piedras.

—Menudas tonterías —dijo con desdén Julie—. Los terranos se morirán de risa. No sé cómo logré escucharlas impávida, y Dios sabe que nuestras vidas dependen de esto.

—Bueno —dijo Curt con cautela, a sabiendas de lo que hacía—, tal vez haya terranos con más sentido de la justicia que tú y Reynolds. —Se volvió hacia ella—. Veo lo que vas a hacer y tú también. Quizá tengas razón, quizá deberíamos acabar de una vez. Diez años es mucho tiempo cuando el sentimiento ha desaparecido.

Además, no fue idea nuestra.

—No —admitió Julie. Apagó el cigarrillo con dedos temblorosos y encendió otro—. Ojalá hubiera existido otro macho Precog, aparte de ti. Es algo que nunca perdonaré a Reynolds. La idea partió de él. Nunca tendría que haber accedido. ¡Por la gloria de la raza! ¡Ondeemos la bandera Psi! El acoplamiento místico de los primeros Precogs auténticos de la historia... ¡Mira el resultado!

—Cierra el pico —dijo Curt—. No está dormido y puede oírte.

—Puede oírme, sí, pero entenderme no —dijo Julie con amargura—. Queríamos saber cómo sería la segunda generación... Bien, ya lo sabemos. Precog más Precog igual a fenómeno. Mudo inútil. Un monstruo. Enfrentémonos a la realidad: la M de su tarjeta es la M de monstruo.

Las manos de Curt se tensaron sobre el volante.

—Es una palabra que ni tú ni nadie va a utilizar.

—¡Monstruo! —Se inclinó hacia él, los blancos dientes realzados por la luz del tablero de instrumentos, echando chispas por los ojos —. Quizá los terranos tengan razón... Quizá sea mejor esterilizar y exterminar a los Precogs. Borrados por completo. Creo que...

Se calló, incapaz de continuar.

—Adelante —dijo Curt—. Crees que cuando la rebelión triunfe y controlemos las colonias, quizá debamos pasar una prueba selectiva. Con la Guardia a la cabeza, por supuesto.

—Separar la cizaña del buen grano. Primero, las colonias de Terra. Después, nosotros de ellos. Y cuando le toque a él, aunque sea mi hijo...

—Lo que estás haciendo es juzgar a la gente por su utilidad. Tim es un inútil, luego es absurdo dejarle vivir, ¿verdad? —Su tensión sanguínea había aumentado, pero ya no le importaba—. Criar a personas como si fueran ganado. Un humano no tiene derecho a vivir; es un privilegio que concedemos a nuestro capricho.

Curt aceleró el coche por la desierta autopista.

—Ya oíste a Fairchild pontificar sobre la libertad y la igualdad. Cree en ello, y yo también. Y creo que Tim, o cualquier otra persona, tiene derecho a existir, tanto si posee talento como si carece de él.

—Tiene derecho a vivir, pero recuerda que no es como nosotros. Es una rareza. No posee nuestras capacidades, nuestras... —articuló las palabras con aire triunfal—, nuestras capacidades superiores.

Curt desvió el coche hacia el borde de la autopista. Frenó y abrió la puerta. Un aire seco y cortante se introdujo en el vehículo.

—Ya te puedes ir. —Despertó a Tim—. Arriba, muchacho. Nos

bajamos.

Julie se sentó detrás del volante.

—¿Cuándo volverás a casa? ¿O ya lo tienes todo decidido? Será mejor que investigues antes. Esa chica puede tener a otros haciendo cola.

Curt bajó del coche y cerró la puerta. Tomó a su hijo de la mano y le guio hacia el cuadrado negro de una rampa que ascendía hacia la oscuridad de la noche. Mientras subían los peldaños, oyó que el coche arrancaba y se alejaba por la autopista.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tim.

—Ya conoces este sitio. Venimos cada semana. Es el colegio donde preparan a gente como tú y yo..., donde los Psis nos educamos.

## II

Las luces se encendieron a su alrededor. Desde la entrada se bifurcaban una serie de pasadizos, como enredaderas metálicas.

—Te quedarás aquí unos cuantos días —dijo Curt a su hijo—. ¿Podrás aguantar sin ver a tu madre tanto tiempo?

Tim no contestó. Se había sumido en su silencio habitual y caminaba al lado de su padre. Curt se preguntó una vez más cómo podía ser el chico tan retraído y, al mismo tiempo, tan despierto. La respuesta estaba escrita sobre cada milímetro del joven y enjuto cuerpo. Tim sólo evitaba el contacto con seres humanos. Se mantenía ajeno de una forma casi compulsiva del mundo exterior, mejor dicho, de un mundo exterior. Fuera cual fuese, no incluía a los humanos, si bien estaba compuesto de objetos externos y reales.

Como ya había anticipado, el niño se alejó repentinamente de él. Curt dejó que Tim se escabullera por un pasadizo lateral. Vio que tiraba con nerviosismo de un armario de suministros, intentando abrirlo.

—Muy bien —dijo Curt, resignado. Le siguió y abrió el armario con la llave maestra—. ¿Lo ves? Dentro no hay nada.

La oleada de alivio que inundó la cara del niño demostró bien a las claras su falta de precognición. El corazón le dio a Curt un vuelco. No había heredado el precioso talento que Julie y él poseían. Fuera lo que fuese el muchacho, no era un Precog.

Eran más de las dos de la mañana, pero los departamentos interiores del colegio bullían de actividad. Curt saludó con un cabeceo a un par de Guardias que holgazaneaban ante la barra, rodeados de cervezas y ceniceros.

—¿Dónde está Sally? —preguntó—. Quiero ver a Tontorrón.

Uno de los telépatas movió el pulgar con movimientos perezosos.

—Está por ahí. En los aposentos de los niños, durmiendo. Es tarde. —Escrutó a Curt, cuyos pensamientos no se apartaban de Julie—. Deberías dejar a una esposa como ésa. Además, es demasiado vieja y delgada. Seguro que te apetece más un pimpollo bien relleno...

Curt lanzó una andanada mental de desagrado y obtuvo cierta satisfacción cuando vio que el rostro sonriente expresaba hostilidad.

El otro telépata se enderezó y gritó a Curt.

—Cuando le des la patada a tu mujer, nos la envías.

—Yo diría que te apetece una chica de unos veinte años —dijo otro telépata, cuando dejó entrar a Curt en el ala de los niños—. Cabello oscuro (corrígeme si me equivoco) y ojos oscuros. Te has formado ya una imagen completa. Quizá exista una chica concreta. Veamos, es baja, muy guapa y se llama…

Curt maldijo la situación que les obligaba a abrir sus mentes a los Guardias. Los telépatas se comunicaban entre sí a través de las colonias y, en particular, a través del colegio y las oficinas del gobierno colonial. Apretó la mano de Tim y entró.

—Ese hijo tuyo parece un poco raro —dijo el telépata cuando Tim pasó a su lado—. ¿Te importa que le sondee un poco?

—Aléjate de su mente —ordenó con brusquedad Curt.

Cerró la puerta de golpe, a sabiendas que daba igual, pero disfrutó la sensación del metal al encajarse en el hueco. Empujó a Tim por un angosto pasillo, hasta desembocar en una pequeña habitación. Tim se desvió hacia una puerta lateral; Curt tiró de él con violencia.

—¡Ahí dentro no hay nada! —le regañó—. Es un cuarto de baño.

Tim continuó debatiéndose. Entonces, apareció Sally, atándose el cinturón de la bata, el rostro anegado en sueño.

—Hola, señor Purcell —saludó—. Hola, Tim. —Bostezó, encendió una lámpara de pie y se derrumbó sobre una silla—. ¿Qué puedo hacer por usted, a estas horas de la noche?

Tenía trece años, era alta y desgarbada, de cabello amarillento y piel pecosa. Se mordisqueó el pulgar y volvió a bostezar cuando el niño se sentó frente a ella. Para divertirle, animó un par de guantes tirados sobre una mesa. Tim rió complacido cuando los guantes reptaron hacia el borde de la mesa, agitaron sus dedos y procedieron a un cauteloso descenso.

—Estupendo —dijo Curt—. Vas mejorando. Yo diría que no te saltas ninguna clase.

Sally se encogió de hombros.

—El colegio no puede enseñarme nada, señor Purcell. Usted sabe bien que soy la Psi con poderes de animación más avanzados. Me dejan trabajar a mis anchas. De hecho, doy clase a un puñado de niños, todavía Mudos, que podrían tener algo. Creo que un par de ellos, con práctica, saldrán adelante. Lo único que pueden darme son estímulos; ya sabe, ayuda psicológica, montones de vitaminas y aire puro. Pero no pueden enseñarme nada.

—Pueden enseñarte lo importante que eres —respondió Curt. Ya

había anticipado la conversación, por supuesto. Durante la última media hora había seleccionado cierto número de posibles enfoques, los había descartado uno tras otro y, por fin, se había decantado por éste—. He venido a ver a Tontorrón, lo cual significa que debía despertarte. ¿Sabes por qué?

—Claro —contestó Sally—. Le tiene miedo. Y como Tontorrón me tiene miedo, necesita que yo le acompañe. —Dejó que los guantes se inmovilizaran y se levantó—. Bien, vamos.

Había visto a Tontorrón muchas veces, pero nunca se acostumbraba a la visión. Atemorizado, a pesar de haber anticipado la escena, Curt se detuvo en el espacio abierto ante la plataforma y levantó la vista, silencioso e impresionado como siempre.

—Está gordo —comentó Sally—. Si no adelgaza, le queda poco tiempo de vida.

Tontorrón estaba desparramado como un budín gris y tembloroso en la inmensa silla que el departamento Tec le había fabricado. Tenía los ojos entornados y los brazos pulposos caídos a los costados. Rollos de masa rezumante colgaban sobre los brazos y lados de la silla. El cráneo de Tontorrón, parecido a un huevo, estaba coronado por una mata de cabello grasiento y enmarañado, como algas podridas. Sus uñas se perdían en los dedos gruesos como salchichas. Tenía los dientes ennegrecidos y con caries. Sus diminutos ojos azules relampaguearon cuando identificó a Curt y Sally, pero su obeso cuerpo no se movió.

—Está descansando —explicó Sally—. Acaba de comer.

—Hola —dijo Curt.

A modo de respuesta, un gruñido surgió de sus rollizos labios rosados.

—No le gusta que le molesten a horas intempestivas —bostezó Sally—. No me extraña.

Paseó por la sala y se divirtió animando brazos de lámparas adosados a las paredes. Los brazos lucharon por liberarse del plástico caliente en que estaban encajados.

—Si no le importa que se lo diga, señor Purcell, todo esto me parece una estupidez. Los telépatas impiden que los terranos infiltrados entren aquí, y este montaje suyo va dirigido contra ellos. Eso significa que está ayudando a Terra, ¿no es cierto? Si los Guardias no nos protegieran...

—Mantengo alejados a los terranos —farfulló Tontorrón—. Tengo mi escudo y lo rechazo todo.

—Rechazas los proyectiles —corrigió Sally—, pero no puedes mantener alejados a los infiltrados. Si un infiltrado terrano entrara

ahora en esta habitación, ni te enterarías. No eres más que un estúpido montón de grasa.

Su descripción era correcta, pero el inmenso montón de grasa era la pieza clave de la defensa colonial, el más capacitado de los Psis. Tontorrón era el núcleo del movimiento separatista..., y el símbolo viviente de su gran problema.

Tontorrón poseía un poder paraquinético casi infinito, y la mente de un mongólico de tres años. Era, en concreto, un sabio idiota. Sus legendarios poderes habían absorbido, degradado y anulado toda su personalidad, en lugar de expandirla. Habría podido borrar del mapa a la colonia muchos años antes si sus deseos y temores hubieran ido acompañados de astucia. Sin embargo, Tontorrón estaba indefenso, dependía totalmente de las instrucciones del gobierno colonial, y estaba reducido a una hosca pasividad por su terror a Sally.

—Me he comido un cerdo entero. —Tontorrón se removió en su silla, eructó y se secó la barbilla—. Dos cerdos, de hecho. Aquí mismo, hace un ratito. Podría haber seguido comiendo.

La dieta del colono consistía sobre todo en proteínas artificiales. Tontorrón se lo pasaba en grande a sus expensas.

—El cerdo era de Terra —continuó Tontorrón, muy animado—. Anoche cené una bandada de patos salvajes. Y antes, me zampé un animal de Betelgeuse IV. No tiene nombre; corre por ahí y come.

—Igual que tú —replicó Sally—. Sólo que tú no corres.

Tontorrón lanzó una risita. El orgullo alejó por un momento su miedo a la muchacha.

—Coman un poco de dulce —dijo.

Una lluvia de chocolate surgió de la nada. Curt y Sally retrocedieron cuando el suelo de la sala desapareció bajo el diluvio. El chocolate vino acompañado de fragmentos de maquinaria, cajas de cartón, secciones de un escaparate y un buen trozo de hormigón.

—Una fábrica de golosinas terrana —explicó Tontorrón, muy contento—. He apuntado con mucha precisión.

Tim había despertado de su ensueño. Se agachó y recogió un puñado de chocolatinas.

—Adelante —le invitó Curt—. Toma lo que quieras.

—Yo soy el único que se come los dulces —aulló Tontorrón, indignado. El chocolate desapareció—. Lo he enviado de vuelta —explicó, malhumorado—. Es mío.

No había nada de malvado en Tontorrón, tan sólo un infinito egoísmo infantil. Gracias a su poder, todos los objetos del Universo se hallaban a su alcance. Nada podía escapar a sus brazos

gordezuelos. Si tal era su deseo, podía tomar la Luna. Por fortuna, la mayor parte de las cosas estaban fuera de su comprensión. No le interesaban.

—Basta de juegos —dijo Curt—. ¿Puedes decirnos si hay telépatas lo bastante cerca para sondearnos?

Tontorrón procedió a una búsqueda desganada. Era consciente de los objetos, donde fuera que estuvieran. Por mediación de su talento estaba en contacto con el contenido físico del Universo.

—No hay ninguno cerca —afirmó al cabo de un rato—. Detecto uno a treinta metros de distancia. Le enviaré algo más atrás. Odio que los telépatas invadan mi intimidad.

—Todo el mundo odia a los Teps —dijo Sally—. Es un talento sucio y repugnante. Leer las mentes de las personas es como mirarlas cuando se bañan, se visten o comen. Es anormal.

Curt sonrió.

—¿En qué se diferencian de los Precogs? No dirás que eso es normal.

—La precognición tiene que ver con los acontecimientos, no con las personas —contestó Sally—. Saber lo que va a ocurrir no es peor que saber lo que ya ha ocurrido.

—Pero podría ser mejor —señaló Curt.

—No —le contradijo Sally—. Nos ha metido en este lío. Debo vigilar siempre lo que pienso por su culpa. Cada vez que veo a un Tep se me pone la piel de gallina, y por más que me esfuerzo no puedo dejar de pensar en ella, sólo por saber que no debo.

—Mi facultad precog no tiene nada que ver con Pat —protestó Curt—. Precognición no implica fatalidad. Localizar a Pat fue un trabajo complicado. Fue una elección deliberada por mi parte.

—¿Lo lamentas? —preguntó Sally.

—No.

—De no ser por mí —interrumpió Tontorrón—, nunca habrías localizado a Pat.

—Ojalá no hubiera ocurrido —dijo Sally de todo corazón—. De no ser por Pat, no nos habríamos visto mezclados en este lío. —Lanzó una mirada hostil a Curt—. Y no creo que sea guapa.

—¿Qué sugieres? —preguntó Curt a la niña, con más paciencia de lo normal. Había anticipado la inutilidad de intentar explicar lo de Pat a una cría y a un idiota—. No podemos fingir que no la encontramos.

—Ya lo sé —admitió Sally—, y los Teps ya han extraído algo de nuestras mentes. Por eso hay tantos en las cercanías. Es estupendo ignorar su paradero.

—Yo sé dónde está —dijo Tontorrón—. Sé el lugar exacto.

—No, no es verdad —replicó Sally—. Sólo sabes cómo llegar a ella que no es lo mismo. Eres incapaz de explicarlo; nos envías allí y nos traes de regreso.

—Es un planeta —dijo Tontorrón, irritado—, con plantas raras y un montón de cosas verdes. Y el aire está enrarecido. Vive en un campamento. La gente trabaja la tierra todo el día. Hay muy poca gente. Viven muchos animales tontos. Hace frío.

—¿Dónde está? —preguntó Curt.

—Está… —farfulló Tontorrón. Agitó sus brazos pulposos—. En algún lugar cerca de…

Se rindió, lanzó un bufido de rencor en dirección a Sally y materializó un depósito de agua sucia sobre la cabeza de la muchacha. Cuando el agua se derramó sobre ella, Sally efectuó rápidos movimientos con las manos.

Tontorrón chilló de terror y el agua se desvaneció. Se quedó tembloroso y jadeante, mientras Sally secaba su ropa mojada. Había animado los dedos de la mano izquierda de Tontorrón.

—Será mejor que no lo vuelvas a hacer —le advirtió Curt—. Puedes paralizarle el corazón.

—El muy patán. —Sally rebuscó en un armario de suministros —. Bien, si ya ha tomado una decisión, terminemos de una vez. No se quede mucho rato. Cuando haya conseguido hablar con Pat, salgan los dos y no vuelvan hasta dentro de muchas horas. De noche hace frío y no tienen estufas. —Sacó una manta del ropero—. Me la voy a llevar.

—No vamos a ir —dijo Curt—. Esta vez será diferente.

Sally parpadeó.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

Hasta Tontorrón se sorprendió.

—Estaba a punto de trasladarte —se quejó.

—Lo sé —dijo Curt—, pero esta vez quiero traer aquí a Pat. Traerla a esta sala, ¿entiendes? Ésta es la ocasión de la que habíamos hablado. El gran momento ha llegado.

Sólo una persona acompañaba a Curt cuando entró en el despacho de Fairchild. Sally estaba en la cama, de vuelta al colegio. Tontorrón nunca se movía de su habitación. Tim continuaba en el colegio, pero no en manos de los telépatas, sino de las autoridades de clase Psi.

Pat le siguió con paso vacilante, asustada y nerviosa cuando los hombres sentados en el despacho levantaron la vista, preocupados.

Tenía unos diecinueve años. Era esbelta y de piel cobriza. Sus ojos eran grandes y oscuros. Llevaba una camisa de lona, tejanos y gruesos zapatos manchados de barro. Su masa de rizos negros estaba sujeta en un moño con una cinta roja. Las mangas subidas dejaban al descubierto unos brazos bronceados y fuertes. En el cinturón de piel llevaba un cuchillo, un teléfono y un paquete de raciones alimenticias y agua.

—Ésta es la chica —dijo Curt—. Mírenla bien.

—¿De dónde eres? —preguntó Fairchild a Pat. Apartó una montaña de papeles y memocintas para buscar su pipa.

Pat vaciló.

—Yo... —empezó. Se volvió hacia Curt, indecisa—. Me indicaste que nunca se lo dijera a nadie, incluido tú.

—Está bien —la tranquilizó Curt—. Ahora nos lo puedes decir. Anticipo lo que va a decir —explicó a Fairchild—, pero antes nunca lo hice. No quería que los Guardias me lo extrajeran del cerebro.

—Nací en Próxima VI —dijo Pat en voz baja—. Me crie allí. Es la primera vez que salgo del planeta.

Fairchild abrió los ojos de par en par.

—Un lugar salvaje. De hecho, nuestra región más primitiva.

El grupo de consejeros Norm y Psi se acercaron. Un hombre ancho de hombros, de rostro curtido por la intemperie y ojos astutos, levantó la mano.

—¿Debemos suponer que Tontorrón te ha traído aquí?

Pat asintió.

—Yo no lo sabía. Quiero decir que fue inesperado. —Dio unos golpecitos sobre su cinturón—. Estaba despejando de rastrojos la tierra... Estamos intentando aprovechar más terreno.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fairchild.

—Patricia Ann Connley.

—¿A qué clase perteneces?

Los labios de la muchacha, agrietados por el sol, se movieron.

—Clase Muda.

Los oficiales se agitaron.

—¿Eres una Mutante sin poderes Psi? —preguntó el anciano—. ¿En qué difieres exactamente de los Norm?

Pat dirigió una mirada a Curt y éste se adelantó para responder por ella.

—Esta chica cumplirá veintiún años dentro de dos. Ya sabe lo que eso significa. Si continúa todavía en la clase Muda, será esterilizada y confinada en un campamento. Es nuestra política colonial. Y si Terra nos vence, será esterilizada de todas formas,

como los demás Psis y Mutantes.

—¿Está intentando decir que posee un talento? —preguntó Fairchild—. ¿Quiere que la pasemos de Muda a Psi? —Sus manos juguetearon con los papeles de la mesa—. Cada día recibimos un millar de peticiones como ésa. ¿Ha venido a las cuatro de la madrugada sólo para eso? Llene un formulario, el procedimiento administrativo habitual.

El anciano carraspeó y preguntó de súbito:

—¿Esta chica es amiga suya?

—Exacto —contestó Curt—. Tengo un interés personal.

—¿Cómo la conoció? Si nunca ha salido de Próxima VI...

—Tontorrón me ha enviado al planeta unas veinte veces. Ignoraba que fuera Próxima VI, por supuesto. Sólo sabía que era un planeta de las colonias, primitivo, en estado salvaje. Todo empezó cuando tropecé en nuestros archivos de la clase Muda con un análisis de su personalidad y características neurológicas. En cuanto me di cuenta de la verdad, entregué a Tontorrón su pauta cerebral identificativa y le pedí que me enviara al planeta.

—¿Cuál es esa pauta? —preguntó Fairchild—. ¿Qué tiene de diferente?

—El talento de Pat jamás ha sido reconocido como Psi. En cierto modo no lo es, pero se convertirá en uno de los talentos más útiles que hayamos descubierto. Tendríamos que haberlo previsto. Donde se desarrolla un organismo, aparece otro antagónico.

—Vaya al grano —dijo Fairchild. Se acarició la barba incipiente del mentón—. Cuando me llamó, sólo dijo que...

—Considere los diversos talentos Psi como armas de supervivencia. Considere que la capacidad telepática ha evolucionado para defender un organismo. El telépata tiene ventaja sobre sus enemigos. ¿Continuará siempre así? ¿No suele aparecer siempre un elemento de equilibrio?

El anciano fue el primero en entender.

—Claro —dijo, con una sonrisa de irónica admiración—. La chica es opaca a los sondeos telepáticos.

—Exacto. Es la primera, pero habrá más. Y no se tratará tan sólo de una defensa contra los sondeos telepáticos. Existirán organismos resistentes a los Paraquinéticos, a los Precogs como yo, a los Resurreccionistas, a los Animadores, a todos los poderes Psi. Ya tenemos una cuarta clase: la clase Anti-Psi. Era inevitable que apareciera.

III

El café era artificial, pero caliente y sabroso. Al igual que los huevos y el tocino, era una mezcla sintética de harinas y proteínas cultivadas en depósitos, con una dosis cuidadosamente regulada de fibras vegetales nativas. Mientras comían, salió el sol. El paisaje gris y desolado de Próxima III se tiñó de un rojo muy suave.

—Es bonito —dijo Pat con timidez, mirando por la ventana de la cocina—. Echaré un vistazo a sus herramientas de cultivo. Tienen muchas más que nosotros.

—Hemos tenido más tiempo —le recordó Curt—. Este planeta fue colonizado un siglo antes que el de ustedes. Ya nos atraparán. En muchos sentidos, Próxima VI es más rico y fértil.

Julie no estaba sentada a la mesa, sino de pie, apoyada en la nevera, con los brazos cruzados y una expresión severa en el rostro.

—¿Se va a quedar aquí? —preguntó con voz tensa—. ¿En esta casa, con nosotros?

—Exacto —contestó Curt.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días. Una semana. Hasta que Fairchild se ponga en acción.

Fuera de la casa se escucharon leves ruidos. Los habitantes del complejo residencial empezaban a levantarse. La temperatura de la cocina era muy agradable; una ventana de plástico transparente la separaba del paisaje de rocas caídas, árboles y plantas raquíticos que se extendían hasta cientos de kilómetros de distancia. El viento frío de la mañana diseminaba la basura que sembraba el desierto espaciopuerto, enclavado al borde del complejo.

—Esa pista era el vínculo entre nosotros y el Sistema Solar —dijo Curt—. El cordón umbilical. Ahora se ha cortado, al menos por un tiempo.

—Es hermoso —afirmó Pat.

—¿La pista?

La joven señaló las torres de un complejo de minería y fundición que se veían detrás de las filas de casas.

—Me refiero a eso. El paisaje es igual que el nuestro, desolado y terrible, pero las instalaciones simbolizan la lucha por vencer a ese paisaje. —Se estremeció—. Me he pasado toda la vida luchando

contra árboles y rocas, intentando aprovechar el suelo, intentando construir un lugar donde vivir. En Prox VI no tenemos maquinaria, sólo herramientas manuales y nuestras espaldas. Ya has visto nuestras aldeas.

Curt bebió café.

—¿Hay muchos Psis en Prox VI?

—Algunos, la mayoría de escasa entidad. Unos cuantos Resurreccionistas, un puñado de Animadores. Ninguno tan bueno como Sally. —Lanzó una carcajada y dejó sus dientes al descubierto —. Somos unos patanes de pueblo, comparados con esa metrópoli urbana. Ya has visto cómo vivimos. Aldeas dispersas, granjas, unos pocos centros de aprovisionamiento aislados, una pista de aterrizaje miserable... Has visto a mi familia, a mis hermanos y a mi padre, nuestra vida hogareña, si se puede llamar hogar a aquella cabaña. Tres siglos de retraso respecto a Terra.

—¿Aprendiste muchas cosas sobre Terra?

—Oh, sí. Hasta la segregación nos llegaban cintas directamente desde el Sistema Solar. No es que lamente que nos hayamos separado. Tendríamos que haber trabajado más, en lugar de mirar cintas, pero era interesante ver el mundo madre, las grandes ciudades, sus millones y millones de habitantes, las primeras colonias de Marte y Venus. Era fascinante. —Su voz vibró de entusiasmo—. En otro tiempo, aquellas colonias fueron como la nuestra. Tuvieron que despejar Marte, al igual que nosotros estamos limpiando Prox VI. Limpiaremos Prox VI, levantaremos ciudades, allanaremos campos. Y todos colaboraremos.

Julie se apartó de la nevera y empezó a recoger los platos de la mesa, sin mirar a Pat.

—Tal vez soy un poco ingenua —dijo a Curt—, pero, ¿dónde va a dormir?

—Ya sabes la respuesta —respondió Curt con paciencia—. Lo has anticipado todo. Como Tim está en el colegio, ocupará su habitación.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Alimentarla, servirla, ser su criada? ¿Qué se supone que debo decir a la gente cuando la vea? — Julie elevó el tono de voz—. ¿Debo decir que es mi hermana?

Pat sonrió a Curt, mientras jugueteaba con un botón de su camisa. En apariencia, la voz áspera de Julie no le afectaba, como si no la oyera. Tal vez por ese motivo, la Guardia no podía sondearla. Indiferente, casi autista, daba la impresión que era impermeable al rencor y la violencia.

—No necesita que nadie le sirva —contestó Curt a su mujer—.

Déjala en paz.

Julie encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

—Me encantará dejarla en paz, pero no puede ir por ahí vestida con esa ropa de presidiaria.

—Préstale ropa tuya —sugirió Curt.

Julie hizo una mueca.

—Mi ropa no le sentará bien; es demasiado fornida —dijo a Pat con deliberada crueldad—. ¿Qué talla usas, una 44? Dios mío, ¿te dedicas a tirar de un arado? Fíjate en su cuello y hombros... Parece un percherón.

Curt se levantó con brusquedad y apartó su silla de la mesa.

—Ven —ordenó a Pat. Era vital enseñarle algo que no fuera esa corriente subterránea de odio—. Voy a enseñarte los alrededores.

Pat se puso en pie de un salto, las mejillas encendidas.

—Quiero verlo todo. —Corrió tras Curt; mientras éste tomaba el abrigo y se encaminaba hacia la puerta—. ¿Me enseñarás el colegio donde adiestran a los Psis? Quiero ver cómo desarrollan sus capacidades. ¿Me enseñarás la organización del gobierno colonial? Quiero ver a Fairchild; trabajar con los Psis.

Julie siguió a los dos hasta el porche. El gélido aire matinal remolineó a su alrededor, mezclado con el ruido de los coches que salían de la zona residencial en dirección a la ciudad.

—En mi habitación encontrarás faldas y blusas —dijo Julie a Pat —. Toma algo ligero. Aquí hace más calor que en Prox VI.

—Gracias —contestó Pat.

Entró a toda prisa en la casa.

—Es guapa —dijo Julie a Curt—. Cuando se haya lavado y vestido, tendrá buen aspecto. Su figura no está mal, aunque algo robusta. ¿Su mente, su personalidad, son atrayentes?

—Por supuesto —dijo Curt.

Julie se encogió de hombros.

—Bueno, es joven. Mucho más joven que yo. —Sonrió con tristeza—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Hace diez años... Yo tenía muchas ganas de verte, de hablar contigo. Eras el único otro Precog, aparte de mí. Abrigaba muchos sueños y esperanzas acerca de nosotros. Tenía su edad. ¿Tal vez un poco más joven?

—Era difícil saber cómo iba a funcionar —dijo Curt—. Incluso para nosotros. Una anticipación de media hora no es mucho, en estas cosas.

—¿Desde cuándo dura? —preguntó Julie.

—No mucho.

—¿Ha habido otras mujeres?

—No. Sólo Pat.

—Cuando descubrí que había otra, confié en que fuera buena para ti. Si estuviera segura que esa chica tiene algo que ofrecerte… Supongo que es su introspección lo que da impresión de vaciedad. Tú te entiendes mejor con ella que conmigo. Es probable que no captes la falta, si se trata de una falta. Puede que esté relacionado con su talento, su opacidad.

Curt se anudó los cordones de sus zapatos.

—Creo que es una especie de inocencia. No ha sido afectada por cosas propias de nuestra sociedad urbana e industrial. Cuando hablabas de ella, ni siquiera parecía darse cuenta.

Julie rozó su brazo.

—Cuídala bien. Va a necesitarlo. Me pregunto cuál será la reacción de Reynolds.

—¿Ves algo?

—Sobre ella, nada. Te vas a marchar… Yo me quedaré sola durante el próximo intervalo, hasta donde alcanzo a ver, trabajando en la casa. Ahora, me iré a la ciudad a comprar ropa. Quizá le encuentre algo.

—Le compraremos cosas —dijo Curt—. Debería llevar ropa nueva.

Pat apareció con una blusa color crema y una falda amarilla larga hasta los tobillos, sus negros ojos brillantes y el cabello mojado de rocío.

—¡Estoy lista! ¿Nos vamos?

El sol se derramó sobre ellos cuando salieron al nivel del suelo.

—Primero, iremos al colegio y recogeremos a mi hijo.

Los tres caminaron con parsimonia por el sendero de grava que corría entre el edificio de hormigón blanco del colegio y el césped mojado, que con tanto empeño defendían del clima hostil del planeta. Tim precedía a Pat y Curt, escuchando y escrutando los objetos que le rodeaban, el cuerpo tenso inclinado hacia adelante, ágil y alerta.

—No habla mucho —observó Pat.

—Está demasiado ocupado para prestarnos atención.

Tim se detuvo detrás de un matorral. Pat le siguió, curiosa.

—¿Qué busca? Es un niño muy guapo… Tiene el cabello de Julie, es muy bonito.

—Mira allí —indicó Curt a su hijo—. Hay muchos niños. Ve a jugar con ellos.

Ante la entrada del edificio principal se habían congregado

grupos de padres con sus hijos. Oficiales uniformados del colegio se movían entre ellos, eligiendo, verificando, dividiendo a los niños en diversos subgrupos. De vez en cuando, permitían que uno de los subgrupos pasara el sistema de control y entrara en el edificio. Las madres aguardaban fuera, atemorizadas y patéticamente esperanzadas.

—Es igual que en Prox VI —dijo Pat—, cuando los equipos escolares vienen a realizar el censo y la inspección. Todo el mundo quiere que los niños sin clasificar pasen a la clase Psi. Mi padre intentó durante años sacarme de los Mudos. Al final se rindió. Aquel informe que viste era una de sus solicitudes periódicas. Se traspapeló, ¿verdad? Acumuló polvo en un cajón.

—Si esto sale bien —contestó Curt—, muchos más niños tendrán la posibilidad de abandonar la clase Muda. Tú no serás la única, sino la primera de una larga lista, confiemos.

Pat dio una patada a una piedra.

—No me siento tan original, tan radicalmente diferente. No siento nada en absoluto. Dices que soy opaca a la invasión telepática, pero sólo me han sondeado una o dos veces en toda mi vida. —Se tocó la cabeza con sus dedos cobrizos y sonrió—. Si ningún Guardia me sondea, soy como todo el mundo.

—Tu capacidad es un contratalento —señaló Curt—. Es necesario despertar el talento dormido. No eres consciente de él durante tu rutinaria vida cotidiana, por supuesto.

—Un contratalento. Parece tan…, tan negativo. No hago nada, al contrario que ustedes. No muevo objetos, ni convierto piedras en pan, ni doy a luz sin necesidad de fecundación, ni resucito a los muertos. Anulo la capacidad de otros, nada más. Se me antoja una capacidad hostil, absurda: anular el factor telepático.

—Puede ser tan útil como el propio factor telepático, especialmente para nosotros, los no Teps.

—Supón que aparece alguien que anula tu capacidad, Curt. —Hablaba con gran seriedad, en un tono desalentado y afligido—. Gente que anule todos los talentos Psi. Volveremos al punto de partida. Será como si no tuviéramos poderes Psi.

—No lo creo. El factor Anti-Psi es una restauración natural del equilibrio. Un insecto aprende a volar; por lo tanto, otro aprende a tejer telarañas para atraparlo. ¿Es lo mismo que no volar? Las almejas desarrollan conchas duras para protegerse; por lo tanto, las aves aprendieron a volar para elevarlas en el aire y dejarlas caer sobre una roca. En cierto sentido, eres una forma de vida depredadora de los Psis, y los Psis son una forma de vida

depredadora de los Norms. Eso te convierte en amiga de la clase Norm. Equilibrio, el círculo cerrado, depredador y presa. Es un sistema eterno y, francamente, no se me ocurre la manera de mejorarlo.

—Te podrían considerar un traidor.

—Sí. Supongo que sí.

—¿No te preocupa?

—Me preocupa que la gente sienta hostilidad hacia mí, pero es imposible vivir mucho tiempo sin despertar hostilidad. Julie siente hostilidad hacia ti. Reynolds siente hostilidad hacia mí. Es imposible complacer a todo el mundo, porque cada persona desea cosas diferentes. Si complaces a uno, desagradas a otro. En la vida hay que decidir a quién se quiere complacer. Yo prefiero complacer a Fairchild.

—Estará contento.

—Si se da cuenta de lo que está pasando. Fairchild es un burócrata saturado de trabajo. Tal vez decida que me he excedido en mis funciones al actuar a petición de tu padre. Tal vez se incline por devolverte a Prox VI. Incluso está la posibilidad que me aplique una sanción.

Salieron del colegio y se dirigieron por la autopista hacia la orilla del océano. Tim gritó de felicidad en la inmensa playa desierta, mientras corría agitando los brazos. Sus chillidos se perdieron en el murmullo de las olas que lamían la orilla. El sol rojizo se alzaba sobre ellos. Los tres estaban completamente aislados por el océano, el cielo y la playa. No se veía a ningún otro ser humano, tan sólo una bandada de aves indígenas que buscaban crustáceos en la arena.

—Es maravilloso —dijo Pat, impresionada—. Creo que los océanos de Terra son como éste, grandes, brillantes y rojos.

—Azules —corrigió Curt.

Estaba tendido sobre la arena caliente, fumaba en pipa y contemplaba con semblante sombrío las olas que acariciaban la playa a unos metros de distancia. Las olas dejaban sobre la arena montones de algas marinas.

Tim volvió corriendo con los brazos cargados de hierbas que chorreaban. Las dejó caer ante Pat y su padre.

—Le gusta el océano —dijo Pat.

—Aquí no se pueden esconder los Otros —respondió Curt—. Puede ver a kilómetros de distancia, y así saber que no se están arrastrando hacia él.

—¿Los Otros? Es un niño muy extraño. Siempre ensimismado y ocupado. Se toma muy en serio su mundo alternativo. Supongo que es un mundo desagradable. Demasiadas responsabilidades.

El tono del cielo aumentó de intensidad. Tim se puso a construir una complicada estructura con arena sacada del borde del agua.

Pat, descalza, se reunió con Tim. Los dos se aplicaron a añadir infinitos muros, edificios auxiliares y torres. Los hombros y la espalda desnuda de la muchacha se perlaron de sudor. Se incorporó por fin, jadeante y exhausta, se apartó el cabello de los ojos y se puso en pie.

—Hace demasiado calor —dijo con voz ahogada, y se tendió al lado de Curt—. El clima es muy diferente aquí. Tengo sueño.

Tim siguió trabajando en la estructura. Los dos le contemplaron amodorrados, mientras el niño rompía grumos de arena seca entre los dedos.

—Supongo que no queda mucho de tu matrimonio —dijo Pat al cabo de un rato—. He destruido vuestra convivencia.

—No ha sido culpa tuya. En realidad, nunca estuvimos juntos. Sólo teníamos en común nuestro talento, y eso no tiene nada que ver con la personalidad global, con el individuo total.

Pat se quitó la falda y avanzó hacia la orilla del agua. Se acuclilló entre la espuma rosada y procedió a lavarse el pelo. Su cuerpo esbelto y bronceado, medio sepultado entre las montañas de espuma, brillaba bajo el sol.

—¡Ven! —gritó a Curt—. Está muy fría.

Curt tiró las cenizas de la pipa en la arena seca.

—Debemos volver. Tarde o temprano debo discutirlo con Fairchild. Hay que tomar una decisión.

Pat salió del agua con el cuerpo chorreando, la cabeza echada hacia atrás y el cabello caído sobre los hombros. Tim atrajo su atención y la joven se detuvo para examinar su edificio de arena.

—Tienes razón —dijo a Curt—. No deberíamos estar aquí, bañándonos, dormitando y construyendo castillos de arena. Fairchild se está esforzando por llevar a cabo la separación, y nosotros debemos construir cosas auténticas en las colonias.

Mientras se secaba con la chaqueta de Curt, le habló de Próxima VI.

—Es como en la Edad Media de Terra. La mayor parte de nuestro pueblo cree que los poderes Psi son milagros. Creen que los Psis son santos.

—Supongo que eso eran los santos —admitió Curt—. Resucitaban a los muertos, convertían material inorgánico en

orgánico y movían objetos a voluntad. Es probable que los poderes Psi siempre hayan estado presentes en la raza humana. El individuo de clase Psi no es nuevo. Siempre ha estado con nosotros, ayudando aquí y allá, perjudicando a la Humanidad cuando explotaba su talento en beneficio propio.

Pat se calzó las sandalias.

—Cerca de nuestro pueblo vive una anciana, una Resurreccionista de primera. No se irá de Prox VI; no se sumará a los equipos gubernamentales ni se integrará en el colegio. Quiere quedarse donde está, ser una bruja y una sabia. La gente acude a ella y cura a los enfermos.

Pat se abotonó la blusa y caminó hacia el coche.

—Cuando tenía siete años me rompí el brazo. Posó sus manos viejas y arrugadas sobre el miembro y la fractura se soldó. Por lo visto, sus manos irradian una especie de campo generativo que afecta a la velocidad de crecimiento de las células. Recuerdo que una vez un chico se ahogó y le devolvió a la vida.

—Consigue a una vieja que cure y a otra que pueda predecir el futuro, y tu pueblo ya lo tiene todo. Los Psis venimos ayudando desde hace mucho más tiempo del que creemos.

—¡Vámonos, Tim! —gritó Pat, llevándose sus bronceadas manos a los labios—. ¡Es hora de irnos!

El chico se agachó por última vez para examinar las profundidades de su estructura, las complicadas secciones interiores y su edificio de arena.

De repente lanzó un chillido, retrocedió de un salto y corrió hacia el coche como un poseso.

Pat le abrazó y el niño se aferró a ella, el rostro deformado de terror.

—¿Qué pasa? —Pat se había asustado—. Curt, ¿qué ha ocurrido?

Curt se arrodilló junto a su hijo.

—¿Qué había allí dentro? —preguntó con suavidad—. Tú lo construiste.

Los labios del niño se movieron.

—Un Izquierdo —murmuró, con voz casi inaudible—. Había un Izquierdo, lo sé. El primer Izquierdo real. Y no se desvaneció.

Pat y Curt intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿De qué está hablando? —preguntó Pat.

Curt se sentó al volante y abrió las puertas del coche.

—No lo sé, pero creo que lo mejor será regresar a la ciudad. Hablaré con Fairchild y aclararé de una vez por todas este asunto de

los Anti-Psi. Después, tú y yo podremos dedicarnos a Tim durante el resto de nuestras vidas.

Fairchild estaba pálido y cansado cuando se sentó ante el escritorio de su despacho, con las manos enlazadas frente a él. Unos pocos consejeros de clase Norm escuchaban con suma atención. Círculos oscuros habían aparecido bajo los ojos de Fairchild. Mientras seguía en silencio las palabras de Curt, bebió un vaso de zumo de tomate.

—En definitiva —murmuró Fairchild—, está diciendo que no podemos confiar en ustedes, los Psis. Es una paradoja. —Su voz tembló de desesperación—. Viene un Psi y me dice «todos los Psis mienten». ¿Qué demonios debo hacer?

—No todos los Psis. —Como había visto por anticipado la escena, Curt desplegaba una notable serenidad—. Estoy diciendo que, en cierto sentido, Terra tiene razón... La existencia de humanos con supertalentos plantea un problema a los humanos sin supertalentos. Sin embargo, la reacción de Terra constituye una equivocación: la esterilización es perversa y absurda. De todos modos, la cooperación no es tan fácil como usted imagina. Ustedes dependen de nuestros talentos para sobrevivir, y eso significa que les tenemos donde nosotros queremos. Podemos darles órdenes porque, sin nosotros, Terra nos invadiría y les metería a todos ustedes en una prisión militar.

—Y les destruirían a todos ustedes —indicó el anciano—. No lo olvide.

Curt contempló al viejo. Era el mismo individuo canoso y ancho de espaldas del día anterior. Había algo familiar en él, Curt se zambulló en su interior y dio un respingo, a pesar de su presciencia.

—Usted es un Psi —dijo.

El viejo efectuó una breve inclinación.

—Evidentemente.

—Basta —dijo Fairchild—. Muy bien, hemos visto a esa chica y aceptaremos su teoría del Anti-Psi. ¿Qué quiere que hagamos? —Se secó la frente, abrumado—. Sé que Reynolds es una amenaza, pero los infiltrados terranos pulularían por todas partes de no ser por la Guardia.

—Quiero crear una cuarta clase legal —declaró Curt—. La clase Anti-Psi. Quiero concederle la inmunidad contra la esterilización. Quiero que lo haga público. Aquí acuden mujeres procedentes de todas partes de las colonias con sus hijos, para intentar convencerles que no les ofrecen Mudos, sino Psis. Quiero que sitúe a los talentos

Anti-Psi donde nos sean de utilidad.

Fairchild se humedeció sus labios resecos.

—¿Cree que ya existen más?

—Es muy posible. Descubrí a Pat por accidente, pero hay que proceder a su búsqueda. Deje que las mujeres acudan en tropel… Necesitaremos todos los que podamos conseguir.

Se hizo el silencio.

—Reflexione en lo que está haciendo el señor Purcell —dijo por fin el anciano—. Puede aparecer un Anti-Precog, una persona cuyos actos futuros sea imposible ver por anticipado. Una especie de partícula indeterminada de Heisenberg… Un hombre que desbarate todas las predicciones Precog. Sin embargo, el señor Purcell nos ha ofrecido sus sugerencias. No está pensando en sí mismo, sino en la separación.

Los dedos de Fairchild se retorcieron.

—¡Reynolds se pondrá hecho una furia!

—Ya está hecho una furia —dijo Curt—. No queda duda que ya se ha enterado de esta conversación.

—¡Protestará!

Curt lanzó una carcajada y algunos oficiales sonrieron.

—Pues claro que protestará. ¿No lo entiende? Ustedes van a ser eliminados. ¿Cree que los Norm van a durar mucho tiempo más? La caridad escasea mucho en este universo. Ustedes, los Normales, miran a los Psis como patanes en un carnaval. Maravilloso, mágico. Alentaron a los Psis, fundaron el colegio, nos dieron la oportunidad de vivir en las colonias. Dentro de cincuenta años, serán nuestros esclavos. Realizarán nuestras tareas manuales…, a menos que tengan el sentido común de crear la cuarta clase, la clase Anti-Psi. Tienen que enfrentarse a Reynolds.

—Detesto enfrentarme con él —masculló Fairchild—. ¿Por qué demonios no podemos trabajar juntos? —Apeló a los demás presentes—. ¿Por qué no podemos ser hermanos?

—Porque no lo somos —contestó Curt—. Enfréntese a la realidad. La hermandad es una idea muy hermosa, pero será más fácil de lograr si llegamos a un equilibrio de las fuerzas sociales.

—¿Existe la posibilidad que, cuando se conozca en Terra el concepto de Anti-Psi, el programa de esterilización sea modificado? —sugirió el anciano—. Esta idea quizá elimine el terror irracional de los no mutantes, su fobia a que somos unos monstruos dispuestos a invadirles y apoderarnos de su planeta. Sentarnos a su lado en los cines. Casarnos con sus hermanas.

—Muy bien —se rindió Fairchild—. Redactaré una directriz

oficial. Denme una hora. No quiero dejar nada al azar.

Curt se levantó. Todo había terminado. Tal como había anticipado, Fairchild había accedido.

—Tendríamos que empezar cuanto antes a recibir informes —dijo—, en cuanto se inicie la comprobación rutinaria de los expedientes.

Fairchild asintió.

—Sí, casi de inmediato.

—Supongo que me mantendrá informado.

Curt experimentó un súbito acceso de temor. Había triunfado..., ¿o no? Examinó la siguiente media hora. No vio nada negativo. Captó una fugaz escena de él con Pat, de él con Julie y Tim. Sin embargo no se desprendió de su inquietud, una intuición más profunda que su precognición.

Todo parecía marchar viento en popa, pero sabía que algo básico y aterrador había salido mal.

## IV

Se encontró con Pat en un bar apartado de las afueras de la ciudad. La oscuridad se agolpaba alrededor de la mesa. La atmósfera estaba enrarecida por la cantidad de clientes congregados. Sonaron estallidos de carcajadas, apagadas por el rumor constante de las conversaciones.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la joven, cuando Curt se sentó frente a ella—. ¿Fairchild ha accedido?

Curt pidió un Tom Collins para ella y bourbon con agua para él. Después, resumió lo ocurrido.

—Así que todo ha salido bien. —Pat le acarició la mano—. ¿Verdad?

Curt sorbió su bebida.

—Eso creo. Se va a fundar la clase Anti-Psi, pero es demasiado fácil. Demasiado sencillo.

—Puedes ver por anticipado, ¿no? ¿Va a pasar algo?

Al otro lado del oscuro local, la máquina musical creaba vagas pautas de sonido, melodías y ritmos aleatorios que se derramaban sobre los clientes. Algunas parejas se movían con languidez, en respuesta a dichas pautas.

Curt le ofreció un cigarrillo y ambos lo encendieron con la vela que ardía en el centro de la mesa.

—Ahora, ya has conseguido un puesto en la sociedad.

Los ojos oscuros de Pat centellearon.

—Sí, es verdad. La nueva clase Anti-Psi. Ya no tengo de qué preocuparme. Todo ha terminado.

—Estamos esperando más. Si no aparecen otros, serás miembro de una clase única. La única Anti-Psi del Universo.

Pat permaneció en silencio unos instantes.

—¿Qué ves después de esto? —preguntó por fin. Bebió un poco de Tom Collins—. Quiero decir, voy a quedarme aquí, ¿verdad? ¿O tendré que regresar?

—Te quedarás aquí.

—¿Contigo?

—Conmigo. Y con Tim.

—¿Y Julie?

—Los dos firmamos mutuas renuncias hace años. Están

archivadas, pero no informatizadas. Fue un acuerdo que tomamos, para que ninguno de los dos hiciera la vida imposible al otro más adelante.

—Creo que le caigo bien a Tim. No le importará, ¿verdad?

—En absoluto.

—Puede ser bonito, ¿no es cierto? Los tres juntos. Podemos trabajar con Tim, intentar descubrir su talento, qué es y qué piensa. Me gustaría... poder estimularle. Y tenemos mucho tiempo por delante; no hay prisa.

Los dedos de la muchacha se cerraron en torno a los de Curt. Amparada en la oscuridad, se inclinó hacia él. Curt vaciló un momento, notó que su cálido aliento le quemaba los labios y la besó.

Pat sonrió.

—Tenemos muchas cosas que hacer. Aquí, y tal vez después en Prox VI. Quiero volver, algún día. ¿Será posible? Una temporada; no sería necesario quedarnos. Me gustaría ver cómo progresan las cosas por las que me he esforzado toda mi vida. Volver a ver mi mundo.

—Por supuesto. Volveremos.

Delante de la pareja, un hombrecillo nervioso había terminado su pan de ajo y su vino. Se secó la boca, consultó el reloj y se levantó. Mientras pasaba al lado de Curt, hundió la mano en el bolsillo, tintinearon unas monedas, y volvió a sacar la mano, que aferraba un tubo delgado. Giró en redondo, se inclinó sobre Pat y apretó el extremo del tubo.

Del tubo surgió una única cápsula, que rozó una fracción de segundo el brillante cabello de la muchacha y desapareció. El eco de una vibración se propagó a las mesas cercanas. El hombrecillo nervioso continuó su camino.

Curt se levantó, aturdido por el sobresalto. Seguía con la mirada fija, paralizado, cuando Reynolds apareció a su lado y le apartó con firmeza.

—Está muerta —dijo Reynolds—. Intente comprenderlo. Murió instantáneamente. No sufrió el menor dolor. Afecta directamente al sistema nervioso central. Ni siquiera se dio cuenta.

Ningún cliente del bar se había movido. Estaban sentados a sus mesas, el rostro impasible, con la vista clavada en Reynolds mientras éste pedía que encendieran más luces. La oscuridad se disipó y los objetos del local adquirieron mayor definición.

—Paren ese trasto —ordenó Reynolds. La máquina de música se sumió en el silencio—. Estas personas son Guardias —explicó a Curt

—. Sondeamos sus pensamientos acerca de este lugar en cuanto entró en el despacho de Fairchild.

—No me di cuenta —murmuró Curt—. No lo anticipé.

—El hombre que la ha matado es un Anti-Psi —dijo Reynolds—. Hace años que conocemos esa categoría. Recuerde que fue necesario un sondeo preliminar para eliminar el escudo de Patricia Connley.

—Sí —admitió Curt—. Uno de los suyos la sondeó hace años.

—No nos gusta el concepto Anti-Psi. Queríamos eliminar a esa clase, pero nos interesaba. Durante la pasada década, descubrimos y neutralizamos a catorce Anti-Psis. En esto, hemos dejado atrás a toda la clase Psi…, excepto a usted. El problema consiste en que es imposible descubrir un talento Anti-Psi hasta que se enfrenta contra el talento psiónico que anula.

Curt comprendió.

—Tenían que enfrentar a este hombre con un Precog. Y sólo existe otro, aparte de mí.

—Julie colaboró. Le planteamos el problema hace meses. Contábamos con pruebas indiscutibles sobre su relación con esa joven. Ignoro cómo esperaba impedir que los telépatas conocieran sus planes, pero está claro que se lo creyó. En cualquier caso, la muchacha ha muerto. Y no habrá una clase Anti-Psi. Esperamos lo máximo posible, porque no nos gusta destruir a individuos con talento, pero Fairchild se disponía a firmar el decreto de legalización. Tuvimos que actuar cuanto antes.

Curt lanzó sus puños hacia adelante, aun sabiendo que era inútil. Reynolds saltó hacia atrás; su pie tropezó con la mesa y se tambaleó. Curt rompió el vaso de Pat contra la mesa y lanzó sus bordes dentados hacia la cara de Reynolds.

Los Guardias le apartaron.

Curt se soltó. Alzó el cuerpo de Pat. Aún estaba caliente; su rostro se veía sereno, inexpresivo, una cáscara vacía que no reflejaba nada. La sacó del bar y salió a la calle en sombras. Un momento después, la introdujo en su coche y se puso al volante.

Se dirigió al colegio, estacionó el coche y la trasladó al edificio principal. Se abrió paso entre los atónitos oficiales, llegó a los aposentos de los niños y empujó con el hombro la puerta de la habitación de Sally.

Estaba despierta y vestida, sentada en una silla de respaldo alto. La niña le miró con aire desafiador.

—¿Lo ves? —gritó—. ¿Ves lo que has conseguido?

Estaba demasiado aturdido para responder.

—¡Y todo por tu culpa! Obligaste a Reynolds a intervenir. Tuvo

que matarla. —Se puso en pie de un brinco y corrió hacia él, chillando como una histérica—. ¡Eres nuestro enemigo! Quieres meternos en problemas a todos. Le conté a Reynolds lo que estabas haciendo, y él…

Se calló cuando Curt salió de la habitación, cargado con el cuerpo de Pat. Mientras corría por el pasillo, la muchacha le siguió, fuera de sí.

—Quieres dar el salto… ¡Quieres que obligue a Tontorrón a transportarte!

Le adelantó, corriendo de un lado a otro como un insecto maníaco. Resbalaban lágrimas sobre sus mejillas; su rostro se había deformado hasta extremos inconcebibles. Le siguió sin descanso hasta la cámara de Tontorrón.

—¡No pienso ayudarte! ¡Eres nuestro enemigo y no volveré a ayudarte! Me alegro que haya muerto. ¡Ojalá tú también hubieras muerto! Cuando Reynolds te cace, te matará. Me lo dijo él. Dijo que ya no existiría otro como tú, que todo seguiría el camino correcto, y que nadie, ni tú ni ninguno de esos cabezadormidas, nos detendría.

Depositó el cuerpo de Pat sobre el suelo y salió de la cámara. Sally corrió tras él.

—¿Sabes lo que ha hecho con Fairchild? Le ha modificado, para que no pueda volver a hacer nada nunca más.

Curt abrió una puerta y entró en la habitación de su hijo. La puerta se cerró a su espalda y los gritos frenéticos de la niña se convirtieron en una vibración apagada. Tim se incorporó en la cama, sorprendido y aturdido de sueño.

—Vamos —dijo Curt.

Arrancó al niño de la cama, le vistió y salieron al pasillo.

Sally les detuvo cuando volvieron a entrar en la cámara de Tontorrón.

—No lo hará —aulló—. Me tiene miedo y le dije que no lo hiciera. ¿Lo entiendes?

Tontorrón estaba desparramado sobre su inmensa silla. Levantó su gran cabeza cuando Curt se acercó.

—¿Qué quieres? —murmuró—. ¿Qué le pasa? —Indicó el cuerpo inerte de Pat—. ¿Se ha muerto, o algo así?

—¡Reynolds la ha matado! —chilló Sally, bailando alrededor de Curt y su hijo—. ¡Y matará al señor Purcell! ¡Matará a todo aquel que intente detenernos!

Las gruesas facciones de Tontorrón se ensombrecieron. Los rollos de carne se tiñeron de un tono púrpura.

—¿Qué pasa, Curt? —murmuró.
—La Guardia ha tomado el poder.
—¿Han matado a tu chica?
—Sí.
Tontorrón consiguió sentarse y se inclinó hacia adelante.
—¿Reynolds te persigue?
—Sí.
Tontorrón se lamió sus gruesos labios, vacilante.
—¿Adónde quieres ir? —preguntó con voz ronca—. Puedo trasladarte a donde quieras, a Terra, tal vez, o…
Sally ejecutó frenéticos movimientos con sus manos. Parte de la silla de Tontorrón se animó. Los brazos se retorcieron a su alrededor y se hundieron con fuerza en su fofa barriga. El ser vomitó y cerró los ojos.
—¡Haré que lo lamentes! —canturreó Sally—. ¡Puedo hacerte cosas terribles!
—No quiero ir a Terra —dijo Curt. Recogió el cuerpo de Pat e indicó con un gesto a Tim que se acercara—. Quiero ir a Próxima VI.
Tontorrón se debatía en un mar de dudas. Oficiales y Guardias se acercaban a la cámara con sigilo. Una corriente de incertidumbre recorría los pasillos.
La voz chillona de Sally se elevó sobre el estruendo, para atraer la atención de Tontorrón.
—¡Ya sabes lo que haré! ¡Ya sabes lo que te pasará!
Tontorrón tomó su decisión. Se ocupó de Sally antes de volverse hacia Curt. Una tonelada de plástico fundido transportado desde alguna fábrica terrana se abatió sobre la niña, como un torrente siseante. El cuerpo de Sally se disolvió, mientras un brazo se levantaba y agitaba. El eco de su voz quedó flotando en el aire.
Tontorrón había actuado, pero la deformación que la niña agonizante había lanzado contra él ya había cobrado existencia. Cuando Curt percibió a su alrededor el aire de la transportación espacial, captó una breve visión del tormento infligido a Tontorrón. No había visto con precisión lo que Sally había suspendido sobre la gran cabeza del idiota, pero ahora lo vio y comprendió las vacilaciones de Tontorrón. Un chillido agudo surgió de la garganta de éste, mientras la cámara se alejaba. Tontorrón cambió y fluctuó cuando el cambio operado por Sally le engulló.
Curt comprendió en aquel momento el valor sepultado bajo los rollos de grasa. Tontorrón conocía el peligro, lo había asumido, y también aceptado (más o menos) las consecuencias.

El inmenso cuerpo se había transformado en una masa de arañas, una montaña de seres peludos y agitados, miles de ellos, incontables arañas que se separaban y volvían a arracimarse.

Y entonces, la cámara desapareció. Estaba en otro sitio.

Atardecía. Siguió tendido un rato, medio sepultado en el denso follaje. A su alrededor zumbaban insectos, que buscaban humedad en los tallos de las flores malolientes. El cielo teñido de rojo relucía a la luz del sol. A lo lejos, un animal chilló en tono lastimero.

Su hijo se removió a su lado. El niño se levantó, paseó sin rumbo y volvió con su padre.

Curt se incorporó. Tenía la ropa desgarrada. Sobre su mejilla resbalaba sangre, que mojaba su boca. Meneó la cabeza, se estremeció y paseó la vista en torno suyo.

El cuerpo de Pat yacía a unos metros de distancia. Un objeto roto y desarticulado, carente de toda vida. Un cascarón vacío y abandonado.

Se arrastró hacia ella. Estuvo acuclillado durante un rato, contemplándola con aire ausente. Después, la cargó en su espalda y se levantó.

—Vámonos de aquí —dijo a Tim.

Caminaron durante largo tiempo. Tontorrón les había depositado lejos de los lugares habitados, en el caos palpitante de la selva de Próxima VI. Al llegar a un campo se detuvieron y descansaron. Una columna de humo azul se alzaba sobre la hilera de árboles. Una chimenea, tal vez, o alguien que quemaba matojos. Cargó de nuevo a Pat y prosiguieron su camino.

Cuando salió a la carretera procedente de la espesura, los campesinos se quedaron paralizados de terror. Algunos huyeron, otros no se movieron, mirando sin comprender al hombre y al niño.

—¿Quién eres? —preguntó uno, mientras manoseaba un cuchillo —. ¿Qué llevas ahí?

Trajeron una camioneta, dejaron que depositara a Pat entre la madera recién cortada y les condujeron al pueblo más cercano, situado a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Les dieron gruesas prendas de trabajo y comida, procedentes del almacén general del pueblo. Bañaron y se ocuparon de Tim, y más tarde se convocó una asamblea general.

Se sentó a una enorme y tosca mesa, sembrada de los restos de la comida anterior. Sabía cuál iba a ser la decisión de sus anfitriones; la había anticipado sin problemas.

—La vieja no puede recomponer a alguien tan deteriorado —le

explicó el líder del pueblo—. Todos los ganglios superiores, el cerebro y casi toda la columna vertebral de la muchacha han desaparecido.

Escuchó sin decir nada. Después, consiguió una baqueteada camioneta, cargó en su interior a Pat y Tim, y emprendió nuevamente el viaje.

Habían avisado al pueblo de Pat mediante una radio de onda corta. Manos salvajes la sacaron de la camioneta; un pandemónium de gritos y furia se alzó alrededor de Curt, rostros deformados por la pena y el horror. Gritos, empujones, preguntas, una confusión de hombres y mujeres, hasta que los hermanos de Pat abrieron un camino entre la multitud para llevarle a casa.

—Es inútil —le dijo su padre—. Y la vieja se fue hace años, según creo. —El hombre indicó las montañas—. Vivía allí. Bajaba con frecuencia, pero hace años que no la vemos. —Aferró con rudeza a Curt—. ¡Es demasiado tarde, maldita sea! ¡Está muerta! ¡No puede resucitarla!

Escuchó las palabras en silencio. No le interesaban las predicciones de ningún tipo. Cuando terminaron de hablar con él, tomó el cuerpo de Pat, lo cargó hasta el camión, llamó a su hijo y se marcharon.

El camión ascendió en silencio por la carretera que serpenteaba hacia las montañas. El aire frío mordió la carne de Curt. Densas nubes de niebla que se elevaban del suelo cretoso ocultaban la carretera. Más adelante, un animal bloqueó su camino hasta que lo alejó a base de tirarle piedras. Por fin, el camión agotó la gasolina y se detuvo. Saltó al suelo, permaneció de pie un rato, despertó a su hijo y siguieron a pie.

Casi había anochecido cuando encontró la cabaña, colgada sobre un saliente rocoso. Un fétido hedor a asaduras y pellejos secos hirió su nariz, mientras se abría paso entre montones de escombros, latas y cajas, telas podridas y madera infestada de termitas.

La vieja estaba regando un pequeño huerto de verduras paupérrimas. Cuando Curt se acercó, la anciana bajó la regadera y se volvió hacia él. Su rostro arrugado expresó suspicacia y asombro.

—No puedo hacerlo —dijo, agachada sobre el cuerpo inerte de Pat. Palpó con sus manos resecas y correosas el rostro de la muchacha, le abrió la camisa, apretó la piel de la nuca, apartó la masa de cabello negro y aferró el cráneo con sus fuertes dedos—. No, no puedo hacer nada. —Su voz resonó con aspereza en la niebla nocturna que remolineaba a su alrededor—. Está consumida. No

queda tejido que sanar.

Curt consiguió mover sus labios agrietados.

—¿Hay algún otro Resurreccionista por los alrededores? —preguntó.

La vieja se puso en pie con un esfuerzo.

—Nadie puede ayudarte, ¿no lo entiendes? ¡Está muerta!

Curt permaneció inmóvil. Interrogó a la mujer una y otra vez. Por fin, obtuvo una respuesta desganada. Al otro lado del planeta creía que había un competidor. Entregó a la anciana sus cigarrillos, encendedor y estilográfica, cargó con el cuerpo muerto y volvió sobre sus pasos. Tim le siguió con la cabeza gacha y el cuerpo encorvado de cansancio.

—Vamos —le ordenó Curt con aspereza.

La anciana les observó en silencio mientras se alejaban bajo la luz de las dos tristes lunas amarillentas de Próxima VI.

Sólo consiguió avanzar medio kilómetro. De alguna forma, sin previa advertencia, el cuerpo de la muchacha había desaparecido. La había perdido, dejado caer en algún momento, entre las rocas sembradas de basura y las malas hierbas que cubrían el sendero. Tal vez en uno de los profundos barrancos que bordeaban el mellado costado de la montaña.

Se sentó en el suelo y descansó. No quedaba nada. Fairchild había caído en manos de la Guardia. Sally había destruido a Tontorrón. Sally también había desaparecido. Las colonias estaban a merced de Terra; su escudo protector contra los proyectiles se había disuelto cuando Tontorrón murió. Y Pat.

Oyó un ruido a su espalda. Se volvió apenas, abrumado de desesperación y agotamiento. Por un momento pensó que era Tim. Forzó la vista. La sombra surgida de la oscuridad era demasiado alta, caminaba con demasiada seguridad. Era una sombra familiar.

—Tiene razón —dijo el anciano, el viejo Psi que se encontraba en el despacho de Fairchild. Hizo su aparición, inmenso y aterrador, a la luz amarillenta de la luna—. Es inútil intentar devolverle la vida. Podría conseguirse, pero es demasiado difícil. Y usted y yo debemos pensar en otras cosas.

Curt huyó. Cayó, resbaló y bajó ciegamente por la senda. Por fin, llegó a la planicie.

Cuando se detuvo, vio que era Tim quien le seguía. Por un momento, pensó que había sufrido una alucinación, un engaño de su imaginación. El viejo había desaparecido.

No lo comprendió del todo hasta presenciar el cambio que tenía

lugar ante sus ojos. Y esta vez fue al revés. Comprendió que éste era un Izquierdo. Y era una silueta familiar, pero diferente. Una silueta que recordaba del pasado.

Donde se había erguido el niño de ocho años, apareció un lloroso y asustado niño de dieciséis meses. Ahora, la sustitución se había producido en el otro sentido..., y no pudo negar lo que sus ojos veían.

—Muy bien —dijo, cuando su hijo de ocho años volvió a materializarse y el bebé desapareció.

Sin embargo, el niño sólo permaneció un momento. Se desvaneció casi al instante, y esta vez apareció una forma nueva. Un hombre de poco más de treinta años, un hombre que Curt nunca había visto.

Un hombre que le resultó familiar.

—Eres mi hijo —dijo Curt.

—Exacto. —El hombre le examinó a la mortecina luz—. Te das cuenta que es imposible resucitarla, ¿verdad? Debemos dejar esto en claro antes de continuar.

Curt asintió.

—Lo sé.

—Estupendo. —Tim avanzó hacia él con la mano extendida—. Entonces, regresemos. Tenemos mucho que hacer. Los Derechos del medio y el extremo hemos intentado emerger durante mucho tiempo. Es difícil aflorar sin permiso del Central. Y en estos casos, el Central es demasiado joven para comprender.

—De modo que se refería a eso —murmuró Curt, mientras los dos se encaminaban al pueblo—. Los Otros son él mismo, en diversos puntos de su pista temporal.

—El Izquierdo son los Otros anteriores —contestó Tim—. El Derecho es el futuro, por supuesto. Tú decías que Precog más Precog igual a nada. Ahora, ya sabes la verdad. Dan lugar al Precog definitivo: la capacidad de viajar por el tiempo.

—Los Otros trataban de emerger. Él les veía y se asustaba.

—Era muy difícil, pero sabíamos que al final maduraría lo suficiente para comprender. Elaboró una complicada mitología. Nosotros, quiero decir. Yo. —Tim rió—. Aún no tenemos una terminología adecuada. Nunca existe un acontecimiento único.

—Yo podía cambiar el futuro, porque lo veía de antemano —dijo Curt—, pero no podía cambiar el presente. Tú puedes cambiar el presente, retrocediendo al pasado. Por eso aquel Otro Derecho extremo, el viejo, iba siempre pegado a Fairchild.

—Fue nuestra primera travesía lograda. Por fin pudimos inducir

al Central a aceptar a sus dos Derechos. Eso concretó a los dos, pero tardó tiempo.

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿La guerra, la separación? ¿Qué pasará con Reynolds?

—Como ya sabes, podemos alterar la situación volviendo al pasado. Es peligroso. Un simple cambio en el pasado puede alterar por completo el presente. El talento de viajar por el tiempo es el más delicado…, y el más prometeico. Cualquier otro talento, sin excepción, puede cambiar lo que va a ocurrir. Yo podría borrar todo lo que existe. Precedo a todo y a todos. Nada puede utilizarse contra mí. Siempre estoy antes. Siempre he estado.

Curt guardó silencio mientras pasaban junto al camión abandonado.

—¿Qué es un Anti-Psi? —preguntó por fin—. ¿Qué tienes que ver con ella?

—No mucho. A ti se debe el que se haya descubierto, porque hace pocas horas que nosotros hemos empezado a intervenir. Llegamos a tiempo de echar una mano… Ya nos viste con Fairchild. Somos los patrocinadores del Anti-Psi. Te sorprendería ver algunos senderos temporales alternativos en los que el Anti-Psi no logra arrancar. Tu precognición era correcta: no son muy agradables.

—De modo que he recibido ayuda en los últimos tiempos.

—Te seguimos de cerca, sí, y a partir de ahora aumentaremos nuestra ayuda. En este momento, Reynolds está un poco desequilibrado, pero ya se han tomado medidas. Nuestro poder no es infinito, por supuesto. La duración media de nuestras vidas, unos setenta años, nos limita. Estar fuera del tiempo produce una sensación extraña, porque los cambios no nos afectan, y no estamos sujetos a ley alguna.

»Es como flotar sobre el tablero de ajedrez y ver a todo el mundo como piezas, ver el Universo como un tablero de casillas blancas y negras, con todas las personas y todos los objetos atados a su punto espacio-temporal. Nosotros estamos fuera del tablero; movemos las piezas desde arriba. Realizamos ajustes, alteramos la posición de los hombres, cambiamos la partida sin que las piezas se enteren. Desde fuera.

—¿No la vas a resucitar? —suplicó Curt.

—No esperarás que sienta demasiada compasión por esa chica —dijo su hijo—. Al fin y al cabo, Julie es mi madre. Ahora entiendo el significado de la expresión «molino de los dioses». Ojalá pudiéramos moler más grueso… Ojalá pudiéramos salvar a algunos de los que caen atrapados entre los engranajes. Si compartieras

nuestro punto de vista lo comprenderías. Debemos mantener en equilibrio todo un Universo; el tablero es gigantesco.

—Un tablero tan gigantesco que, tal vez, una persona no cuente —insinuó Curt, loco de dolor.

Su hijo adoptó una expresión preocupada. Curt recordó que ése era su aspecto cuando intentaba explicar al niño algo que estaba más allá de su comprensión. Confió en que Tim se las pudiera arreglar mejor que él.

—No es eso —explicó Tim—. Para nosotros, ella no ha desaparecido. Sigue ahí, en otra parte del tablero que tú no puedes ver. Siempre estuvo allí. Siempre lo estará. Ninguna pieza, por pequeña que sea, se sale jamás del tablero.

—Para ustedes.

—Sí. Estamos fuera del tablero. Es posible que nuestro talento llegue a ser compartido por todo el mundo. Cuando eso ocurra, ni la tragedia ni la muerte se malinterpretarán.

—¿Y entretanto? —Curt ardía en deseos que Tim accediera—. Yo no poseo el talento. Para mí, ella está muerta. El lugar que ocupaba en el tablero está vacío. Julie no puede llenarlo. Nadie puede.

Tim reflexionó. Parecía sumido en sus pensamientos, pero Curt presintió que su hijo se desplazaba incesantemente por los senderos temporales, en busca de una refutación. Sus ojos se clavaron otra vez en su padre y asintió con tristeza.

—No puedo enseñarte el lugar que ocupa en el tablero —respondió—. Y tu vida está vacía en todos los senderos temporales, excepto en uno.

Curt oyó que alguien se acercaba por los arbustos. Se volvió…, y entonces, Pat cayó en sus brazos.

—Éste —dijo Tim.